

A la Biblioteca Amer.

Laura de Oporto

Montevideo.



ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

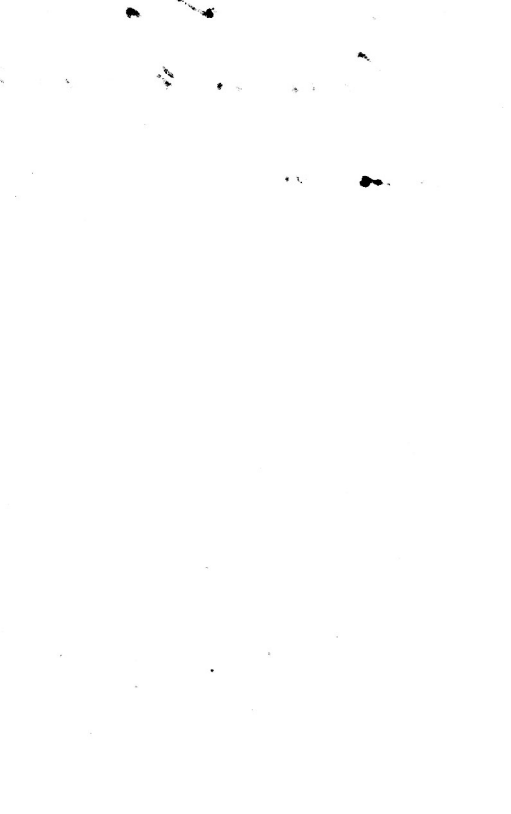


No.

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Exento
de

Serial
7.6.16



ESTUDIOS

BIOGRÁFICOS

POR

SANTIAGO ESTRADA

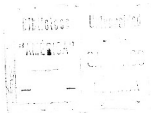
MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. VALENTÍN GÓMEZ



BARCELONA.—1889

IMPRENTA HENRICH Y C.^A EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^A

Pasaje de Escudillers, 4.

ES PROPIEDAD



PROLOGO

DESPUÉS de larga y gloriosa excursión á la América del Sur, acababa de volver á la patria un artista notable, arrebatado prematuramente á la vida ha poco más de un año, cuando escuché de sus labios, quizá por primera vez, el nombre de don Santiago Estrada. Mas este nombre que, según he podido observar después, repiten con grande afecto todos los españoles artistas ó literatos que pisan las márgenes del Plata, iba acompañado de copiosísimo cortejo de alabanzas, que acaso alguien podía considerar exageradas como nacidas del noble aunque en ocasiones interesado sentimiento de la gratitud.

Decían aquellas *malas lenguas* que el señor don Santiago Estrada era un escritor de estilo brillante y poético, de instrucción sólida y vasta, de criterio perspicaz, seguro y hondo; todo lo cual, unido á un carácter leal y bondadoso, á un patriotismo sincero sin bullanguerías, que le permite amar mucho á España siendo el mejor de los ciudadanos argentinos, le conquistaba inmediatamente las simpatías de los

españoles y de cuantos tenían la fortuna de tratarle, porque nada hay más simpático que el talento cuando está embellecido por las buenas prendas de la persona.

¿Decían verdad los que así hablaban del señor Estrada?

Le conocí mucho después; tuve ocasión de conversar largamente con él; he leído últimamente alguno de sus escritos; he saboreado los que forman este volumen, y declaro que aquellos *maldicientes* todavía se quedaban cortos en sus alabanzas, porque entre ellas no figuraba la que á mis ojos tiene más valor que todas las que pueden tributarse á los grandes méritos del literato y del hombre; es á saber: la que se debe á su profunda fe católica que no es en él, como en otros, insolente alarde de soberbia, ni tétrica vestidura de mogigato escrupuloso, ni abismo que le separe del trato de los demás hombres, sino convicción sinceramente profunda y sentimiento constantemente arraigado en su alma desde que se abrió á la luz de la vida en el seno de su cristiano hogar.

Favorecido por el deseo del señor Estrada para que pusiera algunas líneas, por vía de prólogo, al frente de este libro, é hiciese al público español la presentación de su personalidad literaria, bastaría decir de él, como remate de mis observaciones respecto del ilustre argentino: Un gran escritor, un gran ciudadano, y un gran católico.

La verdad es siempre sobria, y ésta es una verdad sobrado evidente para que no pueda reducirse á tan breves palabras. Pero no se trata únicamente de dibujar el perfil del señor Estrada, sino de decir

algo de estas páginas que da á la estampa en la tierra de sus antecesores, con el legítimo anhelo de que las letras españolas le otorguen carta de naturaleza, como han venido á dársela á los Bello, á los Caro y á otros esclarecidos ingenios de las repúblicas americanas.

Antes de estas páginas leí las que el autor publicó acerca de las fiestas de Sevilla, y hube entonces de considerar al señor Estrada como un artista de primer orden que sabe transmitir al papel toda la luz del cielo hermoso de Andalucía, todo el calor de su ambiente, toda la vida y todo el bullicio de sus alegres fiestas, metiendo por los ojos del lector los pintorescos cuadros que quedaron impresos en la imaginación del poeta y que su hábil pluma reproduce con maravilloso y encantador relieve.

En los ESTUDIOS BIOGRÁFICOS que hoy se presentan al público, el escritor colorista y brillante deja paso al escrupuloso analítico, al observador profundo, al severo pensador que sin derramar una sola gota de hiel en las apreciaciones que hace de hechos y personas contrarios á sus héroes, los coloca con tan suprema habilidad en su propio y debido puesto, que ni falta á la virtud el ensalzamiento oportuno, ni á la injusticia y el crimen la execración que merecen.

Era la biografía del general Liniers materia delicada para quien á un tiempo mismo amase á la noble y desdichada Madre española y defendiese la libertad de la joven Madre argentina, y aumentaba considerablemente la dificultad en manos que no tanto como otras cualesquiera podían ofrecer garantía de imparcialidad, porque la sangre del héroe corre por

las venas de su biógrafo, y no es dable exigir á nadie que ahogue la voz de la naturaleza, sobre todo cuando tiene motivos para enorgullecerse de que ella le haya unido con lazos de consanguinidad á quien honradamente y hasta el postrer momento de su vida supo cumplir con su deber de caballero y de soldado.

Pues á pesar de tan extrañas y espinosas dificultades, el señor Estrada ha hecho un estudio biográfico de su ilustre deudo el general Liniers, que los españoles, por cuya causa murió, leerán con deleite, y los argentinos, á cuya independencia fué sacrificado cruelmente, con respeto.

Verdadero dechado de prudencia y de sinceridad, el estudio acerca del infortunado virrey de Buenos Aires pone las cosas tan en su punto, que no hay argentino de buena fe que no convenga en que él hubiera hecho lo mismo que el virrey, hallándose en su caso, ni español que no admire al hombre leal que abandona su apacible retiro para acudir en defensa de la patria y del Rey de España, y entregar su vida en prenda de tan sagrados objetos. Y como éste es el punto más dificultoso para el biógrafo argentino, si ha logrado esclarecerlo tan á gusto de la razón y sin molestia de nadie, ¿con qué holgada brillantez no habrá tratado todo lo que al resto de la vida de Liniers se refiere, y en particular aquellos hechos espléndidos á cuya virtud se debió que Buenos Aires quedase para siempre libre de las garras codiciosas de Inglaterra, y que el nombre del heroico reconquistador de la capital argentina fuese á la vez gloria de la monarquía española y de la posterior república del Plata, fundada precisamente sobre el

cadáver de aquel á quien debía su propia existencia?

Pero ni aun en el relato de semejantes hechos pierde el señor Estrada las dotes de serenidad y rectitud que deben adornar al historiador honrado, y jamás la hipérbole del ciego panegirista ni la pasión del deudo empañan aquellas cualidades, sin las cuales la historia no es más que una novela mal planeada sobre las falsificaciones de la realidad. La figura de Liniers, bajo la pluma del señor Estrada, no es creación fantástica de poeta apasionado, sino retrato hecho con mano cariñosa por un artista de conciencia. Cuantos escriban de aquí en adelante acerca de la revolución de Buenos Aires, tendrán que consultar forzosamente el estudio del señor Estrada, como manantial clarísimo y puro de imparcialidad y exactitud en cuanto se relaciona con la figura del heroico virrey.

No es menos interesante, y aun diría que lo es mucho más desde cierto punto de vista, el estudio de don Félix Frías.

Aquí un católico español, que no ha oído hablar de libertad sino en escarnio de la justicia, ni de república sino asociándola á todo género de impiedades y abominaciones, se encuentra frente á frente de un republicano sincero que combate con valor y constancia admirables contra la tiranía de Rosas y sufre emigraciones y desdichas sin número por amor á la libertad de su patria, hermanando ideas que en nuestra vieja Europa se ofrecen en perpetua contradicción.

¡Qué gran republicano y qué gran católico el señor Frías! ¡Qué amor á la Iglesia el suyo y qué noble entusiasmo por la libertad! Á pesar de nuestras

justas prevenciones contra una bandera que en Europa parece que han enarbolado únicamente los secuaces de Satanás, sentimos que el corazón se nos va detrás de aquel demócrata cristiano, enemigo formidable y valeroso de la tiranía y apóstol insigne de la fe católica. ¿Es esto que el señor Frías supo realizar en su vida pública el ideal de la democracia bautizada, que aquí lo consideramos como extravíos de vesánico ó sueños de utopista, ó es que el hábil pincel del señor Estrada nos hace ver con apariencias reales lo que es hijo de su fecunda imaginación?

Apelamos al testimonio del lector. Estudie esas hermosas páginas; siga uno por uno los tranquilos y seguros rasgos con que el escritor describe la figura moral y política del interesante patricio, y seguramente se convencerá como nosotros de que Frías no sólo existió de esa manera, sino que es modelo del católico republicano que ha nacido y se ha educado á la sombra de instituciones democráticas. Y aun me atrevo á añadir — escandalícense ó no los que suponen que la sociedad humana ha de ser forzosamente monárquica — que si Dios, cansado de los reyes, determinase algún día abolir las coronas y los cetros, en republicanos como Frías — para no hablar del inmortal García Moreno — iríamos los católicos de Europa á buscar el tipo del político cristiano en los gobiernos de la democracia.

Completan este libro otros dos estudios que más que los otros llegarán al corazón del lector, porque en ellos ha derramado el señor Estrada las tiernas efusiones del suyo. Hablan en ellos el buen hijo y el buen amigo con el bello lenguaje del buen poeta, y natural es que el sentimiento del lector vibre al

contacto del sentimiento del autor, y por tal manera quedan á un tiempo satisfechos, con la lectura de esta obra, el entendimiento y el corazón, es decir, aquello que constituye el hombre moral, mérito indispensable en todo libro que solicite, además del aplauso de los entendidos, que son los menos, el de los ignorantes, que son los más.

Que el mío, aunque humilde y desautorizado, sea el primero que salude la publicación de este hermoso libro, es honra que debo al señor Estrada, por el cual le rindo tributo de sincera gratitud.

VALENTÍN GÓMEZ.

Madrid, 1.º Agosto 1889.





LINIERS

PUBLICAMOS estos apuntes históricos para restablecer en su pedestal la figura del libertador de Buenos Aires en 1806 y 1807, si es que han podido derribarla las pasiones políticas y las preocupaciones adversas á la fe religiosa de nuestro héroe. No debe sorprenderse nadie de este empeño, recordando que puede citarse en América el ejemplo de haber premiado España vencedora, el valor del vencido en un campo de batalla. También está de por medio un deber de gratitud. Liniers, como ha dicho Rivera Indarte, fué el primero que ciñó con laureles entretreídos la frente del pueblo argentino. Sin la fe de su alma, sin la entereza de su carácter, á esta hora hablaríamos inglés en vez de español. Sacrificado, valiéndonos de los con-

ceptos de un poeta, á la deidad terrible que inspiró al Cónsul de Roma la muerte de sus hijos, y al Senado de Francia la ejecución del nieto de San Luis, la fidelidad le escuda. Más poderoso que los historiadores apasionados, el sentimiento público, si no salva á nadie del patíbulo, como se ha dicho, salva al menos del vilipendio de los juicios falsos. Para un pueblo viril, que no ha incurrido en la debilidad de creer en los capitanes infalibles é invencibles, el contraste de Miserere, seguido de una espléndida victoria, tampoco empaña la gloria del héroe de Argel, Gibraltar, Mahón, Brasil, Barragán y Buenos Aires. Ni el vencido de Rancagua, ni el sorprendido de Cancha Rayada, perdieron por esos contrastes el título de padres de la patria. Si alguna vez el extranjero amenazara la independencia de estos países, la imaginación popular buscaría entre las sombras el brazo armado de Liniers, en actitud de defender aquella primera corona de laurel de que hablaba el poeta. El sable que empuñaría su mano, sería el mismo que cortó las amarras de las naves de sus enemigos y despedazó en el Plata la coyunda de Inglaterra.

Para escribir el brevísimo bosquejo que va á leerse, hemos consultado la *Biografía de Santiago de Liniers*, escrita por J. Richard, con sujeción á documentos inéditos, facilitados por sus hijos; las *Actas Capitulares* del Cabildo de

Buenos Aires, la *Biblioteca de «El Federal»*, la *Historia de Belgrano*, y las *Comprobaciones Históricas* de don Bartolomé Mitre; las historias de Funes, Dominguez y López; los *Últimos cuatro años de la dominación española*, de don Francisco Sagui; algunos apuntes inéditos del general Espejo; los *Extractos de las memorias de la Sociedad Estadística de Ciencias y Artes del Departamento des Deux-Sèvres*, y varios discursos religioso-políticos pronunciados en los aniversarios de 1806 y 1807 por Fray Ignacio Grela, el Presbítero don Carlos Torres y Fray Ventura Martínez.



SANTIAGO DE LINIERS

I

Don Santiago de Liniers nació en Niort el 25 de Julio de 1753, é hizo los primeros estudios con los Padres del Oratorio. Obedeciendo á su vocación militar, al cumplir doce años, fué aceptado en calidad de Paje por el gran Maestro de la Orden de Malta. Después de permanecer tres años en la Escuela Militar de Malta, reputada entonces como la primera de Europa, salió de ella autorizado para usar la Cruz de la Orden. El mismo año consiguió los despachos de subteniente, y entró á servir en el Regimiento de Caballería de Piemont-Royal, permaneciendo en este cuerpo hasta el año 1774.

España se aprestaba á la sazón para expedicionar contra la Regencia de Argel. Liniers, que acababa de cumplir veintiún años, y á quien la inacción contrariaba sobremanera, hallábase de guarnición en Carcassonne, cuando llegó la noticia. Inmediatamente elevó su renuncia al

barón de Talleyrand, coronel de su Regimiento, y traspasó en el acto la frontera. Sediento de aventuras y anhelando peligros, se embarcó como voluntario en Cartagena, y fué á alcanzar la escuadra española, surta en Cádiz, y dispuesta á hacerse á la vela rumbo á Africa.

La flota mandada por Castejón conducía veintidós mil hombres de todas armas, bajo las órdenes del conde O'Reilly. Desembarcaron las tropas cerca de Argel, y pusieron en fuga al enemigo, sorprendido por el ímpetu de aquellos soldados. Seducido por esta fácil victoria, penetró el ejército en el interior; pero reveses imprevistos también, le obligaron á buscar la costa, con pérdida de muchas vidas. Pudo reembarcarse protegido por los fuegos de la escuadra. Liniers tomó parte en todas esas operaciones. En tierra, combatió en calidad de ayudante del príncipe Camilo de Rohan; en mar, á bordo del buque á que pertenecía, mereciendo recomendación su brillante conducta en todas partes.

En 16 de Noviembre de 1775 fué admitido en el colegio de guardias marinas de Cádiz, consiguiendo después del examen, el grado de abanderado de fragata. Partió luego para las costas del Brasil con la armada á las órdenes del marqués de Casa Tilly y del general Zeballos. Los portugueses perdieron en esta campaña la isla de Santa Catalina y la Colonia del Sacramento.

Navegaban los expedicionarios hacia el río San Pedro, cuando los despachos recibidos de la corte, hiciéronles saber que estaban convenidos los preliminares de paz entre España y Portugal.

La emancipación de las colonias inglesas preocupaba en ese momento la atención política de Europa. El gobierno francés, abrumado por las humillantes condiciones del tratado de 1763, aprovechó esta coyuntura para debilitar el poder británico. Luis XVI proveyó de municiones á los sublevados, y firmó con ellos un pacto de alianza, comprometiéndose á defender su libertad. Todo esto importaba un reto á Inglaterra, que, como Francia, se aprestó para la lucha. En los primeros meses de 1779, España se unió á Francia, procediéndose inmediatamente á formar una escuadra formidable de las dos naciones. Los almirantes Orvilliers, Guichon y Latouche Tréville salieron de Brest á reunirse con el almirante don Luis de Córdoba. Sesenta y seis navios y treinta y cuatro fragatas penetraron en el canal de la Mancha. Liniers estaba á bordo del *San Vicente*. Fueron alistados cuatrocientos buques chatos, construídos en los puertos de Normandía y Bretaña, para transportar cuarenta mil hombres bajo las órdenes del Mariscal de Vaux, con el designio de practicar un desembarco. Los vientos contrariaron este proyecto, y el almirante inglés

entró en sus puertos perdiendo un solo navío. La flota aliada inverló en las aguas de Brest.

Regresando á España esta escuadra, en la primavera de 1780, Liniers abordó con algunas chalupas una fragata de veinticuatro cañones, y la remolcó hasta la bahía de Cádiz. Empleado en los cruceros del cabo San Vicente, encargado de proteger los galeones, Liniers fué, á bordo de la *San Pascual*, á la isla Menorca. Los españoles aliados á los franceses, sitiaban las fuerzas inglesas que ocupaban el fuerte de Mahón. Dos buques del enemigo, sin ser vistos, fondearon á tiro de fusil del puerto la Reina. A pesar de estar protegidos por las baterías de tierra y defendidos por sus cañones, el jefe de la escuadra ordenó á Liniers, cuyo arrojo conocía, que los capturase. El joven teniente de fragata, sin cuidarse de la niebla que se interpuso, los abordó con diez y seis chalupas, en medio del fuego que vomitaba la artillería de mar y tierra, cortó las amarras y los condujo, herido en la refriega, al fondeadero de los suyos, en medio de los vítores de la tripulación del buque almirante, encaramada en las vergas.

Rendido Mahón el 5 de Febrero de 1782, las potencias aliadas resolvieron arrojar los ingleses de Gibraltar. Liniers, que había ascendido al grado de teniente de navío, auguróles un éxito desgraciado.

La presencia en el bloqueo de dos príncipes

de sangre real, el conde de Artois y el duque de Borbón, demuestra el interés que en la empresa ponía Luis XVI. Más de mil piezas de artillería tomaron parte en el ataque de la plaza. Liniers combatió al lado del príncipe de Nassau. Pero todo fué inútil, y el desastre sembró el desaliento entre los sitiadores. No siendo posible intentar un nuevo ataque, resolvióse bloquear á Gibraltar y tomarlo por hambre. Favorecidos por una tormenta, los sitiados recibieron víveres y municiones. Perseguidos más allá del Estrecho los buques que forzaron el bloqueo, Liniers, á quien siempre se encomendaban los golpes de mano atrevidos, capturó el transporte *Elisa* de veintiún cañones, que conducía, además, una fuerza de artillería. Esta fué la única victoria parcial de los aliados frente á Gibraltar.

Por eso el 21 de Diciembre de 1782, al cumplirse siete años de su ingreso á la Escuela Naval, Liniers recibió el grado de capitán de fragata, ascenso sin ejemplo en la marina española.

Pocos meses después de firmada la paz con Inglaterra en 1783, España, tratando de aprovechar la escuadra organizada, renovó las hostilidades en Argel. Liniers mereció en la nueva campaña los elogios que le prodigó el comandante Barceló. España, desgraciada también en esta segunda empresa, escuchó las proposi-

ciones de paz de los berberiscos. Liniers fué enviado á Trípoli con su fragata, para concluir la paz con el Dey, y presentarle los obsequios de Carlos IV. Caballero de palabras y maneras distinguidas, cautivó la voluntad del príncipe, quien desprendiéndose el sable damasquino que llevaba, lo ciñó á la cintura del mensajero. Satisfecho de la acogida, solicitó y obtuvo la libertad de todos los cautivos españoles, franceses é italianos, llevándolos consigo de regreso.

Bendecido por cien familias, recibió también la bendición nupcial á la edad de treinta años, uniéndose en matrimonio con la señorita Menviel, de origen francés, pero nacida en Málaga.

Enviado Liniers al Ferrol, consiguió que se le agregara á don Miguel Tofigno de San Miguel, encargado de levantar las cartas de las costas de España en el Océano y en el Mediterráneo. En este viaje se ensayó una corredera de su invención. Dotado de un amor decidido por las ciencias y de aptitudes diversas, permaneció un año al lado de Tofigno, tan sabio como caballero, y colmó la esperanza que le hiciera abrigar.

El Gobierno le destinó, á principios de 1788, al Río de la Plata. En el momento en que se dilataban los horizontes del marino, la muerte, arrebatándole su joven esposa, llenó de amargura su corazón, ocupado únicamente desde ese momento por el amor de un hijo de tiernísima

edad. Sorprendióle en Buenos Aires la revolución francesa, cuyo desarrollo le interesaba tanto, y pasó aquí acerba ansiedad, porque los detalles llegaban tarde y mal. El 3 de Agosto de 1791 contrajo segundas nupcias con la señorita Martina de Sarratea, bendiciendo su unión el Padre Altolaquirre, recoleto franciscano, de la parentela de la desposada.

Las declaraciones de Francia en 1792 sacaronle del hogar, para guardar estas costas pertenecientes al rey de España, que fué el primero que firmó la paz, así como había sido el primero en combatir la revolución. Desde 1796 hasta 1802, en previsión de hostilidades entre España é Inglaterra, reforzó el puerto de Montevideo con numerosas cañoneras, castigando, más de una ocasión, á los que perdidos en la América del Norte, buscaban en la del Sud tierras ajenas y mercados para sus especulaciones. Confiada á Liniers la gobernación interna de la provincia de Misiones, compuesta de treinta pueblos, se trasladó allí con su familia, adquiriendo en poco tiempo el aprecio de sus habitantes y la aprobación de la Corte, hasta que fué sustituido en 1805 por el Gobernador propietario. Durante el tiempo que pasó en Misiones, presentó interesantes memorias económicas sobre esa provincia, que no tuvieron respuesta de quien debía haberlas atendido. El deseo de conocer el Norte antes de volver á Buenos

Aires, le indujo á emprender un viaje penoso, durante el cual tuvo la desgracia de perder á su amable y virtuosa compañera, poco después de dar á luz una niña, que recibió en el acto del bautismo los nombres de María Dolores de la Cruz.

Circundado de penas, y á pesar de ellas, Liniers volvió á tomar el mando de la división naval de España en el Río de la Plata. Poco tardó en intimidar á los cruceros ingleses que perseguían el comercio, é introducir en Montevideo el buque *Santo Domingo*, de la Compañía de Filipinas, con un cargamento completo, que las circunstancias bélicas habían traído á estos países.

La frecuencia de las importunas visitas de los ingleses, auguraba la invasión que preparaban. Para evitar las consecuencias, que, al parecer, no podían dejar de ser desastrosas, comparado el poder de los que iban á invadir y la fuerza del que iba á contrarrestarlos, el Virrey, marqués de Sobremonte, mandó á Liniers á la Ensenada de Barragán, capitaneando gentes armadas de mar y tierra. En efecto: habiéndose apoderado Sir Home Pophan del Cabo de Buena Esperanza, después de pocos días de descanso en Santa Elena, dirigió algunos buques al Río de la Plata, conduciendo tropas decididas á apoderarse de Buenos Aires. Berresford las mandaba. Liniers, firme en su puesto, rechazó

los buques que intentaron reconocer el fondeadero é impidió el desembarco del enemigo en la Ensenada de Barragán, obligándole á seguir aguas arriba, y á anclar frente á Quilmes, á cuatro leguas de Buenos Aires.

El 25 de Junio de 1806 pisaron tierra los invasores, y recién el 26 pudieron empezar á moverse. El Virrey Sobremonte, sorprendido y atemorizado, no se mostró digno del elevado puesto que ocupaba en el momento del peligro. Mandó salir la milicia de caballería, y ordenó al oficial de la Contaduría que se pudiese en marcha hacia Luján, llevando los caudales. Berresford trajo el ataque, y la milicia mal armada y mal mandada, apenas opuso resistencia, desbandándose al primer amago. Apenas supo el Virrey lo que ocurría, tomó el camino de Córdoba, dejando la capital en poder de los invasores. El pabellón británico fué enarbolado en la Fortaleza el 27 de Junio. Sir Home Pophan exigió al Cabildo, so pena de tratar la ciudad con el mayor rigor, la entrega de los dineros públicos. El pueblo devoraba en secreto su vergüenza, y murmuraba de la incapacidad de los mandatarios, que habían permitido que una ciudad de cuarenta mil almas, se entregase maniatada á mil seiscientos soldados extranjeros, enemigos de su religión y de su monarca.

Liniers, que felizmente había escapado de la capitulación, penetró en la ciudad. Era el hom-

bre que necesitaba el pueblo conjurado en secreto. Don Juan Martín de Puyrredón y don Martín de Alzaga, sus cooperadores, le prepararon y allegaron elementos para la empresa que iba á acometer. Estimulado por la fe religiosa, fué al templo de Santo Domingo, se recogió humildemente ante el altar de la Virgen del Rosario, y pidió á Dios los dones de la fuerza y de la prudencia. Esto tenía lugar en la octava del Santísimo Sacramento, que, por razón de la presencia de los invasores, no recibió ese año la adoración acostumbrada. Lamentóse Liniers de esta humillación, é hizo voto de consagrar á la Virgen del Rosario, las banderas del enemigo, depositadas hoy en los templos de Santo Domingo de Buenos Aires y Córdoba.

Liniers va á Montevideo, conferencia con el gobernador, electriza á los jefes, se le entregan seiscientos hombres, y se pone en marcha el 23 de Julio. Después de algunas penalidades, arriba á San José. El 28 llega á la Colonia, donde lo esperaban diez goletas, nueve chalupas y ocho transportes. Rechaza un bergantín inglés que se presenta, recibe cien hombres equipados en pocas horas, y hace leer una orden del día, que contiene frases de este género: «No desconfío del valor y patriotismo de los oficiales y soldados; pero, si contra lo que entiendo, alguno volviere la cara, hay á retaguardia dos cañones cargados á metralla». «El

enemigo vencido es nuestro hermano; el valor sin disciplina conduce á la derrota», proseguía el libertador; y terminaba: «Espero de mis dignos compañeros de armas, que me proporcionarán la gloria de enaltecer ante el trono del Rey, los rasgos de valor á la par que los de moderación».

El 4 de Agosto la flotilla puso en fuga otro buque enemigo, y fondeó á la vista de Buenos Aires. Liniers, al aproximarse á la ciudad, dirigió esta comunicación á Berresford: «General: Hace más de un mes que V. E. ocupa esta capital. Habéis atacado con débiles tropas á una población numerosa, á la cual ha faltado una buena dirección para oponerse á vuestros proyectos. Hoy, llena de entusiasmo, sacude un yugo odioso, y me obliga á dirigiros este anuncio. Os concedo quince minutos para resolveros ó á exponer vuestra guarnición á ser despedazada, ó á entregaros á discreción á un enemigo generoso». Berresford respondió con una lacónica negativa. Liniers atacó el frente del Retiro. Veinticuatro horas después la bandera española era izada en la Fortaleza, y desfilaban á tambor batiente por delante de las tropas vencedoras, mil doscientos prisioneros. El pueblo, que llegó hasta conducir en hombros los cañones, se batió valerosamente en las calles de la ciudad.

La opinión aclamó unánimemente á Liniers

como Jefe del Estado, entendiendo que él había adquirido ese título con su inteligencia, como Sobremonte lo había perdido con su ineptia. Pero Liniers, honorable y modesto, creyó que debía cuenta de sus actos al Virrey fugitivo, que sorprendido de los hechos ocurridos, le invistió con el mando del ejército, y delegó su autoridad en el Presidente de la Audiencia, transmitiendo de esta manera el poder regularmente. La corte de Madrid confirmó el nombramiento de Sobremonte, é hizo extender á Liniers los despachos de brigadier de Marina. Desde la pampa salvaje, cuyos caciques felicitaron el Cabildo, hasta la culta Lima, y desde esta ciudad hasta los más remotos confines del continente, resonó en América un grito inmenso de júbilo.

Sospechando Liniers razonablemente que los ingleses no se darían por vencidos, se preparó á rechazarlos, en el caso de que volvieran á pisar estas playas en son de guerra, organizando la defensa general de las costas, y la particular de algunas ciudades. Distribuyendo en cuerpos los milicianos, según las provincias españolas á que pertenecían, denominó los batallones de «Montañeses», «Castellanos», «Andaluces» y «Gallegos», creando con esto una noble emulación. Dejóles, además, la libertad de elegir la oficialidad. También mejoró las fortificaciones, construyó nuevas, proveyó los hospitales y estableció depósitos de víveres.

La extensión de las costas y de un territorio dividido por un río tan ancho como el Plata, dificultaba la defensa que se proponía Liniers, á quien no le fué posible evitar que el año 1807, arribase otra expedición británica, formada de una flota tripulada por mil quinientos hombres, mandada por Murray, y quince mil soldados á las órdenes de Whiteloke. Mal defendido el Estado Oriental por Sobremonde, y socorrido tarde por Liniers, cayó en poder del enemigo. De regreso Liniers en Buenos Aires, organizó la defensa de que habló en su parte al príncipe de la Paz, preparándose para recibir á los expedicionarios, que, dejando tres mil hombres en Montevideo, desembarcaron doce mil soldados en esta ciudad. Después de atravesar dificultosamente el bañado de Quilmes, se presentaron en las lomas que limitan el valle cenagoso del Riachuelo. Liniers había pasado el puente la noche anterior. El combate que iba á librar con fuerzas bisoñas contra soldados aguerridos, y en número mayor que los suyos, terminó con el desbande de Miserere, que la crítica entiende que fué el resultado lógico de una operación temeraria. «Marchad, había dicho á sus tropas en la proclama al iniciarse la campaña de la «Defensa», bajo la mirada de Dios, y el triunfo es seguro; vuestras familias y vuestros magistrados confían en vuestro valor; los ministros del altar ofrecen incesantemente el Santo Sacri-

ficio de la Misa; ceñid vuestra frente con los laureles de la victoria». Estas palabras tenían algo de profético: después de aquel contraste, la Providencia misma repitió al parecer al oído de todos los ciudadanos armados: «¡Marcháis bajo la mirada de Dios!»

Retemplado el pueblo en los primeros momentos, por las disposiciones oportunas del Cabildo, cuya alma era don Martín de Alzaga, vuelto á la plaza el general que se suponía prisionero ó fugitivo, tuvo lugar aquella heroica y definitiva acción que convirtió, según la expresión de alguno de los vencidos, cada casa en una fortaleza, cada hombre en un soldado, y cada soldado en un héroe.

Escapa al objeto de este escrito la enumeración de detalles que ocuparían muchas páginas. Referiremos, sin embargo, un episodio verdaderamente raro en los anales de bélicos, por el lugar en que ocurrió y los actores que en él tomaron parte. El 6 de Julio por la mañana, expone al Ilmo. señor Arzobispo de la Plata la priora de las Catalinas, la comunidad percibió cerca del convento el estrépito de la guerra. A poco rato caían despedazadas á hachazos las puertas del templo, y se lanzaba la soldadesca sobre el claustro bajo, rompiendo en seguida la cerradura del comulgatorio. Las setenta religiosas de la casa, que acababan de recibir el pan eucarístico, cubiertas todavía con los velos

blancos que estilan para comulgar, esperaban la muerte en silencio, arrodilladas y con los brazos cruzados sobre el pecho. Dispuestas para pasar á la eternidad, no movieron un músculo ante las espadas levantadas sobre la cabeza y los fusiles apuntados al pecho. Los soldados retrocedieron sorprendidos, anonadados, y se diseminaron en los claustros sin causar el más leve daño á las religiosas, que permanecieron en el coro hasta la tarde del 6, en que el sargento de guardia les permitió pasar al convento, sin darse cuenta cabal del tiempo transcurrido, por la obscuridad que se cernía sobre la ciudad y la lluvia que caía sin cesar.

Cuando el Gobierno español tuvo noticia de la gloriosa defensa de Buenos Aires, ascendió un grado más á Liniers, le nombró espontáneamente Virrey y Capitán General de las provincias del Río de la Plata, y acordó á Buenos Aires los títulos de «ciudad muy noble y muy fiel». Todos los jefes y oficiales fueron reconocidos en los grados en que habían servido en la defensa. Los pueblos del Virreinato se apresuraron á felicitar á la ciudad vencedora, señalándose el de Oruro por el obsequio de una lámina de plata, con arabescos é inscripciones de oro macizo, presentada al Cabildo el 24 de Diciembre de 1807.

A los dos meses justos de la capitulación del 7 de Julio, Buenos Aires y Montevideo quedaron completamente desocupadas por el extranjero.

Nuestros padres festejaron su victoria, después de orar por los muertos, concediendo pensiones á las viudas y los huérfanos, dando libertad á los esclavos que más se distinguieron en los combates, atendiendo cariñosamente á los heridos del vencido, y perpetuando en las calles los nombres de los héroes. De estos nombres apenas se conservan el de la plaza principal, llamada de la Victoria, en memoria de los hechos de que fué testigo, y los de las calles «Defensa» y «Reconquista», conmemorativos de los dos grandes acontecimientos de 1806 y 1807.

El general Pack regaló, en nombre del Regimiento núm. 71, á los Betlemitas, un magnífico reloj de bronce, que ha funcionado sin descompostura en el Hospital de Hombres, cerca de sesenta y cinco años, y que ahora se encuentra en el salón del Intendente Municipal. Contiene este reloj las siguientes inscripciones: «La Legión Septuagésima primera en el día 2 de Abril y año de 1808, unánimemente consagra y dedica este reloj, pequeña ofrenda de sus gratos recuerdos hacia los santos Barbones de Buenos Aires, sobremanera agradecida á los muchos y grandes beneficios que ha recibido, y por la benignidad con que han sido tratados ella y sus compañeros.—Huye girando sin volver el tiempo, pero el recuerdo del bien jamás se olvida». De tal manera se conquistaron esos religiosos el corazón de los vencidos, que, á

pesar de no prestar culto á los santos, canonicaron de su cuenta á los modestos Betlemitas.

Las banderas tomadas á los invasores en la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, se encuentran en los templos de Santo Domingo de esta ciudad y de Córdoba. En el de Buenos Aires existen banderas del famoso Regimiento número 71 de infantería y pertenecientes á la marina; y en el de Córdoba dos pabellones, de tierra uno y de mar otro. Los cuatro historiadores á quienes consultó la Municipalidad de Buenos Aires, con motivo de la devolución al gobierno inglés, por un chileno de apellido Lorca, de una pretendida bandera del Regimiento núm. 71, han aseverado que en la defensa de 1807 no se tomó ninguna bandera al enemigo. Sin embargo, los documentos existentes en el Archivo de Córdoba, entre los cuales se cuenta el acta levantada al entregarlas, y el oficio dirigido al Gobierno por el encargado de ponerlas en manos del Prior de los Dominicanos, destruyen aquella afirmación con la autoridad irrecusable de los documentos auténticos.

Los triunfos de 1806 y 1807, debidos á la fe religiosa y al entusiasmo patriótico, fueron como un ensayo de las fuerzas populares, emancipadas algunos años después del poder de España.

II

La elección de Virrey recaída en Liniers, que contradecía la práctica de excluir á los extranjeros de tan elevado cargo, formó una de las pocas excepciones á esa regla en la historia de la Península. El favorecido no desconoció la gravedad de la situación política de su gobierno, rodeado de dificultades y peligros. Las guerras europeas influyeron mucho en la administración de Buenos Aires. Napoleón trataba de conquistar á Portugal, y la Corte de Madrid preveía que otro tanto sucedería con la Península. En efecto, Bonaparte estaba resuelto á destronar á los Borbones que la gobernaban. Amenazado el trono de España, Carlos IV abdicó en favor de su hijo Fernando VII. Los franceses, capitaneados por Murat, entraron en Madrid el 23 de Mayo de 1808. Napoleón exonerado, al parecer, de la influencia de los Borbones de España, puso los ojos en sus posesiones de América, y aprestó una expedición. José Napoleón entró

en España en el mes de Julio, y apenas pudo permanecer algunas semanas en Madrid, tal era la efervescencia popular. Cuando el emperador en persona fué á someter á España, la Junta Central de Aranjuez, constituída en gobierno, se trasladó á Sevilla. La repercusión de tan extraordinaria catástrofe no tardó en sentirse en América. Fernando VII firmó en Bayona, antes del cautiverio de Valençay, la real orden mandando al Virrey de Buenos Aires que le proclamara en el Río de la Plata. José Bonaparte, apenas ocupó el trono vacilante de los reyes católicos, envió también un emisario á propiciarse estos países en favor de los planes de su hermano.

Liniers que, á pesar de ser francés, era ante todo servidor de España, creyó que debía conservar intacto el depósito que se le había confiado, proclamando á Fernando VII y haciéndole reconocer como monarca legítimo. El 25 de Julio llegó á Montevideo el buque portador de la orden de Fernando VII, y las instrucciones para que se le prestara el juramento de fidelidad. Resolvió Liniers que esta solemnidad se realizase el 12 de Agosto. Elío pretendió que tuviera lugar antes; pero á pesar de aquella resolución y de ambas opiniones, por opinión fundada del alférez real, se dispuso celebrarla el último día del mismo mes. Tomadas las medidas del caso, llegó á Buenos Aires,

el 13 de Agosto, el señor Sassenay, enviado por Bonaparte, en nombre de su hermano José. Liniers rehusó la entrevista que le pidió, temiendo, como dice Funes, que su condición de francés, se prestara á dar pábulo á juicios temerarios. En guarda contra la calumnia, no abrió siquiera los despachos que le trajo Sassenay. Convocados los Presidentes de la Cámara de Apelación, los Procuradores del Tribunal, el Alcalde de Primer Voto y el más antiguo de los Jueces, rompió los sellos en su presencia. Napoleón le participaba la elevación de José Bonaparte, y dejaba traslucir promesas y amenazas. La consecuencia de este acto fué la incommunicación de Sassenay, y el anticipar diez días las fiestas concertadas para solemnizar el juramento de Fernando VII.

Apenas desembarcado en Buenos Aires don Manuel Goyeneche, enviado por la Junta de Sevilla, para anunciar la heroica resolución que animaba á la Península, dispuesta á vencer las huestes enemigas ó á sepultarse bajo los escombros de las ciudades, antes que soportar el yugo del extranjero, comenzaron á desbordarse las pasiones de los émulos de Liniers, y á insinuar desconfianzas sobre su lealtad. El Virrey, con su noble actitud, con su templanza, con su exquisita consagración á los deberes del cargo que investía, aquietó los ánimos momentáneamente. Elío, sin embargo, promovió en

Montevideo nuevas asechanzas, que provocaron su destitución; pero que, encontrando eco en Buenos Aires, produjeron un motín que exigió la sustitución del Virrey por una Junta. Liniers, cuyo corazón, según Funes, rebosaba más de generosidad que de cólera, trató de sujetar á los revoltosos, haciendo alarde simplemente de la fuerza que le permanecía fiel. Pero cuando vió que iba á correr sangre, detuvo sus tropas, y reuniendo en la fortaleza al Obispo, la Audiencia Territorial y el Cuerpo Municipal, algunos oficiales y otras personas de viso, ofreció, para calmar una sedición que no tenía otro objetivo que derribarlo, renunciar el mando y entregarlo al jefe de más alta graduación. Los jefes de los cuerpos respondieron á esta dimisión verbal, dispersando á los revoltosos. Liniers presentóse entonces en la plaza, entre los soldados que poco antes había conducido á la victoria, y el pueblo lo aclamó con entusiasmo. Los más comprometidos en la revuelta abortada, fueron extrañados á la costa patagónica, como atenuación á la pena de muerte, á cuya aplicación se opuso Liniers.

Mientras llegaba de España la respuesta á la comunicación dirigida por Goyeneche á la Junta de Sevilla, aprobando la conducta del Virrey del Plata, volvió á encenderse y á crecer el descontento fomentado por Elío. Arrastrado el Ayuntamiento, que trataba de aprovechar las

circunstancias por que atravesaba España, se inclinó á la idea de constituir una Junta de Gobierno, pensamiento que Liniers combatió con energía. La autoridad española, ocupada de asuntos de inmediata importancia, reagrados por la entrada de José en Madrid el 22 de Enero de 1809, en la imposibilidad de juzgar con acierto lo que ocurría á tan larga distancia, nombró sucesor al general Liniers, concediendo el título de Virrey á don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Funes observa que este nombramiento trajo aparejado, con la deposición de Liniers, el nombramiento de Subinspector extendido á Elío, lo cual importaba castigar la fidelidad y premiar la insubordinación. La Junta de Sevilla, no obstante, otorgó á Liniers título de Castilla, con la denominación de Conde de Buenos Aires para sí, sus hijos y sucesores, con una renta anual de cinco mil pesos fuertes, de que disfruta su nieto Santiago Alejandro, en favor de quien lo renunció su padre don José, hijo mayor del general. Sabedor Fernando VII de la muerte de Liniers, ordenó en 1817 que la palabra *lealtad* sustituyera á la de *Buenos Aires*, para que fuese llevada con el título de Conde, por el heredero á quien le correspondiera. Acostumbraba el Gobierno español conceder como recompensa nacional el nombre de una virtud, de una calidad ó cualesquier denominación abs-

tracta. No obstante, el jefe de la familia Liniers, pidió que se le restituyera en el título el nombre de Buenos Aires, y se le concediera agregar á su escudo las siete banderas tomadas en 1806 y 1807.

Dejamos á Liniers en el momento de ser subrogado en el mando, y volvemos á encontrarlo desprendido, generoso, apaciguando el descontento público, por medio de un manifiesto, enumerando las calidades de su sucesor y aconsejando á todos que le presten la debida obediencia. Cisneros, que abrigaba alguna desconfianza sobre el recibimiento que le aguardaba, trasladóse de Montevideo á la Colonia del Sacramento, desde donde envió á buscar á Liniers, quien, á pesar de los consejos de sus amigos, fué á ese punto, acompañado de los principales funcionarios á entregarle el mando. Manifestó también á Cisneros, ya tranquilizado, su intención de retirarse á Córdoba. En seguida, para acallar á amigos y adversarios, y ahorrar tropiezos al nuevo gobernante, dirigióse á la hacienda de su propiedad, llamada todavía «Alta Gracia», que había pertenecido á la Compañía de Jesús.

Pasamos por alto los detalles de la revolución de 1810, que emancipó la América del Sud del poder español. Solicitado por muchos realistas intransigentes, el ofendido Liniers, para oponerse á ese movimiento simpático á los natura-

les, fiel á la causa del monarca de España, abandonó su retiro y acaudilló algunas fuerzas, que se desbandaron antes de encontrarse con las que la Junta había enviado para sofocar la resistencia. Sólo les quedaba al Obispo Orellana, á Liniers, Concha y los demás jefes, el partido de marcharse al Perú.

Pero la Junta revolucionaria, libre ya del poder que podían oponerle, resolvió mandarlos ejecutar donde se les alcanzara. En efecto: corridos ocho días de marchas fatigosas, fueron aprisionados, y conducidos hasta los límites de las pampas, á un lugar, en el bosque de los «Loros», cerca de otro llamado «Cabeza del Tigre», donde fueron ejecutados, después de algunas horas de la notificación de la sentencia, que les fueron concedidas por mediación del Obispo Orellana, á quien se conmutó con destierro la pena de muerte. Pasados los momentos que ellos emplearon en preparar la conciencia para presentarse al tribunal divino, atáronles las manos y vendáronles los ojos. Los reos de fidelidad á Fernando VII se llamaban Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodríguez. De éstos, cinco debían morir. Liniers y Concha no permitieron que les vendasen los ojos. El primero pidió al Obispo que le pusiera en una de las manos ligadas el rosario que llevaba en el bolsillo. Colocados frente á los tiradores, cuyo pulso agitaba la emoción,

Liniers dijo: «¡Morimos orgullosos de nuestra fidelidad al Rey y á España!»—Rodríguez agregó: «Muero contento por mi Dios, mi Rey y mi nación. Ellos cuidarán de mi desgraciada familia».—Moreno fué el último que habló: «Muero, articuló con sangre fría, por una causa justa, y emplazo ante el tribunal de Dios á mis sacrificadores».—Concha y Allende los escucharon en silencio y recogidos. Cuando se disipó el humo de la descarga, Liniers vivía aún y murmuraba agonizante el nombre de María. Los cadáveres fueron sepultados en un hoyo en el sitio mismo de la ejecución. Concha, Moreno y Allende quedaron en el fondo, y atravesados sobre ellos los cuerpos de Rodríguez y Liniers. El Padre Pacheco, religioso de la Orden de San Francisco, reunió las primeras letras de los apellidos, sin excluir la correspondiente al del obispo Orellana, formó la palabra *Clamor*¹, y la grabó en la corteza de uno de los

¹ La palabra *clamor*, formada por el P. Pacheco, tiene de curioso, además de la coincidencia de estar compuesta con la primera letra de los apellidos, la circunstancia de que ellos quedan colocados según la categoría de los empleos que desempeñaban los reos. He aquí la demostración:

- Concha, don Juan Gutiérrez, Capitán de navío y Gobernador
intendente de Córdoba.
Liniers, don Santiago, Brigadier de los reales ejércitos y
ex Virrey.
Allende, don Santiago, Coronel de Caballería y Comandante de
armas de Córdoba.
Moreno, don Joaquín, Tesorero de la Real Hacienda de Córdoba.
Orellana, doctor don Rodrigo Antonio, Obispo Diocesano de
Córdoba.
Rodríguez, don Victorino, Asesor de Gobierno.

chañares del bosque de los «Loros». Desde ese sitio, Liniers y sus compañeros clamaron en vano mucho tiempo, demandando justicia y una tumba decorosa.

El ex Presidente de la Confederación Argentina, doctor don Santiago Derqui, valiéndose de un anciano, postillón cuando mozo, y conocedor del sitio de la sepultura, escuchó el clamor de esos huesos abandonados. Una vez exhumados, fueron depositados provisoriamente en la ciudad del Paraná, en el sepulcro de don Esteban Rams y Rubert.

El Jefe interino del P. E. Nacional, general don Bartolomé Mitre, respondiendo á la nota de 27 de Junio de 1862, que le dirigió el agente de España encargado de solicitar las cenizas de Liniers, dijo: «Cualesquiera que sean las causas que motivaron el desgraciado fin de Liniers, el gobierno que surgió de la revolución y el pueblo argentino, no pueden olvidar los servicios que él prestó al país durante el regimen colonial, y muy especialmente en la defensa y reconquista de esta ciudad contra los ejércitos ingleses que la invadieron en 1806 y 1807». Á consecuencia de una solicitud de doña Carmen de Liniers, reclamando las cenizas de su padre, de acuerdo con la ley 3, título 13, partida 1.^a, el mismo funcionario, accediendo á su pedido, dijo, con fecha 9 de Julio del mismo año: «que hiciera uso de

su derecho del modo que mejor le conviniera, porque si el Gobierno argentino se había mezclado en este asunto, lo había hecho en consideración á la respetable interposición de S. M. C., no hallándose en el caso de hacer otro tanto tratándose de individuos privados que, después de un silencio de cincuenta años, venían á pedir los restos de personas que murieron contrariando la revolución, sin que su memoria hubiese sido rehabilitada».

La lógica da traspies siempre que se trata del caudillo de 1806 y 1807. Rehabilitada estaba la memoria de Liniers para la autoridad y para el pueblo, desde el momento en que el Gobierno nacional, por iniciativa propia, buscó y exhumó sus cenizas; rehabilitada estaba también por documento oficial, desde que, como acaba de verse, se le consideró digno de la gratitud del Gobierno y de la Nación. Pero lo más curioso del caso es que se hiciera esa declaración al monarca de España, cuando él trataba de honrar la fidelidad de Liniers al trono de San Fernando, y que se la borrara de una plumada cuando su familia trataba de cumplir solamente un deber piadoso. Pero hay más todavía: suspendido el permiso concedido al representante de España para extraer las cenizas de Liniers en presencia del derecho de sus descendientes, se dejó obrar de manera que cuando éstos acudieron, aquél las había sacado

del depósito y enviádaslas á España. Los restos de Liniers recibieron en la Península los debidos honores. Entre los buques que se los tributaron, se contó un vapor de guerra que llevaba su nombre. Esas venerables cenizas, buscadas inútilmente muchas veces por sus deudos, que no esperaron cincuenta años para hacerlo, y reclamadas al Gobierno argentino apenas las encontró, lo cual desvanece la maravilla manifestada por el Presidente argentino, reposan ahora, junto á las de Concha, en un magnífico sepulcro de mármol, construído por los descendientes de ambas víctimas, en la isla de León.

El contralmirante de la Gravière asegura que la muerte del general Liniers produjo universal consternación. Desencantado de la vanidad de la gloria humana, formuló este pensamiento, á que ya aludimos: «¡A nadie ha salvado el amor de los pueblos!» Más fuerte, á no dudarlo, que el amor de los pueblos, es muchas veces la voluntad de los que imperan sobre ellos, y sacrifican en el altar de principios que no exigen sangre, como los cultos antiguos, á quienes si libres servían de obstáculo, amarrados, como ha dicho un panegirista de Liniers, con cadenas de flores, podrían haberse convencido de la excelencia de ciertas ideas, que sus compromisos políticos no les permitieron aceptar de buena fe, ni sostener á mano armada. Habiendo don Martín de Sarratea, padre político de

Liniers, intentado disuadirle de la empresa á que le lanzaban algunos peninsulares, llegó hasta encarecerle el amor y las necesidades de sus nietos. El caudillo de la Reconquista y la Defensa, le respondió estas palabras, que justifican su abnegación, y que serán recordadas siempre con enternecimiento por los hijos de Buenos Aires, despreocupados de añejas susceptibilidades: «No temáis, mi querido padre, tened como yo confianza en Dios. El, que me salvó en los tiempos pasados, me salvará en el porvenir. Pero, si según sus inexcrutables decretos, debo hallar en esta ocasión el fin de mis días, espero que su infinita misericordia me tendrá en cuenta un sacrificio al cual estoy obligado por mi profesión, en cambio de mis innumerables ofensas».

Conviene recordar que se había tachado á Liniers de desafecto á la autoridad del Rey, en los momentos en que la dinastía de los Borbones estaba amenazada por Napoleón, y que él, francés, se disponía á partir á España á dar cuenta de su conducta, para lo cual había solicitado y obtenido el pasaporte. En el mes de Junio de 1810 debía abandonar el Río de la Plata. Habiendo el Virrey, depuesto por un movimiento que al principio no tuvo otro carácter que el de una sedición, contra la autoridad instituída por la Junta de Sevilla, en representación del soberano, solicitado el concurso de

Liniers, él no pudo regresar á España, ni desatender el llamamiento que se le hacía. También conviene recordar, para evitar paralogizaciones patrióticas, lo que cuenta don Bartolomé Mitre en la *Historia de Belgrano*, refiriéndose al primer acto de la Junta revolucionaria. «El Presidente de la nueva Junta, dice, después de prestar el juramento de conservar fielmente su cargo, y de mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII, guardando las leyes del Reino, exhortó al pueblo al orden, á la unión y á la fraternidad, recomendándole estimación y respeto por la persona del Virrey depuesto y su familia».

Enumeramos en seguida las tentativas monárquicas de los revolucionarios, para sacar de ellas una lección saludable. «Una monarquía constitucional en sustitución de una monarquía absoluta, y la proclamación de una nueva dinastía en el Río de la Plata, tal fué el primer plan político que Belgrano se trazó en su mente. Para realizar este plan, se fijó en la princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina de Borbón, hermana mayor de Fernando VII y esposa de don Juan de Portugal, conocido después con el nombre de Juan VI, que residía á la sazón en Río Janeiro, en calidad de regente del Reino¹». La idea de Belgrano encontró prosélitos. Cas-

¹ *Historia de Belgrano*, tom. I, pág. 215.

telli, Vieytes, los Passo, Puyrredón y don Nicolás Peña la aceptaron. «La caída de Napoleón y la vuelta de Fernando VII hacía imposible perseverar en este sistema, y obligaba á los revolucionarios, ó á declarar la independenciam, ó á negociar con el rey, al cual no habían cesado de reconocer, creyéndole destronado para siempre ¹. Sarratea les dijo que tenía un plan de la más alta importancia, que debía dar por resultado el reconocimiento de la Independencia americana. Entonces les manifestó que había enviado un agente cerca del rey Carlos IV, residente en Roma con su familia, con el objeto de recabar de esta corte desterrada su aquiescencia para coronar en Buenos Aires al príncipe don Francisco de Paula, hijo del monarca destronado ²». En el Congreso de Tucumán el diputado Acevedo hizo moción, que fué apoyada, para que la Cámara pasase á ocuparse de la forma de gobierno que debía adoptarse, pronunciándose, por su parte, en favor de la monarquía temperada, proclamando la dinastía de los Incas, y designando la ciudad del Cuzco como la sede de dicha monarquía ³. Don Valentín Gómez fué á Francia en 1817 á buscar un soberano para el Río de la Plata, á trueque de que fuese reconocida nuestra independenciam.

¹ *Historia de Belgrano*, tom. II, pág. 73.

² *Ibid.*, tom. II, pág. 78.

³ *Ibid.*, tom. II, pág. 139.

Propúsosele por el monarca francés la coronación del duque de Luca, soberano desposeído del reino de Etruria, como monarca del Río de la Plata bajo su protectorado ¹.

Ahora bien: antes de la muerte de Liniers sólo se hablaba de fidelidad á Fernando VII, y mucho después de su muerte, de buscar, para que nos gobernara, algún rey desocupado. La lucha que originó el cambio de Gobierno en Buenos Aires, más que una cuestión nacional, en el principio, tuvo el carácter de una disensión civil.

En 1810 no podía reputarse crimen de lesa patria el amor al rey de España, desde que los mismos miembros del Cabildo Abierto de Mayo, hasta el año 1815, le rindieron pleito homenaje. Las palabras Democracia y República, con sujeción á las cuales se juzga hoy á Liniers, no fueron pronunciadas sino tímidamente después de disipado el humo de su sacrificio. La cuestión se redujo para la Junta de 1810, á decir que la situación lamentable del Gobierno español, perseguido y bamboleante por el empuje de la invasión extranjera, por una parte, y la larga distancia entre América y Europa, al parecer más larga por los estorbos que demoraban la comunicación, impedían al monarca legítimo velar debidamente por sus intereses amenaza-

¹ *Historia de Belgrano*. tom. II, pág. 359.

dos por Francia en las colonias de ultramar. En esta virtud, y sin perjuicio de conservarse fieles á la autoridad de la Península, los nativos constituyeron un gobierno, habilitado por la especialidad de sus poderes, para regir sus propios destinos. Liniers consideraba el caso de otra manera. «El estado lastimoso de la monarquía española, pensaba, no autoriza á sus colonias á cambiar la forma de gobierno, desconociendo los poderes instituidos por el mismo monarca á quien no se desconoce, y cuyos dominios se trata de conservar fieles. Un acto como el consumado en el Cabildo Abierto, importa una sedición contra el Rey, que los militares encargados de defenderlo deben contrarrestar, si no quieren que la anarquía suplante al orden en las colonias españolas». Puede objetárenos que las razones invocadas por la Junta fueron simplemente aparentes. Pero en realidad, la mayoría de los que intervinieron en los acontecimientos de Mayo, las acogieron y tuvieron como reales.

En presencia, pues, de los documentos históricos de la época, puede asegurarse que existieron en 1810 dos formas de fidelidad hacia la persona de Fernando VII; una que para acatarla mejor creía conveniente, en mérito de las circunstancias, cambiar la forma de la autoridad delegada en el Virrey; y otra que acatando también al monarca perseguido, entendía que,

á pesar de la invasión francesa, y de los inconvenientes inherentes á la guerra y la lejanía, no era lícito innovar la forma del gobierno establecido por España en sus dominios americanos. Del choque de intereses comunes en el fin, pero diversos en los medios, resultó la muerte de Liniers, cuya influencia perjudicaba á los sostenedores, hasta ese momento, de la apenas presentida independencia americana.

III

«El merecido aprecio que profesamos al autor de las *Comprobaciones Históricas*, no nos impide expresar opiniones contrarias á las suyas. Dice él, hablando de Liniers, que no le inspira ninguna simpatía póstuma. Fué, agrega, un espíritu rehacio, rebelde al progreso económico y político del país, un enemigo sistemático de nuestra emancipación, un alma dura y soberbia, llena de ambiciones egoístas y odios amargos; pero era un carácter que reveló su fortaleza hasta en el suplicio, y la historia no puede negarle la verdad en el único momento de su vida en que realmente fué, en la medida de sus facultades, si no el único salvador de Buenos Aires, al menos el hombre de las circunstancias, y el que más eficientemente contribuyó, en un momento dado, á la gloriosa defensa á que su nombre está vinculado. No hay inteligencia que valga para disimular sofismas y antipatías. La

preocupación republicana contra el realista, y tal vez la discrepancia de opiniones con el creyente, bregan en esas líneas, á brazo partido, con el historiador severo».

Con estas palabras, poco más ó menos, empezaba un admirador de Liniers, mal informado, una refutación que iba á publicar. Advertímosle el error en que incurría, pues los rasgos apuntados correspondían á Alzaga. Sin embargo, teniendo ese escrito á la vista al trazar este trabajo, los aceptamos hipotéticamente, como trazados por uno de tantos escritores nacionales ó extranjeros que han desbarrado sobre Liniers, para poner de manifiesto las calidades opuestas del héroe de la Reconquista y la Defensa. De esa exposición ingenua resultará el triunfo de la verdad sobre el error, y no habrá contradicción en el resultado de la lucha. La historia debe permanecer ajena á las pasiones, porque ejerce un ministerio de verdad y de justicia, que excluye de sus fallos el cariño y la animadversión personales.

Solamente la mirada extraviada del adversario puede descubrir en Liniers un alma dura, desde que, como hombre, fué manso hasta con sus enemigos. El general inglés, admitido á su mesa, ofrecióle una espada el día siguiente á su derrota. A nadie persiguió, á nadie sacrificó el libertador de Buenos Aires. Tampoco fué soberbio, porque tuvo la nobleza, antes de

gobernar, elegido por el pueblo que lo aclamaba vencedor, de acatar la autoridad desprestigiada del marqués de Sobremonte, y cuando gobernaba, de eliminar su persona del poder, para evitar revueltas, amparando con su prestigio, después de sustituido con injusticia, al atemorizado Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Liniers mostróse dispuesto constantemente á la abnegación, y fiel á la misma autoridad que prestaba oídos á sus injustos adversarios. No pudo hostilizar el progreso económico del país, porque no pudo ocuparse de él, no obstante haberse mostrado interesado en favor suyo mientras gobernó la provincia de Misiones. No pudo ser egoísta quien sacrificó la vida á sus convicciones, sabiendo que en las filas de la revolución ocuparía, sin esfuerzo, el puesto de honor que ambicionara. No pudo ser el único héroe de 1806 y 1807, porque carecía del don de ubicuidad, necesitando, como el jefe del ejército argentino en el Paraguay, y todos los generales del mundo, de brazos que ejecutaran sus planes en el campo de operaciones, y de cooperadores que cumplieran sus órdenes fuera de ellos, atendiendo ejecutivamente las necesidades de sus soldados, y preparando nuevos elementos de resistencia para el caso probable de una derrota. No pudo ser imprevisor quien se aprestó para recibir la segunda visita de los ingleses, ni el que dijo al príncipe de la Paz, en el parte

de la defensa de 1807, al entrar en Buenos Aires, de regreso de la Chacarita, «que encontró ejecutado por Alzaga y demás miembros del Cabildo, su plan de defensa». No puede dejar de ser héroe quien más eficientemente contribuyó á la gloriosa defensa á que su nombre está vinculado. No puede ser antipático, por último, el hombre de esas circunstancias, en que el honor, la audacia y la victoria se aunaron, felizmente, para producir hechos fabulosos, que la historia ha recogido y transmitido de generación en generación. Cuando la crónica imparcial, escrita á la luz serena del tiempo venidero, se ocupe con elevación de miras de Liniers, en vez de buscar sombras con que recargar su fisonomía histórica, disipará las que ahora la empañan, lamentará que sujeto tan noble, no se cuente entre los fundadores de la democracia americana, y dirá también que si á los naturales les era dado emanciparse al llegar á la mayoría nacional, al extranjero, consagrado al servicio de España, no le era permitido imitarlos, sin incurrir en manifiesta deslealtad.

Si no estamos equivocados, la poca simpatía hacia el hombre, fortalece el desdén del militar en el autor de las *Comprobaciones Históricas*, obligándole á tratar á Liniers con forzada cortesía, concediéndole apenas con equidad lo que no podría negársele sin injusticia notoria y mengua censurable de la verdad. El desbande

de 1807 es el arsenal de los adversarios más ó menos acerbos de Liniers. Que el héroe de la Defensa no era irreflexivo, como se pretende, demuéstranlo su opinión adversa al sitio de Gibraltar, y los preparativos, después de la Reconquista, para la defensa de 1807. Pero él, tanto frente á Mahón, como en el Estrecho, como en el Océano, como en el Río de la Plata, había adquirido la costumbre de los golpes de mano, que cuando dan resultado encumbran, y que cuando no lo consiguen abaten, ante los ojos del vulgo, á quien los dirige. Así como la audacia suele tener por aliada á la victoria, también suele encontrarla desdeñosa de la gloria sin dificultades. Los ingleses conocían bien las calidades de Liniers. Confiando nuestro caudillo en el arrojo personal y en el denuedo de sus gentes, lanzóse sobre el poderoso enemigo, produciéndose el desbande de Miserere.

Al comenzar la noche del 19 de Marzo de 1818, estando próximos los ejércitos patriota y realista que combatían en Chile, dividido el segundo por las rencillas de jefes y oficiales, y, por lo tanto, á pique de ser vencido, sorprendióle el primero en el llano de Cancha Rayada, desbaratándole en pocos momentos. Nuestros batallones se hicieron fuego entre sí, y todo fué desorden, valiéndonos de la expresión de Amunátegui. Durante cuatro días se creyó perdida la independencia de Chile. Rodríguez fué

el único que infundió aliento á las gentes amedrentadas. El 24 de Marzo entraron en Santiago, San Martín y O'Higgins, como si volvieran de una victoria. El desastre de Cancha Rayada, dice el historiador citado, no había sido una derrota sino una dispersión. Las Heras y otros jefes conservaron intactos sus cuerpos. Rehechos los patriotas, el cañón de Maipo saludó el 4 de Abril próximo la independencia de Chile, asegurada por los siglos de los siglos.

No sería extraño que se nos objetase que la sorpresa de Cancha Rayada escapó á la previsión de San Martín, y que el combate de Miserere fué un acto voluntario de Liniers. Convenimos en la diferencia, pero á condición de que se nos reconozca que el descuido y el arrojo pueden sacrificar los ejércitos. El descuido de San Martín, que no ha mancillado su reputación, es menos justificable que el arrojo de Liniers, que tampoco pudo tizarle. Así lo comprendió el pueblo de Buenos Aires, que, dando ejemplo al de Santiago, recibió á Liniers arrojándole al paso flores y coronas. Los hechos de armas temerarios como, por ejemplo, el ataque de Curupaití, aun cuando desgraciados, merecen siempre, á la vez que censura, admiración. Si el general Liniers, según lo confiesa el historiador de Belgrano, se lanzó con tropa escasa y bisoña sobre un enemigo numeroso y aguerrido, es acreedor, cuando menos por su

valentía, á la consideración de que ha disfrutado el jefe de la revolución de 1874, después del combate de «La Verde», en el que la mayor parte de los militares de reputación bien adquirida en la República Argentina, al frente de más de dos mil milicianos mal armados, se estrellaron contra pocos soldados de línea y algunos cívicos parapetados con los recados de montar en el corral de una estancia.

Pasando por alto la inspiración salvadora de alumbrar la ciudad, de que se supone autor al señor Alzaga, inspiración que, por otra parte, tiene su faz buena para quien busca á alguien, y su faz mala para el que trata de ocultarse, nos concretaremos á otro punto tratado por el autor de las *Comprobaciones Históricas*. Aludimos á su juicio sobre la carta de Liniers, refugiado en la Chacarita, pidiendo órdenes, como buen militar, á los representantes de la autoridad real en la ciudad sitiada. «Haría dudar, dice, de su fortaleza de ánimo y de su equilibrio moral». ¿Qué dice Liniers en esa comunicación? «La Providencia me ha salvado tal vez del peligro, para salvar segunda vez á esta ciudad del riesgo que la amenaza». — ¿Qué agrega? — «Por el servicio del Rey y de la Patria, estoy dispuesto á derramar *hasta la última gota de mi sangre*». — ¿Dónde está el desfallecimiento de quien se cree instrumento de la Providencia para salvar la ciudad de Buenos Aires, mostrando al mismo

tiempo la voluntad de derramar su sangre toda en la demanda? La vista natural no nos alcanza para encontrar la fibra estremecida por la flaqueza del ánimo, en la naturaleza viril de Liniers. El pueblo debió ser de nuestra misma opinión, porque, según dice el señor Mitre, «lo recibió pocas horas después de escribir ese documento, en medio de aclamaciones de júbilo y entusiasmo». Agrega el autor de las *Comprobaciones*: «El ejército tenía *su general y el pueblo su caudillo*». En Liniers, pues, había dos entidades: era el militar que imperaba por medio del sable y era el hombre que imperaba por medio del prestigio, reuniendo en su persona la fuerza física y la fuerza moral. El general y el caudillo del heroico pueblo de 1806 y 1807, tenía que ser de su misma estirpe, heroico como él, y más que él, para disfrutar del privilegio de constituirse en cabeza y brazo de sus legiones armadas y vencedoras. Sí, repetimos sin reticencias, lo que ha dicho con salvedades el historiador de Belgrano: «Liniers es el héroe incontestable de la Defensa y la Reconquista»; y como no hay héroe que deba ese título á nobles y grandes acciones, que no merezca la simpatía universal, Liniers no puede inspirar indiferencia póstuma á los cronistas de la epopeya americana.

IV

Vamos á ocuparnos momentáneamente del juicio de *La Revista de Buenos Aires*, á que aludimos anteriormente. Observa el autor que Liniers «es uno de aquellos personajes de segundo orden, cuyas desgracias inspiran compasión, no tanto por innmerecidas, cuanto porque parecen superiores á la importancia de la víctima». Se trata de un hombre que siendo todavía niño, alcanzó en la marina española ascensos sin ejemplo en la Península, donde el valor no es calidad rara. En los combates en que figuró en Europa, Liniers descolló entre los más esforzados. Enviado á América, la debilidad puesta á sus órdenes alcanzó la más señalada victoria, contra la prepotencia de la fuerza. Objeto del amor de sus conciudadanos, se le conceptuó el mayor adversario del hecho político más trascendental de América, y se le condenó á muerte, «para infundir, como ha

dicho Funes, con el terror, un silencio profundo á los enemigos de la independencia». Siendo innegables todos estos hechos, ¿cómo puede aseverarse, sin faltar á la verdad, que sólo el convencimiento de que recibió un castigo superior á su importancia, despierta simpatías en favor de esa víctima? Semejantes palabras, además de injustas respecto de Liniers, contienen una injuria á sus sacrificadores, porque únicamente de la importancia política de Liniers, puede sacarse una sombra de defensa en favor de los ejecutores de la atroz sentencia.

Prosigue diciendo el crítico de *La Revista*: «La gloria tenía para él una fuerte dosis de vanidad»; y contradice de esta manera, á renglón seguido, tan contundente afirmación: «tuvo los destinos de esta parte de la América en su mano; dispuso, por un momento, del amor y de la confianza de los habitantes del Río de la Plata, y, sin embargo, pereció, tres años después de sus triunfos, á manos de los *irritados* patricios, que tantas veces habían custodiado su fama y su persona contra las maquinaciones de los peninsulares, celosos de esa misma fama y desafectos á esa misma persona». Descompongamos este aparato de acusación, para poner de manifiesto el mérito del reo de lealtad: 1.º, se trata de un hombre ambicioso que ama la gloria por vanidad, y que renuncia á ella

por deber; 2.º, se trata de un soldado vencedor, que no abusa de su poder ni de su prestigio, pues teniendo en la mano los destinos del país, no se apodera de ellos; 3.º, se trata de un carácter apasionado, que rehúsa, como siempre, la ocasión de castigar á sus enemigos; 4.º, se trata de un personaje de segundo orden, que disfruta del amor y de la confianza de los habitantes del Río de la Plata; 5.º, se trata de una muerte producida por la *irritación*, no por la justicia, de personas desdeñadas; 6.º, se trata de un carácter débil, que no tiene, sin embargo, la flaqueza de conjurarse en favor de principios políticos que reputa contrarios á intereses más elevados, cuya guarda le fué confiada. Liniers sale de las manos de *La Revista* como el oro del crisol, limpio y brillante, pudiendo asegurarse, respecto de él, que raras veces los republicanos exagerados han procedido más inconsultamente, aplaudiendo la muerte de un hombre libre, en tierra libre también, acusado del delito de pensar, de acuerdo con sus convicciones, en favor de otro sistema de gobierno.

Descendiendo precipitadamente el colaborador de *La Revista* por el plano inclinado de las contradicciones, afirma: «Liniers es una de las pocas *víctimas* de la revolución». Si por víctima se entiende el que padece algún daño por culpa ajena, como debe entenderse en este caso, podemos decir, sin peligro de sufrir recti-

ficaciones, que Liniers fué sacrificado en holocausto á las pasiones reinantes, y que debemos reparación á su memoria, en vez de aplausos á sus sacrificadores. Esta conclusión nos parece lógica. Oigamos, sin embargo, al autor de la proposición, que va á sacar la suya. «Este pueblo, escribe, puede reivindicar, *exclusivamente para sí*, las glorias militares de 1806 y 1807, y ser, hasta cierto punto, indiferente para con el *héroe que no quiso ayudarle* en la lucha verdaderamente gloriosa de la libertad contra la opresión. Liniers no pertenece al panteón de nuestros grandes hombres; pero tiene derecho á que al traer su nombre á la memoria, deploramos la amargura de sus últimos instantes». La especie de que un pueblo puede reivindicar para sí la gloria de un héroe, en un acontecimiento dado de la historia, si el héroe no le ayuda después de hacer lo que no es de su agrado, merece la palma destinada á la originalidad. Así como el honor no se saca con el pedazo, al héroe á quien se corta la cabeza, no se le puede segregar con ella la gloria. Haría mal Liniers, si se quiere, en no aceptar la revolución de Mayo; pero su negativa no empaña el lustre de sus proezas de 1806 y 1807, acontecimientos sin otra relación entre sí, que el haber ensayado el pueblo, en éstos, como ya se ha apuntado, las fuerzas propias para la futura lucha de la independencia nacional. Liniers,

muriendo fiel á la monarquía, no renegó de esas glorias. Más propio de almas menguadas que de espíritus altivos, es condenar la fidelidad á un principio. Por más empeño que pongan los cronistas apasionados y los críticos versátiles, Liniers fué en el pasado, es en el presente, y será en el porvenir, un héroe popular. ¡La imaginación, en vez de empequeñecer, por razón de la distancia, engrandecerá, en virtud de la evolución del tiempo, la figura del soldado valeroso que supo domeñar, en la infancia de la sociedad argentina, al inglés invasor, que pagó á España en Buenos Aires la deuda de Trafalgar!

V

La única solemnidad pública con que recuerda Buenos Aires las victorias de 1806 y 1807, es la función religiosa de la Cofradía del Rosario en el templo de Santo Domingo, cuya torre conserva incrustadas las balas con que fué batida, para desalojar al enemigo refugiado en el convento, y bajo cuyas bóvedas, en defecto de obras de arte que atraigan la curiosidad del viajero, están depositados los trofeos británicos, que estimulan con su presencia el sentimiento patriótico de los naturales, y provocan la admiración y hasta el pasmo de los extraños. Coincidiendo el segundo triunfo sobre los ingleses con la fecha del voto hecho por Liniers el año anterior, y habiendo notado muchas personas que dueños los invasores del templo de Santo Domingo, no pudieron apoderarse de sus banderas, viéndose en todo esto la intercesión

manifiesta de la Virgen del Rosario, el Obispo de Buenos Aires, el clero y las demás autoridades convinieron unánimemente en celebrar esos aniversarios, con una función religiosa en el templo de los Padres Predicadores, el primer Domingo de Julio, costeada por el erario público, y con asistencia de todas las corporaciones de la ciudad. El voto de Liniers, como la entrega de los trofeos tomados al enemigo, fueron consignados en el libro de la Cofradía del Rosario el 25 de Agosto de 1806. Después del derrocamiento de la tiranía de Rosas, solicitado el Gobierno de Buenos Aires, ha contribuído, algunas veces, con pequeñas sumas, al esplendor de tan significativo acto religioso.

La Cofradía del Rosario, con una constancia que le honra, mostróse siempre entusiasta de las glorias de la Reconquista y la Defensa, que no por haber pertenecido á los padres españoles, han dejado de pertenecer á los hijos americanos. Un orador ocupa todos los años la sagrada cátedra, y narra, dice Richard, en términos encomiásticos, los altos hechos de Liniers, el objeto de su voto, y el éxito obtenido, para instruir al pueblo en los nobles ejemplos que les legaron sus mayores, y á la juventud en los sucesos que no ha presenciado, y que desgraciadamente ignora.

Esta función comunica al espíritu la alegría

de la acción de gracias y la tristeza del funeral, porque al mismo tiempo que se celebra un gran triunfo, se llora á un muerto ilustre, confundiendo en una misma plegaria el nombre de la patria gloriosa y el de Liniers sacrificado. Si tan piadosa práctica hubiese desaparecido, las pasiones revolucionarias y la historia escrita á medias, habrían arrastrado hacia la indiferencia la memoria de la Reconquista y la Defensa, las proezas de su improvisado ejército, y hasta el nombre del general Liniers, que si bien no pertenece materialmente al panteón de nuestros grandes hombres, porque mal podría figurar en él quien fué sepultado como los ajusticiados, es una de las glorias mayores de esta tierra. Parécenos imposible que exista un hijo de Buenos Aires, joven ó viejo, creyente ó incrédulo, que no haya oído conmovido alguna vez el patriótico relato del púlpito de Santo Domingo, sencillo ó pomposo, desprovisto de galas ó revestido de elocuencia. Arrodillados á poco trecho del altar, siguiendo con la imaginación los pasos de Liniers hacia el banquillo de la Cruz Alta, y meditando en las veleidades humanas, hemos visto elevarse, como el humo agradable del incienso, las oraciones de la Iglesia, implorando la gloria eterna para el alma del extinto. ¡La religión enseña al hombre, junto el ara santa, á resignarse en su persona ó en la ajena, de las tribulaciones de la existencia,

compensando los desencantos de la tierra con la esperanza del cielo, prometido á los que, como Liniers, tuvieron la dicha de morir en el seno de la misericordia divina!



FELIX FRIAS

—

*Al Presidente del Consejo Superior de la
Sociedad de San Vicente de Paul.*

El Autor.

«Vi en su inteligencia superior
» el sello del buen sentido, que.
» para mí, es el signo inequívoco de
» una cabeza bien organizada».

F. F.

I

RASGOS GENERALES

Voy á acompañar imaginariamente á don Félix Frías desde la cuna hasta la tumba; en el Templo, el Colegio, la Universidad, el destierro voluntario y el vivac del campamento; á atravesar la Cordillera, á encontrarlo en Chile, á embarcarme en Valparaíso, rumbo de Europa, á volver á Buenos Aires, á regresar al Pacífico después, á encontrarlo en seguida nuevamente en el país natal, á escuchar su palabra ardorosa en la tribuna, y á reembarcarme, cuando, huyendo de la muerte, fué á encontrarla donde creía hallar la vida, regresando con sus cenizas, sin tocar en la casa de sus mayores, hasta dejarlas en el sepulcro confundidas con los huesos de sus padres. Satisfago exigencias amistosas escribiendo estas páginas. Hace tiempo que debieron entregarse á la publicidad, pero

los inconvenientes superaron á la voluntad del autor.

Yo no voy á exagerar las calidades de aquel á quien repugnaban la falsedad y la lisonja. Repito de los hombres lo que de los sucesos dice un pensador francés: «La distancia nos hace más imparciales y la imparcialidad más justos». Voy á referir simplemente ejemplos dignos de imitarse, y á tributar justicia á un patriota cristiano, cuya vida, como la luz de la lámpara del santuario, se extinguió alumbrando á la Divinidad.

La existencia entera de don Félix Frías fué un prolongado acto de lógica, desde los más elevados puntos de mira de la religión y de la política. Católico sincero como creyente, adversario de la tiranía como ciudadano, el que recorriere los documentos que él redactó como Secretario del general Lavalle y leyere los primeros escritos que publicó en Chile, no tendrá que reprocharle la menor debilidad, recorriendo el último discurso que pronunció sobre la libertad de enseñanza en la Cámara de Diputados de la Nación, y leyendo el testamento político, como se denominó la carta, fechada en 1880, que dirigió al doctor don José M. Moreno, también extinto.

El cristiano y el ciudadano formaban en la persona de don Félix Frías una sola entidad. Católico en el Templo y en el Parlamento; hom-

bre de orden en el hogar y en la sociedad, el católico no hacía concesión alguna al político, ni el político al católico, porque las aspiraciones del uno y del otro eran puramente evangélicas.

Vamos á juzgarle por sus obras, arrancadas á su modestia por alguna necesidad pública del momento, pero duraderas y de aplicación cotidiana, porque acopian doctrina y autoridad en cada materia, aun cuando al escribirlas le moviera esa fuerza de la inspiración que, en la generalidad de los casos, arrebatada, desdefía la consulta y bate las alas en el espacio luminoso en que desaparecen las reglas severas del raciocinio.

No tengo otros títulos para dar á la publicidad estos apuntes, además de un cariño bien probado desde niño, que el haberle conocido íntimamente más tarde, combatiendo á su lado en la prensa por la fe religiosa que nos vinculaba, y acompañádole en Chile algunos años, antes y después de iniciarse la cuestión de límites, cuyo estudio forma indudablemente la página más brillante de su vida pública.

En esta época inolvidable de mi vida, aprendí á separar de su trato las aparentes espinas que ocultaban las flores de sus virtudes, y comprendí que él habría podido realizar el deseo del romano, citado en uno de sus escritos, que pretendía vivir en una casa de cristal.

El aseo de la persona era en don Félix como un reflejo de la limpieza de la conciencia; la sencillez y nobleza de sus gustos, estaba de acuerdo con la llaneza y elevación de sus ideas; la frugalidad de su mesa, concordaba con el desapego á la vida regalada; el orden de los muebles, papeles y libros, revelaba el espíritu metódico en sumo grado, que singulariza las producciones intelectuales de tan aventajado argentino.

La seriedad de su conversación no excluía el chiste, ni su benevolencia el epigrama. Pero eran fugitivos esos momentos en que relampagueaba, por decirlo así, lo que de Cervantes llevan todos sus descendientes, y lo que de Molière aprenden los que viven, como él, en contacto con las ideas francesas, porque el espíritu cristiano, de la misma manera que la luz del sol, alumbrá más la tierra que juega con el agua.

Durante tres años de intimidad no descubrí en el carácter de este hombre fiel á la amistad, sino una desconfianza y una infidelidad constantes, porque todo arraigaba hondamente en su naturaleza. No creía en la resistencia de sus fuerzas físicas, y temía sucumbir á cada momento. Una vez me dijo en Santiago, sonriendo: «Yo soy una de esas plantas espinosas, llamadas cactus, según creo, de región más templada que ésta, y ello me obliga á vivir, durante el

invierno, como entre los cristales de un invernaculo». Sin embargo, no seguía un plan de curación invariable, ni tampoco las prescripciones de un solo sistema médico. La relación estrecha con don Juan Thompson, partidario, como su amigo el P. Lacordaire, de Hanne-mann, lo inclinó alguna vez á la homeopatía. Poco tiempo tardó en volver á ponerse en manos de los alópatas, entre los cuales hay excelentes profesores en Chile. Durante algunos meses de 1870 ensayó, casi simultáneamente, ambos sistemas, acabando por curarse la bronquitis benigna que le aquejaba, con algún simple de la medicina casera, que tal vez le aconsejara su hermana Robustiana.

Este nombre me conduce á otro orden de detalles íntimos. Así como su familia se miraba en él, cual en limpio y bruñido espejo, él reconcentraba, en sus demostraciones visibles, el amor de todos sus hermanos en la nombrada, á quien consideraba muy impresionable y delicada de salud. Pero este afecto no se alimentó á costa del que debía á los demás. Recuerdo que el domingo inmediato á una suntuosa fiesta en que nos habíamos encontrado, cuando todavía reposaba del cansancio natural de la vigilia, sentí llamar con impaciencia á la puerta de mi habitación. Me alcé sobresaltado y abrí á quien tan temprano me buscaba. Era el señor Frías, cuyo criado había descuidado la hora de cerrar

la correspondencia argentina. Venía á pedirme, como más práctico que él, que le buscara un chasque para alcanzar el Correo, porque su hermana Robustiana tendría un pesar, cuyos resultados no calculaba, si llegaba á Buenos Aires sin llevarle carta suya.

Entre las causas del imponderable júbilo que le produjo el estreno de la línea telegráfica de los Andes, enumeró, en primera línea, la de ponerlo al habla con su familia.

Algunos días antes de partir para el viaje sin regreso, no se dejó ver de Robustiana, con el objeto de desorientarla sobre sus proyectos, que ella presentía auxiliada por esa doble vista del corazón, que poseen las mujeres sensibles. «Si la veo llorar, dijo á alguno, no salgo de Buenos Aires, y permanecer aquí es condenarme á muerte... Yo necesito evitar los fríos del invierno próximo, y buscar climas templados». Para que todo le fuera adverso, coincidió la partida con el cumpleaños de su hermana, que no se apercibió del embarque hasta después de mediodía, porque él tuvo cuidado de enviar sus maletas á la estación del camino de hierro del Riachuelo al amanecer.

En Canterets, lugar balneario de los Altos Pirineos, sufrió, como se verá después, el primer ataque de gravedad, poco tiempo antes de la recaída que le produjo la muerte. Cuando llegó á la casa de baños el compatriota que refe-

rirá en tiempo oportuno sus últimos momentos, lo encontró malo, pero de pie, esforzándose por escribir á su hermana, porque le había prometido hacerlo por todos los vapores de la línea de Burdeos.

En el breve delirio que reveló la gravedad de su estado, pocas noches antes de que los médicos desearan salvarle, se quitó de la cabeza el birrete que usaba, bordado con los colores de nuestra bandera, y agitándolo, como si fuera un estandarte, exclamó con el resto de energía que le quedaba: «¡Protección á los peruanos!» Después, momentos antes de expirar, pasando con la rapidez vertiginosa del delirio, de una cosa á otra, creyóse en su hogar, y llamó varias veces á sus hermanos Robustiana y Estanislao.

De esa manera, inmediato ya á la eternidad, reunió en sus postreras palabras, testimonio de la voluntad que no flaqueaba á pesar del extravío de la razón, los dos últimos afanes de su preciosa existencia: la independencia de los pueblos y el amor fraternal.

No es posible amar la patria con la intensidad de sentimiento con que él la amó, sin amar entrañablemente la familia, que es el vínculo más fuerte que nos liga al sitio en que nacimos, y no es posible ser amado de un corazón puro y noble como el que latía en el pecho de don Félix Frías, sin merecerlo.

Edifica en alto grado á los que, conociendo la propia debilidad, tenemos la suerte de comprender á los que nos aventajan en virtud, el espectáculo formado por la vida y la muerte de quien, joven ó viejo, sano ó enfermo, consagró sus fuerzas, poderosas ó debilitadas, al servicio y la moralización de su patria.

«En la vida política y literaria de Frías, podrán encontrarse defectos», escribía uno de sus amigos, y terminaba preguntando: «¿pero quién no los tiene?» Algunas veces, los defectos de don Félix Frías emanaban del exceso de sus calidades. Era áspero porque era franco en sumo grado; era tenaz, porque sus actos reposaban sobre la base incommovible de los principios; era agresivo en ocasiones, porque el contrario había desconocido su sinceridad ó traicionado su confianza.

«En toda circunstancia, me decía uno de sus correligionarios el día en que llegó á Buenos Aires la noticia de su muerte, la intención de Frías estuvo purificada por la fe. Él fué un hombre de buena voluntad... Pertenecía al número de los que recibieron promesas de paz la noche de la Natividad»...

Pero ya es tiempo de que aquel que siendo su Secretario, no conoció secretos que guardarle, comience la tarea que el cariño y la gratitud le han impuesto. ¡Válgale la intención, y protéjale la sombra benigna de ese amigo bondadoso,

que consiguió inspirarle admiración por su persistencia para luchar desinteresadamente y vencer sin vanidad personal, sacando de la arena del combate el alma tranquila y el corazón exento de rencores!

II

CAMPAÑA DE LAVALLE. — (1838-1841)

Lamartine pretendía que se puede exponer la historia por medio de la biografía. Dos eran las categorías de personajes que él reputaba adecuados á su propósito: los que han descollado por la alcurnia ó la grandeza, por los tronos ó los ejércitos, y los que han sobresalido por el esplendor natural, la extensión de las ideas, la influencia en el espíritu de sus semejantes, la santidad de su misión en la tierra, los trabajos y el interés épico ó dramático de su vida. Las acciones de cierto número de individuos elegidos de esta manera, en un lugar del mundo ó en toda la superficie del globo, pueden compendiar la existencia de una sociedad ó la historia de la humanidad entera.

En efecto: la vida de don Félix Frías, que referiré á grandes rasgos, representa el esfuerzo guerrero y la fortaleza cívica de su tiempo,

empeñados en derribar tiranos inflexibles y sanguinarios, y la labor subsiguiente á la caída del despotismo, encaminada á constituir la República, de modo de vivir en consorcio amigable con la libertad, extirpando la barbarie opresora y las semillas que deja la anarquía por donde pasa, como la langosta insaciable, después de talar los campos, y que son gérmenes fecundos de nuevas miserias.

Don Félix Frías y Molina nació en Buenos Aires el año 1816. Fueron sus padres el doctor don Félix Ignacio Frías y la señora doña Luisa Molina.

El autor de sus días, víctima de un accidente imprevisto, murió casi repentinamente, dejando á su familia en la orfandad, y legándole, con poca hacienda, un nombre sin tacha. El joven Félix, en quien desde temprano asomó la inteligencia que debía colocarle entre los hombres esclarecidos del país, fué objeto de la predilección de sus hermanos.

Inclinado á la carrera del Derecho, la comenzó con brillo, reproduciéndose en sus compañeros de estudio, el interés que por él manifestaban los parientes más cercanos. Los triunfos de Frías formaban, al parecer, la gloria de sus condiscípulos. «Era, dijo en su Necrología, con cincelada frase, don Tomás Guido, el predilecto de la familia y de sus maestros. Esos recuerdos indelebles han comunicado serenidad á la

corriente de sus años. Los triunfos de la primera edad eran casi una fiesta para sus compañeros, porque no inspiraban al afortunado alumno otro sentimiento que el de una silenciosa modestia ¹.

Al cumplir los veintidós años, él y otros jóvenes de diversos cursos, mancomunados también por las opiniones políticas, tuvieron que truncar su carrera. El odio á la tiranía de Rosas los arrancó del aula, los condujo á los campos de batalla y más tarde al áspero camino del destierro.

Rosas era la encarnación diabólica de los principios contrarios al ideal de Frías. Engendrado por el mal en el seno materno de la anarquía, fué su primogénito, nacido á la vida política en brazos de la ignorancia campesina.

Las facultades extraordinarias concedidas á Rosas, la determinación de lá Sala de Representantes de no discutir ni considerar otros asuntos que los que iniciara el Poder Ejecutivo, la remoción de los altos funcionarios judiciales, el asesinato del doctor Maza y de su hijo, resol-

¹ Fueron, entre otros, condiscípulos de Frías: en el Ateneo dirigido por don P. Angelis, los doctores don Eduardo Acevedo, don Miguel Esteves Sagui, y don José T. Guido; en el Aula de Filosofía, los doctores don Ventura Bosch y don Claudio M. Cuenca; en la Universidad, los doctores Acevedo, Esteves Sagui, don Carlos Tejedor, don Roque Pérez, don Carlos Eguía, don Juan B. Alberdi, don Basilio Salas, don Vicente F. López, don Ildefonso Isla, don Marcelino Ugarte, don M. Beascochea y los señores don Mariano E. de Sarraatea, don Rufino Varela, don Diego Arana, don Enrique Lapente, don Laureano Costa, don José Rivera Indarte y don Nicolás Mariño.

vieron al general Lavalle en 1838 á lanzarse en brazos de la victoria ó de la muerte para salvar de la deshonra el nombre argentino.

He dicho de la victoria ó de la muerte, porque Lavalle pertenecía á la raza extinguida de los héroes de la poesía clásica. Vivió y murió como los justadores combatiendo por su dama, que era la patria. El poeta ha comparado la agilidad y la fuerza de Lavalle, cuando cargaba al enemigo, al viento y al torrente desatados. San Martín, que era juez competente, dijo de él, después de Putaendo, Chacabuco y Maipo, que era difícil imitar su valor é imposible excederlo.

Frías le escribió, camino de la Colonia, estas palabras: «Comunico á V. los hechos que me participan de Buenos Aires. Á gritos llaman á V., y es ésta la mejor, la más bella oportunidad. El pueblo está irritado hasta el extremo. ¡Al pueblo, señor, con quinientos argentinos! Allí hay dos mil brazos que lo esperan. ¡Al pueblo, y, sobre todo, pronto! Uno de mis amigos nos culpa ya de tantas desgracias; evitemos nuevos asesinatos. Espero las órdenes de V., y creo que ahora no perderá V. un minuto. ¡Pronto, señor, antes que todos los amigos sean asesinados! Los trescientos que usted tiene bastan para pasar al territorio argentino».

El que así hablaba en la primavera de su

vida, después de renunciar á los halagos de la fortuna, es el mismo que, en el ocaso de la existencia, quería ver realizado el bien lo más pronto posible, porque las dilaciones, en ciertos casos, aumentan el mal y debilitan los elementos de que disponen los ciudadanos, por regla general, destituidos de perseverancia.

El 2 de Septiembre del mismo año, Lavalle dejó la Isla de Martín García, y penetró en Entre-Ríos. Al pisar su suelo, esparció la célebre proclama, tantas veces citada en la historia contemporánea, redactada por su Secretario don Félix Frías, que constituye la piedra angular del sistema político á que consagrara después su larga vida. «Los atentados del bárbaro, decía ese documento de alta enseñanza por su moralidad, no me han permitido esperar más tiempo. No traigo recuerdos, he arrojado mis tradiciones; no quiero tradiciones que no pertenezcan á la Nación entera. Federal ó unitario, seré lo que me imponga el pueblo. No reconozco más enemigo que uno solo, el enemigo del pueblo, el tirano Rosas».

El general Mitre ha trazado el desgraciado pero glorioso itinerario de las huestes libertadoras, de Entre-Ríos á Corrientes, de Corrientes á Santa Fe, de Santa Fe á Buenos Aires, de Buenos Aires á Córdoba, Rioja, Catamarca, Salta y Jujuí, donde cayó postrado por una bala traidora el jefe de esa expedición legendaria.

En tan azarosa y desgraciada campaña, Frías, el alumno de la Universidad de Buenos Aires, adquirió en poco tiempo el temple del soldado. Hallándose en la batalla del Sauce amenazados de muerte sus amigos Peña y Arana, que estaban en la vanguardia, después de luchar un día entero con los que lo disuadían, no quiso ser menos que sus compañeros, á pesar de que su empleo le eximía de tomar parte en la pelea, y ciñéndose la espada, montó su caballo y se incorporó á la columna que mandaba Vega. El jefe de los combatientes le hizo abandonar el terreno, y Frías se dirigió al que pisaba la hueste de Baltar, donde corrió igual suerte. Despedido por Baltar, se mezcló con los soldados que mandaba Hornos, entre los cuales, sable en mano, fué de los héroes de aquella brillantísima carga de caballería que rompió las filas enemigas. Sus compañeros, derrotados como él, lo creyeron muerto durante algunas horas. Felizmente después de un gran rodeo, logró incorporarse á los suyos que le recibieron, con los brazos abiertos, en Punta Gorda. Todavía refieren este encuentro con enternecimiento los que le han sobrevivido. Parecerá imposible á los que no le conocieron de cerca, que aquel hombre adusto despertara tan inmensa y durable simpatía. Sus amigos apenas pagan con ella la fidelidad á toda prueba de don Félix Frías.

La muerte del general don Juan Lavalle, ocurrió el 8 de Octubre de 1841. Sublevada una parte del país contra el grupo de oficiales que lo acompañaban y acabando de hacer alto para descansar un momento, el general Pedernera se puso á la cabeza de sus bravos compañeros, hizo colocar sobre un caballo el cadáver de su jefe, y emprendió la marcha fúnebre y gloriosa perseguida su gente por la adversidad. «Ya no hubo tregua, escribe Lacasa en su biografía de Lavalle, hasta pisar el territorio de Bolivia. Siete días se peleó sin descanso, no para buscar un triunfo sobre las huestes del tirano, sino para salvar el honor de las armas libertadoras, y lo único que nos había quedado, las cenizas del ilustre argentino».

Practicada en Huancalera la disección del cadáver, condujeron los huesos de Lavalle hasta Potosí, donde fueron sepultados en la histórica Catedral el 21 de Octubre de 1841. Si conmueve la piedad filial con que ciertas tribus americanas llevaban al destierro las cenizas de sus antepasados, pasma el ánimo y humedece los ojos la fidelidad de esos valerosos soldados perseguidos, que marchando á la proscripción desesperados, condujeron como precioso depósito, interpretando la voluntad de la madre patria, los restos de su capitán, para salvarlos de las hienas humanas que, siguiéndolos de cerca, reían y gruñían en los desfiladeros agrestes de los Andes.

Las victorias de Yerúa, Don Cristóbal y el Tala, los triunfos insignificantes en diversos puntos del territorio argentino, la toma de Santa Fe, y las derrotas de Sauce Grande, Quebracho Herrado y Famaillá, contaron entre los luchadores de primera fila á don Félix Frías, alguna vez reprendido por su innecesario arrojo, por el mismo jefe de la expedición libertadora.

La estaba en la Rioja, al pie del Famatina, desnudos y hambrientos, la marcha de Salta á Tucumán, salvando setenta leguas en tres días, para encontrar desprovista la división de Peder nera, al enemigo acampado á ochenta millas de la ciudad de la Independencia, y diseminada también la fuerza que fuera en auxilio de Salta, la dispersión de los correntinos después de la derrota de Famaillá, la marcha de diez y ocho leguas hasta Jujuí, realizada en diez y ocho horas también, la travesía de la Cordillera hasta Bolivia, encontraron en su puesto de honor y de sacrificio á don Félix Frías, quien, en un momento solemne, poco antes de morir, lo recordó á sus compatriotas, como título para ser escuchado. «Regresé al país, dijo, pasando por Yerúa, Sauce Grande, Don Cristóbal, Quebracho Herrado y Famaillá, para vivir consagrado al servicio del país, defendiendo el orden contra la demagogia, la libertad contra los déspotas, llevando esta divisa: «ni faccioso ni servil».

¡En aquellos días memorables, acechado por la muerte, rebotando vida, la desesperación no se insinuó en su espíritu ni un momento. Cuando en la noche, echado en el suelo, con la cabeza apoyada en alguna piedra del camino, tan duro como la fatalidad, cerraba sus ojos cobijado por el manto estrellado, el ángel que conforta en el sacrificio conversaba con él, velando al mismo tiempo el agitado sueño del soldado!

III

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Dejamos á don Félix Frías en Bolivia, rodeado, en Potosí, Chuquisaca y otras ciudades, de la consideración á que le hacían acreedor su inteligencia y su carácter severo, prematuramente desarrollado al contacto del infortunio. De Bolivia pasó á Chile, trayendo en su ligero equipaje la espada del general Lavalle y buscando el sustento en el trabajo diario. Más fuerte que Homero que sacrificó su genio al pan de Testhórides, él no enajenó en la prensa de Chile ni su moral de cristiano, ni su independencia de hombre libre. Cónsul de Bolivia y redactor de *El Mercurio* en Valparaíso, publicó varios folletos antes de partir para Europa en 1848. Durante siete años que permaneció alejado de América, envió correspondencias á dos ó tres publicaciones de este continente. Repatriado, fué sucesivamente Diputado, redactor de *La Religión*, fun-

dador de *El Orden*, Convencional de la provincia de Buenos Aires, y Senador y Diputado al Congreso Nacional. El Gobierno argentino lo acreditó en 1869 en el carácter de Enviado Extraordinario cerca del Gobierno de Chile. Terminada su misión volvió á ocupar una banca en la Cámara de Diputados de la Nación, que lo eligió Presidente en 1878. El rastro brillante de esta existencia laboriosa y fecunda, ha quedado impreso en sus obras.

No puedo recorrer todos los escritos de don Félix Frías, que van á ser publicados sin distribución de materias, siguiendo solamente el orden de fechas en que él los dió á luz, pues su editor, por razones fundadas, se ha negado hasta dejarme consultar la descripción de las ruinas de Mendoza después del famoso terremoto. Católico en religión, conservador en política, nuestro héroe abrazó desde la juventud la bandera del apóstol que tiene por lema estas palabras: «La libertad está donde está el espíritu de Dios». Con un pensamiento fijo, con un programa definido, con un norte seguro, todas sus obras responden á un mismo ideal y contienen las mismas ideas expresadas de un modo parecido. «El amor, ha dicho Lacordaire, no tiene más que una palabra, y por eso diciéndola siempre no cree repetirla nunca». Me parece inútil enumerar y analizar todos los trabajos de don Félix Frías, para dar á conocer el espíritu

de sus obras, inspiradas por el amor de Dios y de la Patria. Los hombres de pensamiento y de acción que abandonaron el país con él, combatieron sin tregua, antes que todo, la tiranía; algunos se preocuparon de la organización futura de la República Argentina, pero, excepción hecha de él, no se consagraron á estudiar seriamente el origen del mal, ni á buscarle remedio definitivo en la sólida implantación de las instituciones cristianas. Los escritos de don Félix Frías patentizan la lógica inquebrantable de la vida ejemplar de este patriota, que sabía de dónde venía y á dónde iba. La crítica podría tachar los artículos que dió á la prensa diaria de cierto énfasis doctrinario, propio del libro, de la revista ó del folleto. El folleto era, y con razón, el arma predilecta de don Félix Frías. «El folleto, ha dicho Timón, es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que imitan mil colores, de revestirlo de fuerza, de erizarlo de flechas y de lanzarlo al combate. Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crimen, todo lo que castiga á los tiranos ó canta la gloria, la patria ó la libertad, todo eso es folleto». Así lo comprendía también don Félix Frías. Veámoslo.

El Cristianismo Católico. (Valparaíso, 1844). Apareció este folleto al empezar en Chile la propaganda de algunos jóvenes brillantes, adeptos

de los humanitarios franceses, que entendían también que la generación que los había precedido en la vida quedaba á retaguardia del siglo. Dos sistemas opuestos, en pugna interminable, de los cuales uno conserva, reforma, retoca y construye sobre sólidos sillares, y el otro destruye, aniquila y arrasa por hábito, dejándose dominar algunas veces por la veleidad de construir sobre arena, lo que desbaratará en breve el viento que sopla y el agua que cae, se disputaban las bridas de la sociedad chilena. El primero enseñaba á los hombres á emanciparse del error bajo el imperio de la Fe, y el segundo les inducía á caer en la esclavitud de las preocupaciones bajo el dominio del escepticismo; aquél hacía brotar la fuente de la esperanza á los que viven abrumados por el dolor ó la injusticia, y éste cegaba los únicos manantiales que pueden apagar la sed de los ambiciosos; los católicos vestían y alimentaban á los pobres resignados, los socialistas cubrían de oropeles brillantes y distribuían palabras seductoras á sus neófitos, carcomidos por apetitos inmoderados; nosotros habíamos enriquecido á los necesitados, por medio del conocimiento de Dios, y ellos habían empobrecido á la miseria, privando á su numerosa prole de la creencia religiosa y de las instituciones visibles que nivelan la condición moral de reyes y vasallos, de poderosos y proletarios, de nobles y plebeyos, porque reconocen

por fundadores al hijo de Dios, descendiente de David, y á los doce pescadores de Galilea, discípulos, cooperadores y herederos de la enseñanza, la predicación, el martirio y la gloria del Salvador del mundo. El más reposado de los lidiadores empujaba, como era lógico, al jornalero al templo, la escuela y el taller, y el más inquieto sacaba al artesano del templo, de la escuela y del taller, para conducirlo á las plazas públicas y las barricadas.

El liberalismo americano, como del argentino se ha dicho, pretende divorciar el gobierno civil de la influencia religiosa, destruyendo el imperio del espíritu. Esta tendencia emana de los volterianos admiradores del *Contrato Social* de Rousseau. Conservando en pie los altares, como un homenaje á las preocupaciones públicas, han logrado paralogizar á las masas desprevenidas é ignorantes. La libertad de la Iglesia no consiste, escribe un pensador argentino, en tolerar la predicación del sacerdote y el ejercicio del culto. La Iglesia no es libre sino cuando desempeña, en su mayor plenitud, la potestad y el ministerio que le incumben. Don Félix Frías ocupó la tribuna de la prensa para ilustrar estas cuestiones, desvanecer las utopias que ofuscaban muchas almas, y demostrar al pueblo chileno amotinado, que la libertad y la igualdad que buscaba eran hijas de la misma religión que se trataba de atropellar. Opuso

el valeroso paladín á la flamante doctrina, la escuela que en Francia defendía y hacía práctica la alianza de la fe con la filosofía. Él creía que el Cristianismo era la verdadera ciencia del corazón, y la filosofía la ciencia preferida del pensamiento, y demostró, con muy buenas razones, que no se contradecían entre sí. *El Cristianismo Católico* es el trabajo de más alcance entre las obras religioso-filosóficas de don Félix Frías, porque contiene la crítica de la doctrina racionalista y sus vistas sobre las escuelas literarias, que favorecen y contrarían la religión católica, y la exposición de los hechos históricos, europeos y americanos, pertinentes al caso. Como obra literaria está redactado con la franqueza de pluma del periodista avezado á manejar ese instrumento, y el vigor de la más fuerte convicción, consagrada á contrariar la adversa doctrina y servir lealmente á la sociedad. Este excelente estudio produjo en Chile el efecto de la avalancha andina, que reduce á polvo vano la endeble construcción levantada al pie de la montaña.

La Santificación del Domingo (París, 1850) es una carta dirigida al Conde de Montalembert, y como él mismo lo ha dicho, debida á la inspiración del séptimo día de una semana en la conciencia de un hombre de fe. La asamblea se ocupaba, en el momento de publicarse ese

escrito, de si le era lícito discutir un proyecto de ley sobre el día del Señor, porque algunos de sus miembros creían que la materia era ajena á las que trata el Parlamento. El adalid que terciaba en el debate justificó de esta manera la participación en tan grave asunto. «Ver sin egoísmo, escribía, es juzgar con acierto. Me considero poseedor de esa luz, porque soy católico, y dotado, además, de ese desinterés, porque la luz evangélica es como las linternas que derraman sus claridades delante del que las lleva ocultándole á la vista de los que le encuentran. Lo contrario sucede á la luz de la falsa ciencia: ellos se alumbran y se exponen á los ojos de los demás, tan incapaces de ver el abismo como de enseñarlo á los otros». Después de este hermoso y original símil, estudia la situación social de Francia, con la misma propiedad que si se tratara de su país, y termina: «La Iglesia, depositaria de la ley divina del amor, pide al Estado un día de trabajo para ella y un día de descanso para el pobre. ¡Desgraciados mil veces los Legisladores que digan *no* al que se presenta, como V., á reclamar en favor de la madre común de los católicos, el derecho y la libertad de servir á sus semejantes».

El Derecho de Patronato (Montevideo, 1861) demuestra como la herencia de odios de la revolución francesa, ha perpetuado en nuestro país,

imitador de ese movimiento, las leyes españolas que pueden servir de pretexto para dominar y deprimir la Iglesia de los Apóstoles. Mientras que las disposiciones que la favorecen han caído en desuso, subsiste el Derecho de Patronato, mal entendido y peor aplicado. El Patronato, tal cual se ejerce hoy, es un impedimento de la disciplina eclesiástica, sin la cual no puede existir un clero dotado de las virtudes y del saber necesarios para el desempeño de su santa misión. Todo sacerdote indigno de allegarse al altar, halla constantemente un protector en el Poder Civil, dispuesto á sobreponerse á la autoridad encargada de mantener ileso el orden y respetada la ley canónica entre los miembros de la sagrada milicia. Prosigue el raciocinio apoyándose en la autoridad del doctor Vélez Sarsfield, manifestada en su obra *Relaciones del Estado con la Iglesia*. «No existiendo, dice el sabio jurisconsulto, el celo piadoso que moderaba la acción del Estado, la Iglesia ha sido absorbida por él». El señor Frías reclama, por fin, la libertad de que necesita esa esclava, para que pueda enseñar á los hombres la verdad que los hace libres.

La Sepultura Eclesiástica (Buenos Aires, 1863) es un folleto publicado con motivo de un debate entre la primera autoridad eclesiástica y el Ministro del Culto, sobre la denegación de sepul-

tura eclesiástica al cadáver de un impenitente. Fundado en la doctrina de la Iglesia, expuesta y defendida por Cormenin, Trolley, Foucart, Dalloz y otros profesores de Derecho, sostiene que el sacerdote puede denegar la sepultura á los que mueran fuera del gremio católico, sin que al poder civil, como acontece en Francia y España, le sea dado intervenir en el caso, porque es del dominio espiritual, y también del derecho de la Iglesia interpretar y ejecutar sus leyes. Forzar á los ministros católicos á que las quebranten, no es derecho de nadie. La Iglesia y la administración civil concurren al orden y policía de los cementerios; aquélla, por cuanto son lugares sagrados; ésta, en atención á su carácter de establecimientos insalubres. La sepultura eclesiástica, según los Cánones, no consiste sólo en la ceremonia religiosa, consiste en conceder ó negar la inhumación. Por eso se ha fijado un sitio en todos los cementerios para enterrar á los que mueren fuera del gremio de la Iglesia. Esta controversia ha dado lugar á la *laicidad* de nuestros cementerios, arrancándose para semejante profanación la necesidad de evitar la deshonra del que se negó, mientras disponía de la voluntad, á aceptar el honor de ser bendecido por la Iglesia. Para el objeto aparente, tal medida no tiene valor alguno, desde que el encargado natural de recibir á los muertos con palabras de esperanza en los labios,

le vuelve el rostro al renegado; pero el hecho es que la Iglesia se ve privada del derecho de intervenir en la concesión ó denegación de sepultura en sitio consagrado por su bendición. Este folleto es contundente.

Enseñanza de la Religión en las Escuelas del Estado. (Buenos Aires, 1864). Inspiró este escrito una resolución inconsulta del Gobierno Provincial, que importaba nada menos que dejar establecido que no es incompatible con el empleo de maestro de escuela católica la calidad de protestante del profesor. Puede, decía el Ministro, sin exponer doctrina, enseñar el Catecismo. El señor Obispo de la Diócesis no aceptó tan incorrecta conclusión. Toda enseñanza debe ser religiosa. Así lo quieren Francia, Prusia y Bélgica. Dupanloup, Guizot, Cousin, Villemain, Roger Collard, Tocqueville, Salvandy, Thiers, Saint-Marc, Girardin, Montalembert, Balmes y Jovellanos comparten esta opinión. El profesorado es una magistratura y no es una industria. Toda enseñanza supone una convicción sincera. Para transmitir una creencia religiosa, es preciso profesarla. Enseñar como verdad aquello en que no se cree, es un tráfico indigno. La teoría, para ser fecunda, debe hermanarse con la práctica. ¿Cómo enseñar esta práctica cuando el mal ejemplo contradice el precepto? En 1851 el Consejo Superior de Fran-

cia resolvió que los maestros no podían ocuparse de enseñanza religiosa disconforme con las creencias que profesasen, y que no se debía aceptar para esa enseñanza sino libros adoptados por la Iglesia. En los Estados Unidos el objeto principal de las Escuelas es enseñar á los niños el camino que conduce al Templo. El señor Frías protesta que no comete un acto de oposición al Gobierno hablándole la verdad, y concluye con este elegante y verídico concepto: «La contradicción de los amigos es homenaje que honra á los gobiernos ilustrados. El Estado se ha comparado, no á un globo que cruza los aires á merced de los vientos, sino á la nave, porque se apoya en lo que existe».

El Liberalismo Revolucionario y el Matrimonio Civil. (Buenos Aires, 1867). Este folleto es una réplica vivaz y erudita á algunos artículos publicados en *El Inválido Argentino* por el doctor don Juan M. Gutiérrez, con el título de *Montonera de Sacristia*. Apreciando la revolución francesa encomiaba la Convención. El señor Frías dijo en respuesta: «La gran falta de la revolución francesa, que ha expiado con mucha sangre, consiste en haber sido violenta é impía. Desconoció la naturaleza humana que sólo la fe del cristiano explica; se valió de la fuerza, mala aliada de los principios; y apa-

gado en la conciencia del pueblo el sentimiento cristiano, le despojó de la capacidad de ser libre y de gobernarse á sí mismo. La historia designa con esa cifra, 1793, la época del terror en Francia, la del reinado brutal de asesinos abominables; 1793 fué la negación de 1789; en ese año los verdugos cortaron la cabeza de los reformadores de la sociedad francesa». Y arrebatado por la indignación que le causaba el elogio de los malvados, exclama: «¡Tan á obscuras está la Universidad que necesita de las luces de la Sacristía!» Como se trataba principalmente de ciertas innovaciones santafecinas en materias de sepultura y matrimonio, funda en la autoridad de M. Delabaye el derecho de la Iglesia para intervenir en los entierros, y establece la doctrina católica sobre la unión conyugal. «No hay, dice, para los católicos matrimonio donde no hay Sacramento. Un católico no admite que el matrimonio sea un contrato puramente civil. Su fe le enseña que tal contrato es nulo delante de Dios. El matrimonio es, ante todo, religioso, porque es la unión de dos almas inmortales y cristianas; es civil bajo el punto de vista de los intereses; pero es siempre indivisible, y donde falta el sacramento falta el contrato». El montonero de sacristía, como el intrépido Rauch, puso en fuga á los indígenas que trataban de apoderarse de conventos y cementerios, é instituir, por medio de sus augures, el matrimonio

civil, clasificado de amancebamiento por el autor de nuestro Código Civil.

El dogma católico, la filosofía cristiana, las especulaciones contrarias, su influencia social, su rastro histórico, la disciplina de la Iglesia, el Patronato, la sepultura eclesiástica, el matrimonio religioso, la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas, todo lo que forma en nuestros agitados días el blanco de los ataques del racionalismo y el positivismo, condenado, explicado, puesto al alcance de todos, forma la materia de esos folletos, en los cuales el hombre estudioso encontrará guías seguros que le conducirán á las fuentes históricas, filosóficas y literarias, y el combatiente hallará toda clase de armas que esgrimir, menos las enherboladas que el Derecho de Gentes coloca á la cabeza de las prohibidas, en las guerras de las naciones cultas. Recorriéndolos, el hombre de imaginación también contemplará, como desde elevadas cumbres, todo el campo de batalla de la humanidad.

IV

ESTUDIOS POLITICOS

La República Argentina (Valparaíso, 1847) es el primero de los folletos políticos de don Félix Frías. Vió la luz pública cuando asomaba el sol del 25 de Mayo, al cual iba á saludar, contemplando desde el exilio la patria esclavizada. «Posee, dice, inmensas riquezas la República Argentina; pero, ¡qué lástima! no tiene una sola libertad... sean eternos, muy enhorabuena, los laureles que supo conseguir, puesto que juró no vivir sin ellos. Pero recuerde que las primeras palabras de su génesis revolucionario fueron aquellas tres que forman unidas un código santo y un verso sublime: ¡libertad, libertad, libertad!» Y arrojando una mirada hacia el pasado, agrega: «En sus primeros cantos de triunfo olvidó una palabra menos sonora que la de *libertad*, pero que es un contrapeso que hace tenerse en pie á la libertad: el

orden...» Y más adelante, observando los caracteres de la tiranía, exclama: «Lo peor del despotismo es su inconsecuencia... ¡La ley escrita es inmutable!» La República Argentina, gloriosa y respetada aparentemente en el exterior, por las antiguas realidades y las modernas mentiras de la prensa asalariada, puede, afirma inmediatamente, disfrutar de una bella apariencia por fuera, pero no será por dentro sino un panteón de vivos. ¡De este modo es mejor ser argentino desde lejos, para recibir el reflejo de la gloria, sin sentir en los hombros los pies del héroe!» Esta frase admirable, que descubre el propósito de no transigir jamás con el tirano, transporta al lector hasta el recinto en que tronaba la voz de Mirabeau.

La gloria del tirano Rosas. (Valparaíso, 1847). El mejor y más celebrado de sus panfletos, siguió de cerca al anterior. El primero lleva la fecha del 25 de Mayo, y el segundo la del 9 de Julio del mismo año. Su objeto, como observa don Bartolomé Mitre, fué contrariar la tendencia de algunos proscritos á tratar con Rosas, y lo consiguió haciéndoles perseverar en el propósito de no inclinarse ante un trono de ruinas y huesos humanos: Está dividido en seis capítulos sobre la libertad, la guerra de los partidos, la independencia, la gloria, la libertad, Rosas y la traición del déspota á las tradi-

ciones argentinas, adjudicando á la tiranía, como causa eficiente, la desobediencia de la ley. «Dado el punto en que mi razón, escribe, se desarrolló lo bastante para enseñarme mis derechos y mis deberes de ciudadano, comprendí que bajo el régimen tiránico ninguno de mis derechos sería respetado, y que ninguno de mis deberes me ligaba á la obediencia. Desde entonces abandoné mi país y mi familia. No tuve que abandonar á mis amigos, porque todos ellos emigraron también. Rosas está tan cegado por el amor propio, que no ha dejado lugar en su alma para amar á los demás. No abduquemos la tradición á fin de legitimar nuestra esperanza. Protestemos sin cesar contra el despotismo á fin de merecer la libertad. La victoria no ha hecho alianza con nadie: puede mañana abandonar á Rosas, como nos ha abandonado á nosotros. Echemos raíces como los soldados de Ayouna en la tierra del honor. Por mi parte yo querré, y el mayor número de los emigrados querrá conmigo, que nuestras madres nos lloren más bien ausentes que degradados. Esperemos con el poeta que un día la mano de Dios distribuirá coronas de honor en el cielo á los que se sacrifican por la libertad en la tierra». Don Félix Frías, convencido por la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que justifica el derecho de los pueblos á poner término violento al desgobierno de los tiranos, no se separa un ápice de su

creencia en el influjo definitivo de la justicia, emanación de Dios mismo, y su fe, penetrando su patriotismo, le reviste de una energía que sobrepasa á la de muchos, si no á la de todos sus compañeros. La fe, que es capaz de transportar las montañas, tiene el raro privilegio de afirmar á los hombres.

El Juicio de Rosas, (discurso pronunciado en la Cámara de Diputados de la Provincia, 1857), es la primera prueba oratoria de don Félix Frías en el Parlamento de su país. Recién llegado de Europa, conocido por sus escritos y su odio á la tiranía, admirado por su perseverancia política, cuando empezó á hablar en el debate provocado por el juicio político del déspota, la bien merecida reputación de que disfrutaba, los cabellos emblanquecidos por la nieve de los desfiladeros altísimos del destierro, la voz simpática del orador, el acento de la convicción que revelaba su palabra, y la elevación moral de sus ideas, cautivaron completamente al auditorio. Don Félix Frías siguió esa noche al pie de la letra este consejo de Timón: «Dominad con fuerza la atención de la Asamblea; excitad su piedad, sus simpatías, su repugnancia ó su pundonor; mostraos como animados de su soplo y ebrios de sus inspiraciones, al paso que le comunicáis las vuestras. Cuando consigáis, en cierto modo, separar

todas esas almas de su cuerpo, vendrán por sí mismas á agruparse en torno de la tribuna». «Os pintaré, dijo con entonación no escuchada y modales oratorios no vistos hasta entonces, os pintaré la religión abatida, los templos profanados, los ministros del altar llevando sobre el pecho palabras de muerte, las Asambleas mudas ó serviles, su Presidente asesinado ahí, en esta misma Cámara, la prensa encadenada, las damas arrastrando el carro que conducía el retrato de aquel hombre, las propiedades confiscadas, los ciudadanos indefensos arrancados de sus hogares y degollados en los cuarteles y plazas, los cohetes que atronaban el aire y las músicas recorriendo las calles para anunciar á la población aterrada que la sangre argentina corría á torrentes... y el sereno interrumpiendo el sueño de los habitantes de esta ciudad en las calladas horas de la noche con el grito de ¡Mueran los salvajes Unitarios! ¡Maldición á la anarquía, señores, maldición á la anarquía que engendra tales monstruos...!» Acababa de caer el tirano, estaban frescos los recuerdos, por eso el pueblo, en presencia de ese cuadro pintado con colores de la paleta de Goya y reproducido con palabras espigadas en los cantos de Jeremías, se sintió como transportado á la época nefanda y produjo murmullos ahogados en que se mezcló la admiración y el espanto. El orador, no obstante su bien probada antipatía

al tirano, anuncia que se ha de oponer á todas las leyes de carácter político, cuyo espíritu tienda á renovar recuerdos dolorosos. Condenar á Rosas es inútil si el odio no pasa de él, y funesto si va más lejos; y si lo que contiene el artículo segundo del proyecto en debate es la confiscación, opina que no debe ser ni discutido en un país constitucional. «Hay, dice, otros medios legales de impedir que los intereses privados y públicos sean sacrificados. Hay quienes sostienen que todo es permitido contra los tiranos. No, á los hombres de principios no es permitido todo contra los tiranos, no les es permitido imitarlos... ¿Es menester que una Cámara Argentina juzgue y condene á Rosas? Yo no lo creo; pero si vosotros lo creyereis, os diría que para eso somos muy pocos los miembros de esta Cámara. Rosas no fué el tirano de Buenos Aires únicamente; fué el tirano de catorce pueblos argentinos...» Y en otra parte exclama: «¡La pena!.. ¿Creéis que aun cuando recorrieseis todos los Códigos del mundo, hallaríais una pena proporcionada al crimen de la tiranía?.. La pena existe, y voy á deciros cual es, pero no está escrita en ningún Código. ¡La pena consiste en no matarlos, en dejar vivir á los tiranos...!» Pintó después á Rosas perseguido por los fantasmas que la conciencia le forjaba, sin encontrar el medio de alejarlos, y terminó: «El único asilo donde puede hallar la

paz para su alma atormentada, es el templo católico, y ahí no la busca. Si ahí la buscara, los venerables sacerdotes inmolados á su furor, invocarían del cielo en su favor la misericordia divina. ¡Sólo Dios puede perdonar á los tiranos!» De este discurso, inspirado por los sanos principios al proscripto educado en la escuela de la adversidad, ha tomado asidero una frase corriente, á propósito de su elocuente autor, con la cual se da á entender que alguna vez la veleidad le alejó de sus correligionarios políticos. La confiscación, á que él se opuso, comprendía los bienes de la esposa é hijos de Rosas. Pues bien, después de veintidós años han triunfado los temores de don Félix Frías. El cielo no ha permitido que él conozca la sentencia de los tribunales de Buenos Aires, obligando al Gobierno á la restitución de esas propiedades. Los herederos de Rosas conocerán ahora las ventajas de la libertad, y los que observan el curso fatal de las ideas, que los principios no mueren jamás. Parécense á esos árboles que cuesta arraigar, que florecen hoy sin cuajar las flores que echan, y que fructifican mañana, después de inauditos esfuerzos, de parte del plantador, por salvarlos del viento, de las heladas y de los rayos abrasadores del sol estival.

Leg de tierras. — (Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados de la Provincia, 1858). — «El objeto de la Comisión de Legislación al presentar este proyecto, decía don Félix Frías, es restituir al dominio del Estado bienes mal adquiridos, ó sean las tierras dadas por Rosas en premio de malos y buenos servicios. Algunas de esas tierras fueron donadas en la forma acostumbrada, contrayendo el favorecido la obligación de poblarlas. ¿Han sido legal ó ilegalmente adquiridos esos bienes? Si lo primero, la cuestión desaparece; si lo segundo, es á los tribunales á quienes compete decidirlo. La justicia está en el Cabildo. Vaya allá el Fiscal á defender los derechos del Estado. Aquí está la Constitución que nos veda usurpar atribuciones de otros Poderes. Un célebre escritor inglés, al salir de la audiencia del Jurado que había juzgado á Lord Gordon, exclamaba: «Yo le odio, pero amo más las leyes de mi país». Así diré yo á los hombres exaltados á cuyas pretensiones me opongo: «Odiad cuanto queráis á los vencidos, aunque no hayáis luchado nunca contra ellos, pero amad más la Constitución y las leyes del país». Esta era una de las causas impopulares en Buenos Aires. Apenas indicaré de paso que el que defendía con claro buen sentido la ley, y con ella el derecho de todos, era un enemigo de la barbarie, y que los que principalmente, por tratarse de Rosas y adquirir patente limpia, no

reparaban en medios para combatir al tirano, habían sido cortesanos suyos en las antecámaras de Palermo.

Discurso en la Convención Revisora de la Constitución Nacional. (1866).—Don Félix Frías pidió la palabra solamente para expresar las causas de la anarquía en la República Argentina y encarecer la necesidad de desarrollar en ella el sentimiento religioso. «No son libres, dijo, sino los pueblos educados por la religión para la libertad». Presentó á la Iglesia esclavizada y pidió á los liberales que se mostraran consecuentes consigo mismos, abrogando las leyes opresivas de su necesaria independencia. «Mientras subsista, agregó, el divorcio entre la religión y la libertad, seremos liberales, si se quiere, pero no libres. La religión es una madre que deja de ser fecunda cuando deja de ser amada. Amémosla y ella nos dará la libertad». El orador terminó su oración de formas clásicas, manifestando de esta manera su amor á la nacionalidad argentina: «Conocéis todos el célebre juicio de Salomón. Yo os diré como aquella madre que antes de ver destrozado á su hijo convino en abandonarle á la mujer que no le había dado la vida: «Partir la patria es matarla: prefiramos antes verla en malas manos que dividida». El territorio de la patria es sagrado é indivisible, señores; á él están ligados

todos los recuerdos de los tiempos pasados, como los de nuestros espantosos infortunios. ¿En qué rincón de la República no hallaréis rastros de la sangre y de las víctimas de la tiranía, de los mártires de la independencia y de la libertad?... Y si alguno se halla mal en su país, si le falta valor para esta lucha incesante que suele abatir los más firmes caracteres, ó si perseguido por la ingratitud y la calumnia quiere buscar en otro suelo el descanso que anhela, aléjese en buena hora; pero no pretenda llevar consigo un solo grano de la tierra en que vió la luz. ¡Sacuda el polvo de sus plantas y váyase!»

Federalización de Buenos Aires. — (Discurso en el Senado de la Provincia, 1862). — El orador combate la federalización porque es celoso guardián de la autonomía de Buenos Aires. Considera la ley del Congreso como un fruto madurado extemporáneamente al calor de la victoria conseguida en los campos de Pavón. «El Gobierno Nacional, dice, puede ir donde quiera, hasta que tenga un día residencia propia, y será bien recibido en todas partes, con tal que no impida á las provincias amar y servir lo suyo, con tal que deje á cada hombre en su puesto, y á cada estrella con su brillo. La suerte de Buenos Aires está estrechamente unida á los

destinos de la Nación, y fuera de ésta no veo sino descrédito, inquietudes y malestar para ella. Si defendemos sus derechos es porque deseamos mantener en la República la actitud que nos corresponde». Al empezar este discurso había en la barra de la Cámara una especie de expectativa solemne. No es posible explicar la acogida que tuvo el orador cuando dijo: «Ese pueblo se muestra impaciente por escucharnos, porque quiere saber como cantan los cisnes; pues nos vemos colocados en situación parecida á la de aquellos gladiadores romanos que antes de perecer, se inclinaban ante el César y le decían: ¡Salud, César, los que van á morir te saludan!» Sólo puedo comparar la intensidad del entusiasmo público, con la impresión elevada que produjeron en los oyentes las últimas palabras del mismo discurso: «Y hablaremos otra vez (al Congreso) sin olvidar, señores, que hoy es día de lidiar como caballeros y que mañana será día de vivir como hermanos». Conviene recordar algo que acabamos de presenciar y de oír. Una de las razones que hizo valer el partido nacionalista en pugna con el pueblo en 1862, para oponerse al establecimiento de la capital en Buenos Aires en 1880, fué que semejante hecho sería tachable de imperativo, porque se consumaría bajo la influencia de un ejército triunfante al día siguiente de la victoria. ¡Véase cómo el tiempo modifica las opi-

niones y acredita muchas ideas acogidas con reserva, por no decir rechazadas con cólera tenaz!

Expropiación de caballos. (1866). — Tuvo por origen este discurso, pronunciado en el Senado Nacional, un decreto del Gobierno mandando expropiar caballos, durante la guerra del Paraguay, sin que precediera la autorización del Congreso, que él reputaba necesaria, por ser esta medida materia de una ley especial. Comenzó enumerando los avances cometidos por el P. E., el cual había agregado, sin la aprobación legislativa, artículos adicionales al tratado de la triple alianza y establecido en el Chubut la colonia del país de Gales, contra un mandato terminante del Congreso. El decreto, argumentaba, ofende el derecho de propiedad, y ¡quién sabe cuántos desgraciados habrán sido privados de los animales que les ayudan á ganar el sustento! «Sé apreciar, continuaba, en su justo valor las fatigas y los padecimientos de los ejércitos; me imagino en las filas del que está sosteniendo hoy tan reñidos combates, y confieso que me habría sido desagradable se me enviara esos compañeros de que antes hablaba (los criminales destinados al servicio militar), y en caballo que hubiese sido menester arrebatar á una familia menesterosa. Habría preferido que hubiera sido mejor observada la Constitu-

ción y que no se me obligara á marchar en un caballo expropiado al encuentro del enemigo de la independencia del país». El voto de reprobación á la conducta oficial fué denegado por la Cámara. Corridos algunos años, la Corte Suprema de la Provincia, en un juicio particular, aplicó el mandamiento que prohíbe la expropiación, sin que una ley anterior declare la utilidad pública de la cosa, sobre la cual recae ese derecho del Estado. Enemigo implacable de las revoluciones, según él, y para algunos hasta adversario fanático de ellas, por entender que sólo contra los tiranos son permitidas, reprobó en las autoridades regulares las exacciones, propias de la fuerza armada irregularmente, para proporcionarse medios de subsistencia á costa de las gentes laboriosas y honradas, y á fe que tuvo sobrada razón. Los que fueron privados de lo suyo se la dieron, con la ley en la mano, á pesar del voto del Senado.

Libertad de Enseñanza.—(Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados de la Nación, 1878).—Don Félix Frías, partidario de la libertad absoluta de enseñanza, expuso en la sesión del 31 de Julio su doctrina. Contestóle el doctor don Vicente F. López: la contrarréplica del señor Frías tuvo lugar el 7 de Agosto. En una brillante improvisación demostró que no existía antagonismo entre la fe y la ciencia.

Citó en apoyo de su aserto á Leverrière y Secchi, á Jouffroi y Cousin, á Therry y á Tropolong, á Beaumont y á Dumas, á Dupuytren y Velpeau, á Nelatón y Recamier, Cruvellier, Andoel y Berthe. Habiéndose hablado del poder temporal del Papa como de cosa repugnante á las modernas luces, recordó que Guizot, Thiers, Tocqueville, Odillon Barrot, Dufaure, Berrier, Lamartine, Villemain, Montalembert y Rossi, que no vivieron á obscuras, no eran de ese parecer; y concluyó diciendo: «¡Iremos á Roma á llevar al ilustre Pontífice el homenaje filial de nuestra profunda veneración: pero de seguro, señor Presidente, que los católicos argentinos no tendremos necesidad de ir á Roma á pedir perdón al Papa por haber amado y servido la civilización, el progreso y las libertades de nuestra patria!»

Carta á don José María Moreno.—(Buenos Aires, 1880).—Este documento, calificado de testamento político, no importa, como se ha pretendido por algunos, una especie de deserción del autor de los principios que practicó toda su vida. Él, por el contrario, pone el sello á la lógica de sus convicciones. «Se ha considerado, escribía, como una herejía política, la opinión que emití, muchos años ha, de ser preferible el peor gobierno á la mejor revolución. Persisto en creerlo. Sólo cuando en el

país imperan los tiranos, que son, no un mal gobierno, sino la negación de todo gobierno, es permitido, y es un deber, usar de la fuerza para derrocarlos. Mientras el despotismo no degenera en tiranía, mientras subsistan algunas libertades, se debe usar de ellas para conquistar las que faltan; y la resistencia legal es la única que conviene á hombres de principios. Así fué como Thiers, durante el último imperio francés, logró, poniendo de su lado la opinión pública, arrancar á la dictadura concesiones que reclamaba en favor de las libertades necesarias. Así luchó O'Connell en defensa de Irlanda. Así se ve hoy á los católicos franceses combatir por los derechos del ciudadano, con el decidido apoyo de estadistas tan eminentes como Dufaure, Simón y Laboulaye. Los partidos que se han llamado conciliados me juzgaron sin duda sospechoso cuando en las últimas elecciones de Diputados Nacionales me excluyeron de los bancos del Congreso. Dispuestos á emplear medios revolucionarios, que no son los míos, me hicieron justicia al pensar que no debían contar con mi adhesión. Pero si hacen mal los que combaten á los malos gobiernos con otras armas que las de la libertad, no obran mejor los gobiernos que á la acción revolucionaria contestan con la reacción despótica, como hoy se ve». Colocado por su corazón en medio de los dos bandos, como otras veces, antes y

después de despedazarse, adquirió don Félix Frías desengaños y amarguras que no quiero ni debo juzgar en este momento. Pudo ser acerbo en el juicio de algunas personas, pero, á pesar de ello, no creo que, examinadas las cosas friamente, resulte injusto, porque él no lo fué ni con Rosas, á quien respetó como hombre y odió como tirano.

V

OTROS TRABAJOS

Aun cuando para conocer la índole literaria, filosófica y política de don Félix Frías basta con las citas anteriores, creo que no pecaré de difuso ocupándome ligeramente de otros interesantes trabajos suyos, entre los cuales existen algunos de reconocido mérito.

Comercio de Bolivia.—(Valparaíso, 1845).—Consiste ese folleto en una nota que en calidad de Cónsul de Bolivia dirigió el autor al Ministro de Relaciones Exteriores. Leyéndolo con atención se tiene que convenir en que eran generales las aptitudes de este argentino, bastando para descubrir una faz nueva de su inteligencia, ponerle en el caso de ensayarse en lo que más distante estuviera de sus gustos pred-

minantes. Ha dicho el señor Mitre que don Félix Frías fué uno de los primeros, si no el primero, que buscó salida al comercio de Bolivia por los afluentes del Plata. El ilustre proscripto leía con cortos intervalos tratados de Filosofía y Economía Política, y estudiaba la Geografía de América, sin perjuicio, después que discurría sobre intereses comerciales, de abrir su libro de oraciones para adorar al que es Señor de las ciencias y de las artes humanas, que apenas imitan y reflejan las obras de su inteligencia y de su amor. «Bolivia, enseñaba el señor Frías, debe dar la espalda al Pacífico y encaminarse hacia las fértiles regiones del naciente. Desde luego es fácil prever las ventajas reales que obtendrá situándose sobre la margen del Paraguay. Precisamente se hallaría entonces en contacto inmediato con las dos partes de sus fronteras más pobladas por los Estados vecinos, es decir, con el Paraguay y la República Argentina. Ambas son aliadas naturales de Bolivia por su topografía y comercio. La República Argentina gana inmensamente con ser la vía del comercio de Bolivia, sea que este país abra sus puertos en el Paraguay, sea que busque mercados en las provincias argentinas del Norte. La distancia que separa á Potosí de Jujuí, provincia argentina limítrofe con Bolivia, es una cuarta parte menos que la de Potosí á Cobija, puerto del Pacífico».

Última enfermedad y muerte del general San Martín.—(1850).—Estas sencillas y conmovedoras páginas fueron agregadas á la introducción de la *Corona Poética* del héroe de Maipo, formada por el doctor don Juan M. Gutiérrez, y dada á la estampa con motivo de la inauguración en la Plaza del Retiro de la estatua del primer guerrero de la independencia argentina. Contienen detalles minuciosos, y hasta nimios, si se quiere, recorridos con mirada indiferente, pero preciosos y queridos para los que amaban el muerto á que se refieren, y que no se fatigan oyendo repetir frecuentemente las mismas melancólicas circunstancias. Me parece estar viendo la hija desmayada, las Hermanas de la Caridad arrodilladas junto al cadáver, la rigidez de la muerte acentuando la rigidez del soldado, el finado con el crucifijo entre las manos, el reloj de pared parado en la misma hora de su fallecimiento, el destacamento de Guardia Nacional que bate marcha al colocar los restos en el féretro, el desfile de la comitiva presidida por el honorable señor Balcarce, al niño Guerrero conmovido á pesar de su tierna edad y asociado á los argentinos enlutados, y, sobre todo, al autor traspasado por la preocupación de no dormir el último sueño bajo la Cruz del Sud, visible en el cielo despejado de la patria esclavizada. Pero de lo que principalmente se ha preocupado el autor es de rendir su tri-

buto de admiración al grande hombre, que consumó en América la empresa más atrevida y el acto de civismo más austero. San Martín venció la naturaleza en los Andes, y se venció á sí mismo en Lima.

Muerte del Arzobispo de Bogotá.—(París, 1852).—El señor Mosquera, desterrado de su patria, murió en Marsella en momentos en que, como O'Connell, se preparaba para tomar el camino á Roma. El socialismo triunfante, azotado por Caro, por no decir marcado por el poeta con el hierro de los galeotes, lo arrojó de Colombia, y Colombia le vió partir para no volver. Esa muerte acaecida á larga distancia de la grey del Pastor, arrancó á don Félix Frías palabras severas y merecidas contra los que, con el yugo en el cuello, ya lamentaban su extravío cuando acaeció. El remordimiento es más sañudo con los cobardes que con los verdugos. «La vida y la muerte del Arzobispo de Bogotá, escribía nuestro paisano en la *Revista de Ambos Mundos*, nos presenta el ejemplo de la fidelidad intrépida á Dios, á su Iglesia, á su doctrina; de la guerra á la revolución y á los revolucionarios; no la guerra de los que aprisionan, persiguen y matan; pero sí la guerra de los que no transigen con el error ni con el vicio, y los combaten con las armas de la persuasión y de la caridad, en

el interés mismo de los que son presa del mal y de la mentira».

Las ruinas de Mendoza.—(1860).—Comisionado don Félix Frías por el Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul, después de la catástrofe que redujo á polvo vano hombres y edificios en la floreciente y rica ciudad de Mendoza, para repartir los socorros reunidos en Buenos Aires, se trasladó al teatro del terrible acontecimiento. El folleto mencionado es una descripción de la horrorosa noche del 21 de Marzo, de los actos heroicos practicados por dos sacerdotes de la Compañía de Jesús, de aquel agrupamiento posterior de ruinas humanas y de escombros calcinados por el fuego de los incendios, de una Misa celebrada en el recinto y bajo los tamarindos de la plaza, de la entrega de las ofrendas á la sombra de una tienda improvisada, y de la naturaleza hermosísima de aquel valle fecundo, en que crecen á porfía el olivo y el naranjo, estrechados por la cadena montañosa cuyas nieves se transforman, bajo el influjo del sol naciente, en ópalos, y del poniente en rubíes gigantescos, al parecer engastados en la blanca frente del Tupungato.

Un Gobernador revolucionario.—(1867).— Dió lugar á este excelente artículo un proyecto de

ley del Gobierno de Santa Fe, suprimiendo la Comunidad y disponiendo del Convento de San Lorenzo para Escuela de Agricultura. Con esa energía que no desmayó en él sino con la vida, tomó á su cargo la defensa del derecho de los frailes, lamentando que la ignorancia de lo que pasa en el siglo en que vivimos, induzca á algunos á achacarles las preocupaciones y los errores de los lectores de folletines. Demostró el señor Frías con tan buenas razones la inconstitucionalidad de la medida propuesta, y levantó contra ella tantos enemigos, que no pasó ese desacuerdo, quedando tranquilos en su casa aquellos excelentes Misioneros.

Enterrar los muertos.—Lleva ese título un precioso y erudito artículo consagrado á criticar el sistema de sepultación adoptado en el Cementerio principal de Buenos Aires, donde se conservan los ataúdes al aire libre en los sepulcros particulares. La Religión y la Higiene mandan enterrar los muertos, como obra de misericordia, la primera; para que no maten á los vivos, la segunda; ambas, por diversas razones, quieren ver cumplida la palabra de San Pablo, que dice que el hombre debe pudrirse en la tierra como la semilla.

Discurso sobre el «Fulminante».—En momentos en que la cuestión chileno-argentina exigía

reforzar la armada nacional, voló en el puerto del Tigre el vapor *Fulminante*, que era el taller de torpedos. Para neutralizar el efecto que podía causar la pérdida de ese poderoso elemento de guerra y reparar su falta, se trató de acudir á una reunión popular. Iniciáronla algunos estudiantes y concurrió á ella don Félix Frías. Su palabra cayó como lluvia de fuego sobre el entusiasmo inflamable de la juventud. Copiaré solamente algunas de sus palabras para dar idea de aquel discurso. «Veo, dijo, entre vosotros aspirantes á la carrera de la abogacía y de la medicina. Sepan los primeros que cuando la patria está en peligro, el primer cliente es la patria; y sepan los segundos, también, que cuando la patria sufre, el primer enfermo es la patria!»

Acabamos de ver pasar, sucediéndose como cuadros disolventes, una larga serie de producciones de la misma inteligencia y de la misma pluma, sobre filosofía, religión, costumbres, confiscación, juicio político, reivindicación de propiedades públicas, organización nacional, autonomía de los Estados federales, derecho de propiedad, facultad de expropiación, atribuciones de los poderes Ejecutivo y Legislativo, libertad de enseñanza, derecho de revolución, comercio é higiene.

¡Pocos publicistas y oradores americanos podrán presentar una foja de servicios tan variada;

pues ésta comprende las más fundamentales é interesantes cuestiones religiosas y políticas, encaradas y resueltas con el auxilio de la ciencia y del derecho, movidos por la Fe y el Patriotismo!

VI

EL ESCRITOR Y EL ORADOR

Si me es permitida la expresión, don Félix Frías no era un fundidor que vaciara el pensamiento en el molde de arcilla, del cual sale la estatua completa. Era más bien un joyero que formaba el diseño, escogía la materia y cincelaba en seguida. Autoritario por naturaleza, buscaba siempre el testimonio ilustrado de los maestros para afianzar su manera de apreciar las cosas, como si quien tan bien estaba preparado por el estudio, y tan bien resguardado por su autoridad moral, necesitara de padrinos que apoyaran sus razonamientos. En el caso de comparar las obras de Frías á algún género musical, les hallaríamos parecido en el canto llano, el más apropiado para expresar las ideas graves, y el más inesperado y sorprendente en la solemnidad de los efectos, emanada de su sencillez fundamental, que no se presta al ama-

neramiento ni á la exageración. El período de sus escritos, de forma francesa, era correcto gramaticalmente hablando, pero carecía de la amplitud de la forma castellana. Don Félix adjetivaba de una manera peculiar.

Ya lo he dicho: era apasionado porque era nervioso por naturaleza é ingenuo por carácter, sin que ningún desengaño le hostigara y venciera hasta el punto de renegar de la eficacia de la verdad. Si la diplomacia es, como generalmente se entiende, el arte de disimular, él no era diplomático. Cuando veía traicionada su confianza patriótica ó algún principio digno de veneración, los puntos de su pluma herían como dardos al adversario, sin que el más suspicaz pudiese decir que la venganza se disfrazaba con la piel de la justicia en tales oportunidades. Así como renunció á los halagos de la familia para combatir á Rosas, renunció á la amistad de los chilenos por defender el derecho argentino á la Patagonia. Firmado el penúltimo pacto con Chile, desaprobado por el Senado, sacrificó á su país el afecto que lo ligaba á su amigo de la infancia don Mariano E. de Sarratea, negociador de ese tratado y patriota como él, que en un momento de ceguedad dejó sorprender su buena fe, no desmentida ni antes ni después de ese error. «Sarratea duerme, me dijo un día, y es deber nuestro despertarlo, aun cuando le duela la actitud que asumimos. Él la apre-

ciará en lo que realmente vale cuando abra bien los ojos».

Don Félix Frías no odiaba, amaba, por el contrario, sin exclusión de ninguno, á todos sus semejantes; pero el cariño no ahogaba en su naturaleza las inspiraciones del deber, ni detenía el vuelo de su pluma, que corría sobre el papel describiendo en los momentos críticos la marcha de una centella de patriotismo, producida por el choque de las ideas encontradas, que agitaban su sana voluntad y su nerviosa mano. «Una voz del cielo, ha dicho muy acertadamente el doctor don Federico Aneiros, habla en sus escritos á la patria y á sus hijos, á los nacionales y extranjeros, el lenguaje más insinuante y severo de la verdad, de la civilización y de la perfecta caridad, con un entusiasmo de fuego, con una convicción profunda, con un interés creciente».

El señor Frías templaba su elocuencia en el Sinaí, á la luz de los relámpagos, escuchando á través de los siglos el fragor del trueno que anunció á Moisés, por medio de una de las más grandes conmociones de la naturaleza, la entrega de las tablas de la ley. El Decálogo contiene la norma de conducta del hombre y de los pueblos. A él ajustaba la suya don Félix Frías, y pretendía ajustar también la de los gobiernos, representantes de la autoridad divina. El don de la palabra le fué concedido para ello, como

lo ha demostrado brillantemente el doctor don Pedro Goyena en el hermoso artículo que consagró á la memoria de nuestro correligionario en el primer aniversario de su muerte.

Don Félix Frías, generalmente recogido en sí mismo, y al parecer incomunicado con el mundo exterior, cuando hablaba en público, empezaba por ganarse al auditorio, franqueándole el secreto de su alma, atrayéndolo con la inflexión simpática y solemne de su voz, colocada en el centro de los registros grave y agudo. Dotado de facciones angulosas, de ordinario rígidas, y de ojos pequeños, al parecer apagados, pero vivísimos cuando bullía en su cabeza alguna idea á cuyo servicio consagraba entera la actividad, su rostro cambiaba la expresión ordinaria por otra más noble y agradable. Era que en estos momentos se transparentaba el alma en su fisonomía, y nadie ignora que el alma era lo mejor que había en don Félix Frías. Impresionable como pocos, la vibración de sus nervios era discernible en la estructura de sus discursos, que generalmente hablaban á la inteligencia y al corazón, presentando en buena armonía la erudición y el sentimiento.

Adepto de la escuela de Montalembert y Lacordaire, sus discursos participaban de la energía de la tribuna política y de la unción de la cátedra sagrada francesas, promiscuidad á que contribuía la entonación nerviosa y la cali-

dad de su órgano vocal. Frías desdeñaba los bordadores sobre canabá ajeno, que escogen mal las sedas y las lanas y conciertan pésimamente los colores. Las obras de esos señores traen á la memoria los ramos vistosos, pero deformes, que figuran en los espectáculos teatrales, con las flores ya marchitas, clavadas en un fondo de paja cubierto con arrayán. Tampoco fué de su agrado la oratoria callejera, abundante en palabras y escasa en ideas, que ensayándose tímidamente en los Clubs Parroquiales, estalla vacía de sentido y estruendosa en las asambleas generales de los partidos políticos, y cuyos desenfadados movimientos recuerdan la marcha atropellada y bulliciosa de los pilluelos que siguen las músicas militares, á través de la ciudad, en los aniversarios patrios. Ni aviado como el lechuguino que ve en el último figurín una edición ilustrada de su persona, ni descuidado como esos individuos que no entienden de respetos sociales, ni amanerado ni incorrecto, en fin, revestía sus razonamientos de formas atildadas y elocuentes, que no habrían desdeñado los que él tenía en la cuenta de maestros.

La fuerza física, como la fuerza moral, seducen á las muchedumbres, principalmente cuando el que se vale de la una ó de la otra inspira esa atracción y esa confianza que comprende el sentido completo de la palabra simpatía. El arte

de insinuarse en el ánimo ajeno, convirtiendo muchas veces en admirador al que va á escuchar como adversario, forma la mitad del orador. La otra mitad consiste en imponerse á todos, cautivando la atención descuidada, reuniendo poco á poco las voluntades de los oyentes, venciendo las preocupaciones, arrollando los obstáculos, imperando por medio de la autoridad moral, como antes se ganó la consideración por medio de la simpatía del talento.

La oratoria elevada, convincente, casi correcta, con músculos y ropaje masculinos, era la oratoria que amaba don Félix Frías. Era difícil ganarle ninguna cuestión si para ello se contaba con la emoción del auditorio, conquistada por la palabra brillante y el acento de convicción del orador porteño. Hasta que se trajo al Senado Nacional la discusión de los «Bancos Libres», complicada con el estado social de la República, era opinión corriente que Frías no improvisaba sus discursos parlamentarios. Hostigado por la sátira de un adversario terrible, el doctor Vélez Sarsfield, ese mismo día habló de improviso, pronunciando uno de sus mejores discursos, desgraciadamente extraviado. Desde entonces supo el pueblo y la crítica que su inteligencia, generosa como su corazón, era capaz de vertir, ó mejor dicho, de engalanar, el primer pensamiento que se le presentara desnudo como un niño abandonado. Él también experi-

mentó ese día la exactitud de este aforismo del maestro Cormenin, que, como todo lo útil que aprendía, no olvidó después: «El alma del improvisador responde al alma del auditorio».

Cuando hablaba sobre las invasiones chilenas á la Patagonia, parecía uno de los «Granaderos á Caballo» de San Martín cargando y acuchillando al enemigo con el sable de Putaendo y Chacabuco. Él dejó caer cada palabra como un martillazo sobre la puerta de la Casa Rosada, para despertar á la Poesía que dormía en la poltrona presidencial, después de haber cantado los horrores del cañón que arrasaba la costa del Pacífico.

Siempre que nuestro valeroso jefe fué vencido en los combates de la palabra, se retiró del campo como el ejército de los Andes en la noche de Cancha Rayada, y cuando quedó vencedor en el terreno parlamentario, triunfó como San Martín en el llano de Maipo. Había aprendido de los héroes de la Independencia á salvar el honor en la victoria y en la derrota. ¡Cuando todo lo había perdido, conservaba intacto el tesoro del rey francés, y cuando todo lo había ganado, ocultaba sus laureles al pie del altar, ante el cual pedía al cielo que cubriese su regocijo con el velo de la modestia!

VII

VIAJE Á EUROPA

Refiere lord Macaulay que la primera vez que contempló la gran Pirámide uno de los filósofos que acompañaron á Bonaparte á Egipto, parecióle pequeña, porque la vió aislada en medio de la llanura, y que acertó á darse cuenta de sus verdaderas proporciones cuando, plantadas las tiendas del ejército, parecieron puntos imperceptibles al pie del inmenso monumento de los Faraones. Los hombres, continúa, juzgan por comparación, y por eso, desde que ha surgido una muchedumbre de autores pequeños, se comprende y aquilata el mérito de los maestros del arte. Esta imagen cuadra perfectamente en nuestro medio social á don Félix Frías, apenas perceptible en la llanura del pensamiento argentino antes de la tiranía de Rosas, figura distinguida después que traspasó los Andes, y hombre

descollante apenas se estableció en Francia, no sólo comparado con la multitud de publicistas sin alas adheridos al Gobierno dictatorial, sino también por las prendas relevantes de su inteligencia y las calidades morales que descubrían sus obras.

Extracto, porque no puedo reproducirlo íntegro, el juicio que el Ilustrísimo Arzobispo de Buenos Aires ha hecho sobre el objeto y resultado del primer viaje de don Félix Frías á Europa, emprendido en 1848, año de su partida de Valparaíso, y terminado en 1855, año de su regreso á Buenos Aires. Ocupa este juicio las páginas más animadas de la oración fúnebre pronunciada por el doctor Aneiros en la Iglesia Catedral el 29 de Diciembre de 1881.

«Él se propuso, dice, traer á América todo lo bueno de Europa, descubriéndole todo lo malo que cunde en ella, y para esto todo lo indaga y examina. Contempla el estado europeo, estudia la historia, las revoluciones, las guerras, y saca consecuencias importantes para el nuevo mundo. El asiste á las Cámaras, se familiariza con sus debates, y luego habla de los defensores que tiene el Cristianismo, informándonos de las leyes que se sancionan y pueden aplicarse con ventaja en estos países. Lee todas las producciones periódicas para ilustrarnos en seguida, bien autorizado, de la libertad de la prensa, de los abusos de que es capaz, de los males que

produce, de los remedios que tiene, de los bienes que puede proporcionar á la sociedad, y deplora, para que los evitemos, los extravíos en que suele incurrir en los pueblos americanos. Estudia los libros que aparecen é informa sobre el plan y desarrollo de las tesis que sostienen. Visita las casas de educación de ambos sexos, examina los reglamentos, se hace cargo de las leyes de enseñanza, estudia los estatutos universitarios, las constituciones de los Seminarios, las instituciones destinadas á la reforma de las costumbres, á la propagación del Evangelio, á la asistencia de los necesitados, y nos hace comprender que América debe colocarse en los caminos que le traza la experiencia. Va al templo, escucha los grandes oradores sagrados, y refiere el encanto y los frutos de su inspirada palabra. Defiende en una carta dirigida al Conde de Montalembert y en la Necrología del señor Arzobispo de Bogotá, la misma causa que inspira sus correspondencias á los periódicos de Chile y Buenos Aires. El señor Frías estudia el antiguo continente para el nuevo, é instruye á Europa del estado social de América ».

La Revista de Ambos Mundos, sumamente acreditada entonces, publicó en 1852 un artículo firmado por M. Carlos Mazâde, colaborador de ella muy interiorizado en los asuntos de América. Demostraba en ese trabajo el crítico francés, la íntima alianza que existe entre los

acontecimientos políticos ó religiosos de su país y los sucesos del mismo género americanos. Según él, «Francia, ministro universal de las naciones, ve reproducida su historia, de tiempo en tiempo, en los pueblos del nuevo mundo, dados á imitarla». Le sugerían esta observación las cartas de don Félix Frías, apreciando el desenvolvimiento del socialismo en algunos de los países que fueron españoles. Estimulado nuestro benemérito compatriota por el deseo de favorecerlos, formando un dique á la invasión de doctrinas malsanas, dedicóse á estudiar el bien y el mal en sus mismas vertientes, anunciando á los inexpertos americanos de dónde venía el riego fecundo, y de dónde partía la inundación devastadora, donde comenzaban el camino áspero pero seguro de la verdadera cultura, y la cabecera de las sendas floridas que terminan en despeñaderos, que desviándonos del camino real, van á concluir en el fondo obscuro del abismo.

«Cuál es el alcance verdadero de esa acción de las ideas democráticas europeas en el continente sud-americano, preguntaba Mazâde en el artículo *El Socialismo en la América del Sud*. ¿Cuál es su relación con el estado actual de esos países nuevos? ¿Cuál es la parte legítima de la influencia europea en el problema de los destinos morales y materiales de ese inmenso y

maravilloso territorio? Todas estas cuestiones emanan necesariamente de este episodio notable, de los libros que lo refieren, del torbellino de publicaciones fugaces que contienen su perpetuo comentario, y más aún de la observación exacta de los elementos íntimos que se agitan en el seno de esa parte del nuevo mundo, como la fermentación de su turbulenta historia. Colocadas esas cuestiones más arriba de los intereses vulgares y artificiales de los partidos, el autor del fragmento que citamos, don Félix Frías, las pone de relieve, en una serie de escritos». Agrega el escritor francés: «Las cartas del señor Frías encierran el resumen y la condenación de las tentativas socialistas en la América del Sud. Uno de los méritos de esas páginas, á menudo elocuentes, escritas entre nosotros, á veces severas, y á veces justas en lo que concierne á Francia, es que se inspiran en la solidaridad que liga las repúblicas sud-americanas en la laboriosa experiencia de todos los medios de civilización».

No es fácil llamar la atención en un centro político y social tan grandioso como el de París, ni preocupar á los escritores de mérito sobre las cuestiones lejanas, sin que el que lo consigue no descuelle bastante sobre la masa cosmopolita que puebla esa capital. Puede calcularse por este efecto, inesperado de todos, la influencia que

tendrían las publicaciones de don Félix Frías en el teatro reducido á que estaban destinadas. De pocos escritores americanos se podrá decir que escribieron para ambos mundos y atrayeron las miradas de Europa sobre América.

VIII

CUESTIÓN CHILENO-ARGENTINA

En el mes de Febrero del año 1869, don Félix Frías tomó en Montevideo el vapor *Magallanes* de la vía del Estrecho. Una cuarentena inesperada, impuesta á las procedencias de Buenos Aires, me impidió acompañarlo. El oficial de la Legación, don Alejo de Nevares, y el que escribe, tuvimos que tomar la vía de tierra, porque en esa época la comunicación marítima no era frecuente. Cuando llegamos á Chile por el camino del Portillo, pasando por Maipo, el Ministro ya había presentado sus credenciales. Corrieron los primeros tiempos combatiendo las preocupaciones reinantes en Chile sobre la guerra del interior argentino y la exterior del Paraguay, sin que ocurriera otra cosa digna de notarse en el curso del año que la fiesta del 25 de Mayo, que celebró en Quillota don Mariano E. de Sarratea, muchas veces recordada,

porque en la noche de ese día se hizo público el pensamiento de extender en los Andes el hilo eléctrico. El entusiasta dueño de casa reunió en la «Gruta» los restos de la emigración argentina, entre la cual se contaron Villanueva, Ocampo, Beeche, Sarratea, Viera y Ortiz Vélez, allí presentes.

En aquella oportunidad, de los discursos, de las atenciones personales que todos tributaron á don Félix Frías, deduje el alto grado á que había alcanzado la estima que le profesaban. Cuando mediada la comida penetró en el jardín la banda militar de Quillota, enviada por el Gobernador, ejecutando la canción de Lavalle, instintivamente nos pusimos de pie para saludar la gloriosa memoria de la cruzada libertadora. No recuerdo lo que dijo Sarratea con los ojos llenos de lágrimas, ni lo que contestó el antiguo desterrado, que había vuelto á Chile por caminos opuestos, honrado, no perseguido, por el Gobierno de su patria. Abierto el palenque á la palabra, los presentes, sin excepción de uno solo, enumeraron sus pasadas tribulaciones, como refieren los náufragos, salvados de la muerte, las peripecias de la tormenta que destrozó su nave. Frías fué el centro de un círculo trazado por la palabra, que comprendía el campo ensangrentado de la tiranía y la esfera de acción de los proscritos.

Recién en 1870 se empezó á estudiar la cues-

ción de límites, que principalmente debía ocupar á la Legación Argentina. Algunas semanas todos los días, y otras dos ó tres, según respondiera inmediatamente ó demorara la contestación por dificultades imprevistas ó extravío de papeles, al entrar á la Legación yo encontraba formuladas una serie de preguntas relativas al ya célebre litigio. Esta era la forma empleada: «¿En qué año fundó Chile la Colonia del Estrecho? ¿Qué razón alegó para ello? ¿Qué dijo la prensa? ¿Cuándo fué trasladada la Colonia á Punta Arenas? ¿Cuáles fueron los términos de la protesta argentina? ¿Qué dijeron sobre el caso los Mensajes chilenos? ¿Qué dijeron los argentinos?»

El punto de partida para comenzar á explorar archivos y registrar libros antiguos era muy sencillo. En 1843, una pequeña expedición chilena encabezada por el capitán Williams, desembarcó en las costas del Estrecho de Magallanes y fundó la Colonia «Puerto Bulnes», que trasladada más tarde á la Península de Brunswick, se llama hoy día «Colonia Punta Arenas». «Puerto de Bulnes» fué fundado en un territorio que tenía un nombre español: mejor dicho, tenía dos: se llamaba «San Felipe ó Puerto del Hambre». Dióle el primero el almirante Sarmiento, el segundo Sir Thomas Caudish. Como esta población quedaba del lado de la República Argentina, el Gobierno de Buc-

nos Aires dirigió una reclamación al de Chile, mencionada en los Mensajes de 1847 y 1848 á la Sala de Representantes.

Posteriormente, el doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield y don Pedro de Angelis, publicaron dos folletos concluyentes en pro de la integridad de nuestro territorio. El Gobierno de Chile encomendó un trabajo favorable á su ambición al señor don Miguel L. Amunátegui, quien por primera vez dió á conocer que las pretensiones de su país podían extenderse hasta más allá del Estrecho. Don Manuel R. Trelles desbarató el artificio de Amunátegui, publicando los títulos indiscutibles de Comisarios de la «Bahía San Julián», en la costa del Virreinato de Buenos Aires, concedidos por el Rey de España, en favor de don Francisco y don Andrés de Viedma, sucesor el último de don Juan de la Piedra.

El artículo 39 del tratado de 1856 entre Chile y la República Argentina, dejó establecido que ambas partes contratantes reconocían como límites de sus respectivos territorios, los que poseían como tales al separarse de España en 1810, conviniendo, además, en aplazar las cuestiones que hubieren podido suscitarse y las que se suscitaren en adelante, para discutir las después pacífica y amigablemente, sin recurrir jamás á medidas violentas, y en caso de no arribar á un completo arreglo, someter la decisión al arbitraje de una nación amiga.

Todas las constituciones chilenas promulgadas y caducas hasta la de 1833, que subsiste, han declarado que el territorio de Chile se extiende desde Atacama hasta el Cabo de Hornos. Aceptado también que los Andes lo dividen de la República Argentina, y que la línea que lo establece corre sobre las cumbres más elevadas de la Cordillera, por el punto en que las aguas caen á uno y otro lado (*divortia aquarum*), el caso no contenía, aparentemente al menos, ninguna dificultad grave.

El hecho de haber declarado el Gobierno posteriormente ante el Senado chileno que no dispondría de los productos de los islotes «Magdalena» y «Quarter-Master», en el Estrecho de Magallanes, terminó por aquietar nuestros temores, si es que alguno existía, de que el *uti possidetis* de 1810, que es el establecido en las leyes citadas y el *modus vivendi* de 1856, no serian controvertidos ni alterados. Como puede comprenderse, había quedado casi acordado que la discusión futura versaría sobre el mejor título á la posesión tranquila y definitiva del territorio comprendido entre el Cabo Pilar y la boca oriental del Estrecho de Magallanes.

La importancia de la Patagonia está demostrada por cuantos la han visitado en los últimos tiempos, desde Piedra Buena y Moyano hasta Onetto y Bossi, que la conceptúan poblada de lobos en la costa, de huanacos en el interior, y

abundante en productos naturales de primera importancia, como el yeso y la caulina. Moreno, en su *Viaje á la Patagonia*, ha dicho: «He apreciado la importancia que tienen para nosotros las feraces tierras inmediatas á los lagos y las que se encuentran cerca del «Gallegos» y «Punta Arenas», futuros asientos de ricas colonias nacionales; y me he convencido de que la región vecina al Estrecho, en vez de ser árida, como se creía, es quizá la tierra más fértil de la parte austral de la República».

Parece que el Ministro de Chile don Adolfo Ibáñez, antes de lanzarse á las aventuras en que fué actor principal, conocía las ventajas de que habla Moreno, y dudaba del éxito de su litigio, pues propuso al Presidente Sarmiento, como un medio de arreglar pronto todas las dificultades, la compra del Estrecho. Con fecha 19 de Junio de 1872, el primer magistrado argentino contestó negándose á aceptar la solicitud de Ibáñez. En 1876, el sucesor de éste en la Cancillería Chilena, escribió á la Legación de su Gobierno en Buenos Aires, después de manifestar que *siempre le habia parecido de poca codicia la Patagonia*, lo que prueba que Alfonso no la conocía, que «era necesario sostener que le pertenecía á su país, sólo *para asegurar la posesión completa del Estrecho*». Un año más tarde agregaba en otra comunicación: «Es indispensable que quedemos con todo el Estre-

cho, como jurisdicción efectiva, no siendo aceptable que no podamos ejecutar acto nuevo más allá de «Punta Arenas». El doctor don Manuel Bilbao dió á conocer en un folleto sobre la materia, los documentos que he citado, anticipándome tal vez, para dejar establecido que antes y después de nuestro arribo á Chile, no se soñaba en disputar la soberanía argentina ejercida hasta el Cabo de las Vírgenes.

En el mismo año de 1872, tres meses después de la proposición del Ministro Ibáñez, rechazada por el Presidente Sarmiento, don Félix Frías presentó al Gobierno de Chile un proyecto de arreglo, que consistía en la partición del Estrecho de Magallanes entre los dos contendores, tomando por punto de partida de la línea divisoria la Bahía Peckett, desde la cual correría, en dirección al Oeste, hasta tocar la Cordillera de los Andes. El Gobierno de Chile rechazó la propuesta. Entonces se rompieron las hostilidades y empezó la discusión de los títulos de ambos países, para la cual don Félix Frías disponía de un verdadero arsenal de documentos.

En ese momento yo no pertenecía á la Legación de Chile, pero, bajo la dirección de mi Jefe, le había allegado muchos materiales de guerra ó de paz, porque las buenas razones convencen ó irritan. Don Félix Frías me había enseñado que el pleito de la patria era necesario

ganarlo ó perderlo, en definitiva, pero no transarlo con mengua del honor. Los pueblos, como los individuos, pueden ceder parte de sus derechos, pero les está vedado por la moral ceder un ápice de su honor. El honor es indivisible.

Abrigando estos sentimientos, en 1870 y 1871 me puse á la obra de examinar todas las bibliotecas y archivos, públicos y particulares, desde la Biblioteca Americana de don Gregorio Bécche hasta la del Convento de San Francisco, desde el Archivo del Congreso hasta el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, contribuyendo en mi esfera secundaria á preparar la brillante defensa del derecho argentino confiada á don Félix Frías. Recuerdo siempre con placer y melancolía aquellos días de patrióticas esperanzas, pasados sobre los mamotretos y los libros apolillados, anhelante por llevarle á mi superior, al fin de la tarea, algo que satisficiera sus aspiraciones de polemista.

Los oficios de los Virreyes del Perú sobre la extensión del Virreinato de Buenos Aires, copiados en Lima, que forman una de las mejores pruebas legales de nuestra parte, las palabras de Amat y Junient sobre Tucumán, los apuntes del tomo cuarto del *Celulario Chileno*, los documentos peruanos sobre las plazas y presidios de Buenos Aires, Valdivia y Chiloé, las actas del Parlamento de Negrete de 1793, las comunicaciones dirigidas por los gobernadores de Chile

á la Corte de España, las actas de los congresos constituyentes de 1823, 1828 y 1831, el título de Benavidez, la real orden sobre el nombramiento del Virrey Ceballos y la que se refiere á sus facultades, las reales órdenes sobre el descubrimiento de los Césares, y algunas otras piezas más que figuran en los cinco tomos in folio formados por don Félix Frías, y depositados por él mismo en la Biblioteca de Buenos Aires, fueron encontrados ó copiados por mí, como consta de la declaración del Ministro argentino, consignada en las carpetas respectivas.

Existen en los mismos libros los estudios siguientes: A—Estrecho de Magallanes, límite austral de Chile. B—Los Andes, límite austral de Chile. C—Chiloé, límite austral de Chile. Encontré en favor de lo primero las opiniones de Carvallo y Goyeneche, de un viajero francés, del Diccionario de Alcedo, del P. Agüeros, del Abate Molina, del P. Ovalle, de Jorge Juan, del P. Lozano, de las *Décadas* de Herrera, de *Il Gazzettino Americano*, y de Sánchez Bustamante; en pro de lo segundo la autoridad de Carvallo y Goyeneche, Ovalle, Molina, Agüeros, Herrera, Lozano, Alcedo, Pérez García, Jorge Juan, Huidobro, Las Casas, Famine, Malte Brun, Letronne, Lastarria, Torrente, Ramírez, Menéndez, y del *Arte de verificar citas*, de los Almanagues y Repertorios antiguos y moder-

nos; en prueba de lo tercero, lo que aseveran el P. Morillo, Martínez, Barrenechea y Albis, Quiroga, Malte-Brun, Torrente y la *Guía de Forasteros* de Chile. Agrupé también todo lo que encontré en los escritos de Pérez Rosales, Pérez García, Letronne, Cruz, Ramírez, Courcell, Zapata, Tornero, Asta Buruaga, el Repertorio y los Almanagues chilenos sobre la prolongación de los dominios de Chile hasta el Cabo de Hornos, y varios documentos y apuntes sobre don Pedro de Mendoza y su gobernación, los límites de los obispos de Buenos Aires y Santiago, la ocupación de Punta Arenas, los límites de Buenos Aires y Cuyo, el nombre de la Patagonia, la opinión de don Benjamín Vicuña Makenna respecto al buen derecho argentino al mismo territorio, la ciudad de los Césares, la refutación del *Archivo Americano* á *La Crónica*, que sostuvo la ocupación de «Magallanes», la inversión de fondos de Buenos Aires en la vigilancia del Estrecho, el informe al Rey de España con referencia á los indios del Bío-Bío, la aseveración de Lastarria de que Magallanes es país diverso que la Patagonia, el juicio del Ministro chileno Rengifo, ocasionado por la cuestión de límites con la República Argentina, los patagones por el P. Lozano, la tierra de la Gobernación de Buenos Aires, incluida la Patagonia, la conquista de Cuyo, la Provincia del Estrecho de las *Décadas* de

Herrera, la descripción del Reino de Chile, que asegura que los Andes concluyen al aproximarse al Estrecho, y la afirmación de don Miguel L. Amunátegui de que la Patagonia es tierra adyacente al Estrecho de Magallanes.

El que considere que esta reunión de papeles bastaría para escribir un grueso volumen sobre el Estrecho y la Patagonia no andaría desacertado; pero ello no bastaría á darle idea de los que reunió don Félix Frías, sacados de los Archivos de Buenos Aires, de Indias del Brasil, de Lima, de Chile y del Museo Británico, poniendo á contribución gobiernos, colegas, amigos, compatriotas desconocidos, y hasta al único enemigo que se le ha conocido, don Juan Manuel de Rosas, quien le envió, entre otras cosas, diez Reales Cédulas originales, comprendida la de 29 de Diciembre de 1779, que es el documento de más valor legal en la controversia, dirigida al Gobernador del Río de la Plata Bucarelli, mandándole, en *previsión del establecimiento de ingleses en esos mares y los del Sur, que por lo respectivo á esta costa hasta el Estrecho de Magallanes, inclusive éste, y sucesivamente hasta el Cabo de Hornos*, practicase una exploración prolija para cerciorarse de lo que hubiere de verdad en esa noticia. Parte de estos papeles llegaron á manos de don Félix Frías por conducto del señor don Mariano Balcarce, y el resto por medio de don Máximo

Terrero. Rosas dijo también en qué oficinas se podía encontrar otros papeles importantes.

En la carta con que el célebre Gobernador de Buenos Aires acompaña las Cédulas, se lee este párrafo refutando las ideas emitidas por *La Crónica* de Chile: «Aun cuando por la Ley española que cita *La Crónica*, se adjudicaba por distrito á la Audiencia de Chile lo que redujere, poblare y pacificare dentro y fuera del Estrecho de Magallanes y la tierra adentro hasta la Provincia de Cuyo inclusive», esa disposición fué derogada posteriormente, así por la incorporación al Virreinato de Buenos Aires de la Provincia de Cuyo, como por la jurisdicción, mando y dominio que el Gobierno español dió á los Virreyes de Buenos Aires por Cédulas y Ordenes Reales posteriores sobre la costa patagónica, Estrecho de Magallanes, Tierra del Fuego y de los Estados, en toda la extensión del Estrecho, entre los dos Océanos, y por las expediciones posteriores, hasta la comandada por el general Rosas, que se hicieron por el Gobierno argentino en aquellas regiones».

Como se ve, los documentos originales fehacientes, la historia, la geografía, los viajeros, los publicistas extranjeros, chilenos y argentinos, las guías de forasteros y los almanaques, declararon contra la pretensión de Chile en el proceso que formó á su ambición don Félix Frías. Olvidaba decir que hasta la poesía acudió

en su auxilio, pues valiéndose de la mano de don Bernardo Vera y Pintado, había trazado torpemente, como ella puede hacerlo, pues no es materia de su incumbencia, los límites verdaderos de Chile en la canción nacional *vieja*, como denominan á la que precedió á la canción *nueva* de don Eusebio Lillo.

Apenas el doctor don Miguel Goyena ocupó el puesto de Secretario en la Legación de Chile, además de otros interesantes estudios que hizo, llevó á cabo el trabajo laboriosísimo de compendiar todas las pruebas acumuladas, para facilitar el manejo de los papeles. Este trabajo ha sido agregado también por don Félix Frías á la colección á que me he referido. Dicha operación facilitó á Goyena la tarea, no por eso blanda, de redactar los apuntes sobre la cuestión chileno-argentina, notables por la exactitud, orden y abundancia de detalles, que acompañan la carta de la Patagonia y del Estrecho, dibujada por don Francisco Moreno y publicada por *La América del Sur* en 1879.

Dije hace poco que don Félix Frías había presentado en 1872 una propuesta de arreglo, y que ella fué rechazada. El Ministro Ibáñez, respondiendo á la comunicación de nuestro Plenipotenciario, manifestó por primera vez oficialmente la pretensión de su Gobierno á disputar al argentino la posesión legal y secular de la Patagonia. Don Félix Frías le replicó exhi-

biendo algunos de los títulos de propiedad que poseía nuestro país. Ibáñez, en vez de tomar en cuenta sus razones, salió para el Estrecho, ordenando desde Punta Arenas una agresión al «Río Gallegos». Á la protesta inmediata que se presentó al Ministerio de Relaciones Exteriores, respondieron los invasores que sólo se trataba de una exploración. En 1873 recién contestó Ibáñez la penúltima de las citadas notas de la Legación Argentina, pretendiendo oponer títulos á títulos. Don Félix Frías replicó entonces con el documento más erudito que haya salido de los bufetes de la diplomacia americana.

Ha dicho un escritor eclesiástico que la calumnia no precisa sino de un vocablo, y que la inocencia, para desvanecerla, necesita de muchas palabras y de muchas razones. El valeroso combatiente, cubierto de antigua cota, cambiando de armas según las situaciones, manejando unas veces la maza del gladiador y otras el acero del jugador de florete, empolvado de pies á cabeza, pero con la frente alta y el ánimo sereno, vivaz en el ataque, prudente en la defensa, ocultando ó descubriendo sus golpes, derribó al fin al audaz provocador, que en aquel combate singular se batía como Laertes, el héroe de Shakespeare, con espada envenenada, mientras que su rival, como el honesto Príncipe de Dinamarca, ni le aventajaba ni le igualaba en medios vedados, consistiendo su superioridad

en que le asistía la razón y le ayudaban el derecho de la causa que defendía, la honradez y la fuerza personales.

Tanto en la nota de 1872 como en la de 1873, don Félix Frías trató de convencer y de evitar conflictos internacionales, aun cuando para lograr ese resultado, ni entonces, ni en el curso de la cuestión, demostrase pusilanimidad. El diseñó después esa honrosa conducta en una interpelación al Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, con motivo de las violaciones de parte de Chile al *statu quo* convenido. «De poco me habrían servido, dijo, las lecciones de la experiencia, si cubierta como está de canas mi cabeza, no hubiera todavía aprendido á ser prudente y quisiera lanzar á mi país en la vía de locas aventuras. Pero un país que se respeta y aspira á ser respetado, no puede decir, cuando está su honra por medio: «¡No hemos de llegar jamás á la »guerra!» Una nación que así obrara, dejaría de ser nación».

Los dos alegatos de don Félix Frías estaban fundados en las Constituciones chilenas, en los Mensajes argentinos de 1847, 1848 y 1849, en las opiniones de Marmolejo, Córdoba, Figueroa, Quiroga, Pérez Rosales, Torres, Oliveros, Tribaldos de Toledo, Carvallo y Goyeneche, Pérez García, Rosales, Ovalle, Guzmán, Martínez, Ballestero, Mascardi, Guevara, Lozano, Olava-

rria, Jaraquemada, Soto Mayor, Villarreal y Baleato; en los estudios de Gay, Pissis, Philippi y Domeyko; en los juicios de Bello y Mora; en las apreciaciones de los hombres públicos de Chile, O'Higgins, Bulnes, Aldunate, Tocornal, Lastarria, Vicuña Mackenna, Lyndsay, Concha y Martínez; en las Memorias de los Virreyes del Perú; en las comunicaciones de Audiencia á Audiencia; en las Bulas creando los Obispados; en las Reales Cédulas de Carlos III; en los informes de Azara y Alvear; y, por último, en los Almanagues de Cosme Bueno, citando estas autoridades en el orden, poco más ó menos, en que acabo de enumerarlas, según lo requería la argumentación, ora filosa como el sable damasquino, ora penetrante como la saeta, ora fustigadora como el látigo, y en todo momento severa, profunda, irónica, contundente á la manera de la catapulta antigua.

Como la más decisiva demostración de la importancia de ese indestructible documento, diré que el Ministro Ibáñez le contestó con otra invasión al «Río Gallegos». Abrumado por la historia y la geografía, el derecho, la razón y las declaraciones adversas de los testigos presentados en el juicio por el Ministro argentino, reyes, virreyes, gobernadores, obispos, militares, exploradores, misioneros, españoles, franceses, americanos y chilenos, Ibáñez ya no tenía cartuchos históricos que quemar, y echaba

mano de los productos del parque de Santiago. Don Félix Frías conocía el olor de la pólvora de las batallas, y no podían intimidarle ni el ruido ni el olor de la que se quemaba en salvas á la bandera chilena, enarbolada en tierra ajena en las costas de la Patagonia.

Una nueva protesta salió de la Legación Argentina dirigida á la Cancillería Chilena, que tornó á dar explicaciones satisfactorias. La discusión continuó en Santiago hasta el 27 de Abril de 1874, fecha en que el Gobierno usurpador declaró, como los porfiados desprovistos de razón y confundidos por el contrario, que la daba por concluida, porque sus convicciones eran inalterables. En el mismo año invitó, por conducto del Enviado que acreditó en Buenos Aires al Gobierno de la República Argentina, á celebrar un convenio de arbitraje, que no se pudo considerar, porque dicho representante, el señor Barros Arana, no recibió los plenos poderes necesarios. Reprochada tan inverosímil conducta por nuestra Legación en 1876, y encausada la necesidad de reabrir las negociaciones, fué acreditado debidamente el señor Barros Arana, que no arribó á resultado definitivo con el doctor don Bernardo de Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores, á causa de haber introducido á última hora pretensiones inaceptables, celebrando más tarde con el doctor don Rufino

Elizalde otro convenio, que no pudo tener efecto, porque el negociador chileno exigió posteriormente aclaraciones de su contenido, sin las cuales, como en realidad sucedió, «no sería aprobado por su Gobierno». En presencia de esta inusitada conducta, fué retirada la Legación Argentina establecida en Santiago.

No dejaré de recordar que desde 1872 hasta 1878, Chile, á pesar de las protestas de parte nuestra y de las cumplidas satisfacciones escritas por la suya, cometió varias violaciones del *statu quo*, ya construyendo habitaciones en la costa patagónica, ya haciendo concesiones particulares en la Tierra del Fuego, ya atribuyendo autoridad á un salvaje, con más lógica de la que en realidad creía emplear el Gobernador de Punta Arenas, al nombrarlo Subdelegado de la Patagonia, ya estableciendo balizas en «Punta Dungeners» y «Cabo Gregorio», ya apresando en «Monte León» á los buques *Juana Amelia* y *Devonshire*, que cargaban huano con el permiso de nuestras autoridades consulares. Todos estos desmanes, mejor dicho, estos atropellos, constan de documentos públicos.

Entre las naves chilenas que venían á mero-dear en las aguas argentinas se contaba la *Chacabuco*, sobre cuyo nombre llamaba don Félix Frías la atención de la Cámara de Diputados en una interpelación al Ministro de Relaciones

Exteriores, para manifestar hasta la ingratitud que traía aparejado ese ultraje al nombre argentino. Mientras tanto, el Gobierno andaba con pies de plomo en el cumplimiento de las leyes especiales dictadas por el Congreso, para hacer efectiva nuestra soberanía en las costas patagónicas.

La guerra del Pacífico y el Pacto Fierro-Sarratea, del cual me ocuparé después, que aceptaba la posibilidad de que la Patagonia pudiese ser territorio chileno, á pesar de millares de títulos escritos y de derechos adquiridos, desde que la incluía en el arbitraje, alejaron de esas aguas las naves chilenas, que fueron, viento en popa, á bombardear las poblaciones indefensas del Perú, situadas á orillas del mar del Norte.

Durante esta larga temporada, don Félix Frías no cesó de tocar la campana de alarma, interrumpiendo con su tañido el reposo de nuestros gobernantes, y convocando con ella al pueblo que le rodeaba, porque era el intérprete de sus sentimientos, nacionales en la Patagonia y americanos en el Pacífico. Sin embargo, bueno es que se recuerde como un correctivo á la suplantación oficial ó de los bandos á la voluntad popular, que habiendo terminado el mandato de don Félix Frías como Diputado, antes de que ninguna de las cuestiones simples ó com-

plicadas que sosteníamos con Chile estuviese terminada, no fué reelecto en la ciudad y provincia de Buenos Aires, la primera en las empresas patrióticas de la independencia, y la primera en el corazón de ese hijo ilustre y abnegado. No tratábamos de premiarlo, porque entiendo que no se recompensa á un soldado valeroso pero valetudinario enviándole á la vanguardia; se trataba de un acto de egoísmo nacional y patriótico, porque necesitábamos de él en la avanzada que peleaba día á día en defensa de la integridad territorial argentina. A pesar de la obscuridad que tal olvido proyectó momentáneamente, si no sobre su nombre, sobre sus acciones, condenándole á la inacción, don Félix Frías disfruta de esa luz inmortal encendida por la historia para perpetuar la notoriedad de los hombres beneméritos, á despecho del tiempo y del sepulcro; pues morir como el anciano, objeto de estas reflexiones, no importa, propiamente dicho, dejar de existir en el mundo. Morir es penetrar con el alma manchada en la región de los espíritus y caer en la densa sombra del olvido en la tierra. La partida de los que entran de lleno en el reino glorioso de la memoria, equivale á la separación de los viajeros que se dividen en un punto del camino. Avanzando aquéllos y quedando detenidos nosotros, estamos al mismo tiempo lejanos y

próximos, porque la Fe, más eficaz y activa que la electricidad que comunica instantáneamente entre sí las gentes distantes, nos mantiene en continuo y espiritual comercio con los que antes fueron héroes y ahora son bienaventurados.

IX

EL CLUB PATRIÓTICO Y «LA ANÉRICA»

El codificador argentino doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield, los presidentes don Domingo F. Sarmiento y don Nicolás Avellaneda, y el Ministro de Relaciones Exteriores doctor don Carlos Tejedor, felicitaron á don Félix Frías, antes de la aprobación oficial de su conducta, por las magníficas notas con que había pulverizado los argumentos especiosos de la Cancillería chilena. Él, delicado en sumo grado, no quiso que sus colaboradores quedaran olvidados. Por eso en la colección de documentos que depositó en la Biblioteca de Buenos Aires, ha dejado consignados sus nombres en las carpetas de los trabajos que, bajo su consejo y vigilancia, llevaron á cabo los Secretarios de la Legación. Otro tanto ha hecho en las carátulas de los papeles donados ó copiados de archivos extranjeros y nacionales por don Manuel R. Trelles,

don Luis L. Domínguez, don Mariano Balcarce, don Rufino de Elizalde, don Juan Mannel de Rosas, y los señores Terrero, Somellera y Rodríguez Larreta. Con fecha 16 de Octubre de 1876, dirigió una nota al Poder Ejecutivo en que le participaba que la inspección del Archivo de la provincia de Buenos Aires, en que intervino el doctor don Ildefonso Bermejo, guiado y ayudado por el Jefe de la repartición don Carlos Guido y Spano, había producido los más satisfactorios resultados, agregando que este señor se había conducido «con el celo más patriótico y recomendable». En 1870 fuí portador desde Chile, de una nota sumamente expresiva, recomendando al Ministro de Relaciones Exteriores la conducta de sus empleados, y adjudicándoles, casi por entero, el cambio operado en las ideas predominantes en Chile, con motivo de la guerra del Paraguay. Circulaban á la sazón opiniones absurdas sobre la actitud argentina en aquella República, que suponían en el estado actual del Perú. Cuando llegó á Chile, después de la modificación á que me he referido, la noticia de la muerte del Mariscal López en Aquidaban, irritóse de nuevo aquel extraño americanismo. Los diarios anunciaron solemnes funerales por el descanso del héroe en la Metropolitana de Santiago, é invitaron á los que desearan suscribirse para costearle un monumento á inscribir sus nombres en la

Intendencia. Apenas aparecieron los avisos y llamamientos, me leyó el señor Frías un artículo en que enumeraba las atrocidades del déspota, las ofensas inferidas á la religión, el asesinato de varios ministros del Altar y el sacrificio del Obispo de la Asunción. El escrito terminaba con estas ó muy parecidas palabras: «Creemos que después de conocidos estos crímenes, como no existe en el Misal Romano ninguna oración *pro tirano*, no habrá tampoco en Chile un sacerdote que se atreva á honrar la memoria de López; y que, si contra nuestra razonable previsión, alguno lo pretendiera, sentiria caer sobre su frente, al pie del Altar profanado, la sangre de sus compañeros y hermanos bárbaramente inmolados en el Paraguay!» Pocos días después de publicadas estas líneas, la Intendencia, pretextando no recuerdo qué causa, llamaba á los contribuyentes para la creación del monumento proyectado, con el objeto de devolverles el dinero oblado. La autoridad eclesiástica suspendió también los funerales. Á campañas semejantes se refería en 1870 nuestro generoso Jefe, al recomendar la conducta de sus empleados al Gobierno argentino.

Por actos parecidos de cortesía y benevolencia fué que al iniciarse las hostilidades contra el pacto Fierro-Sarratea, tuvo á su lado muchas personas que, sólo por complacerle, empezaron á sacudir la indiferencia que las dominaba, y

las cuales, más tarde, convencidas por el estudio del caso, acabaron de comprender toda la justicia de esa patriótica empresa. «El Comité Patriótico», eficazmente coadyuvado por el «Club de la Juventud», comenzó de esa manera. Algunos meses después de fundado se le incorporaron muchas personas distinguidas en las letras, el foro, la medicina y las armas. Formaron parte de él los doctores Irigoyen, Sáenz Peña, López, Bermejo, Goyena (M.), Alem, Wilde, Solveira, Muñiz, Aguirre (C.), Villafañe, y los señores Trelles, Videla, Leguizamón (M.) y Estrada (S.).

Este importante centro no contaba en la prensa sino con un órgano. *La América del Sur* publicó más de cuatrocientos artículos, desde Diciembre de 1878 hasta Junio de 1879, hojas sueltas y planos destinados á ilustrar la opinión pública y refutar los escritos de los diez y nueve diarios que sostenían el convenio, como consta de la reproducción oficial de todas esas publicaciones, hecha por orden del Ministerio de Relaciones Exteriores. En tan ímproba tarea cupo buena parte al doctor don Miguel Goyena y al distinguido escritor don Enrique García Mérou.

«Las manifestaciones de opinión en favor del tratado Fierro-Sarratea, pueden valorizarse por los diarios que las han hecho. *La Nación, La Prensa, La Pampa, La República, El Pueblo*

Argentino, La Patria Argentina, La Tribuna, El Nacional, El Porteño, El Siglo, La Libertad, Le Courrier de la Plata, El Standard, El Herald, El Correo Español, La Patria y L'Operaio Italiano, y dos diarios alemanes más están por el tratado. En contra: *La América del Sur*». Así se expresaba *La Libertad* del 17 de Enero de 1879. *El Pueblo Argentino* del 20 del mismo mes, formándole eco, dijo: «Dejen, pues, de estar embromando la paciencia, y asóciense á todo el país que está muy contento con la paz». *L'Operaio Italiano* agregó en 26 de Enero: «*La América del Sur* no se da todavía por vencida, y con una obstinación digna de mejor causa, al convenir que está sola contra todos, vuelve á asegurar que tremola orgullosamente, sola también, el pabellón argentino». «La prensa argentina, afirmó *La Tribuna* correspondiente al 30 de Enero, ha recibido con satisfacción la noticia. Se exceptúa *La América del Sur*».

Los Tiempos de Santiago de Chile dijeron: «El diario de don Félix Frías, ha sido el único que en la vecina República se ha mostrado hostil al pacto Fierro-Sarratea, como don Félix Frías, ha sido el único que ha juzgado dicho pacto desfavorable á los intereses de la República Argentina». Era cierto lo primero, menos en lo que se refiere á la propiedad del diario, y era falso lo segundo, porque en todo el país no hubo cien argentinos que se mostraran contentos

de tal convenio, á todas luces pernicioso. Acusaban á *La América* algunos de sus colegas, de proceder á obscuras. Sin embargo, cuando ninguno de estos fiscales conocía el pacto de 6 de Diciembre, ella lo publicó, (con pasmo del mismo don Félix Frías, que lo había leído de carrera en el Ministerio) el lunes 4 de Febrero de 1879. También la tacharon de exagerada: cuando se hablaba tan bajo de la honra nacional, no era extraño que todo acento viril pareciera grito destemplado.

La prensa de Chile calificó de ingratos á los colaboradores de *La América*. Ni don Félix Frías, ni ninguno de los que recibimos hospitalidad en ese país de algunos buenos chilenos, lo olvidarán jamás. Pero si nos reputamos obligados á guardar consecuencia á esos amigos generosos, como hombres independientes no debemos consideración á los errores del Gobierno, cuya moralidad administrativa aplaudimos, ni al pueblo, cuya laboriosidad admiramos, ni á los militares en campaña, cuyos excesos han arrancado tantas protestas al mundo civilizado. Amamos á nuestros vecinos, pero amamos más la verdad, y tanto como á ésta al país en que hemos nacido. Entre los chilenos y nosotros no se interpuso, como barrera insalvable, la opinión errónea de los primeros sobre la conducta del Gobierno argentino en el Paraguay. Me parece poco sensato, después de haber experimentado

esta liberalidad de parientes despreocupados, negar á los huéspedes el derecho de criticar con altura la política exterior.

El doctor don Miguel Goyena redactó el Manifiesto del Comité Patriótico, encomiado por cuantos lo leyeron en Buenos Aires, por el doctor don Joaquín Requena desde Montevideo, y don Nicolás A. Calvo desde Inglaterra. Esa pieza, notable por la argumentación, de una lógica implacable, y por la frialdad del estilo, de una serenidad que alejaba la menor sospecha de que pudiera dictarla la pasión ofendida, produjo, sea dicho como el más cumplido de los elogios, el efecto que se buscaba. La redacción de tan alto documento forma para su autor un título de honor, discernido por el pueblo primero, y refrendado después por la victoria alcanzada en el Senado Nacional.

La prensa, el Parlamento, los teatros, las plazas y las calles presenciaron los trabajos del Club Patriótico, que llegó hasta reunirse el 25 de Mayo de 1879, presidido por los guerreros de la Independencia, arrancados de la Casa Municipal por el entusiasmo que les producían sus manifestaciones, antes de que hubiese terminado el desfile de las tropas que formaron en la plaza de la Victoria. En esa reunión, disuelta frente al Cuartel de los «Granaderos á Caballo», al pie del monumento del general San Martín, el doctor don Bernardo de Irigoyen, condenó con

brío y elocuencia «las ambiciones insensatas que, violando los principios de la revolución americana, querían sobreponerse á las prescripciones del derecho, suprimiendo las líneas acentuadas de la geografía colonial y sublevarse contra el verídico testimonio de la historia».

El 28 de Junio de 1879, el Senado Nacional dió la razón al Club Patriótico por diez y ocho votos contra siete.

Don Félix Frías esperó que el primer cohete, lanzado á las siete de la noche, revelase que alguno había divulgado imprudentemente la noticia. Corrió á la imprenta de *La América* y se arrojó en mis brazos. Yo, conmovido como él, guardé silencio: don Félix lo interrumpió así al fin: «los boletines que se anuncian le darán los detalles», dijo y partió.—Aquella noche los que habíamos sido maltratados durante siete meses, porque al júbilo con que acogimos el tratado desconocido, que se decía consultaba las exigencias del honor argentino, opusimos, al conocer el punto que juzgamos contrario á nuestros intereses, la reflexión emanada del estudio y la indignación emanada del patriotismo; los que, en una palabra, habíamos perseverado en el propósito de no sacrificar á ninguna consideración la integridad territorial, nos reunimos en la casa de don Félix Frías, quien con la modestia que le era peculiar apartó de su persona los

plácemes, para hacer refluir la gloria de la jornada sobre sus compañeros de fatigas, de la misma manera que anteriormente repartiera, dándoles la mejor parte, los laureles ganados en Chile con los secretarios de la Legación.

Como los adversarios de la política chilena en la Patagonia tenemos la buena costumbre de defender los principios siempre que los vemos vulnerados, y como, por otra parte, la actitud de los conquistadores de Bolivia y el Perú justificaba nuestra resistencia á sus amañios, trabajamos á la vez que contra el pacto Fierro-Sarratea, contra las usurpaciones y atrocidades perpetradas al Norte de Cobija. Nuestra actitud americana infundía algún aliento á los pueblos que se batían sin esperar los favores de la victoria, porque carecían de los elementos bélicos modernos que deciden el éxito de las batallas. Fundado en estos antecedentes, el Consistorio Carolino de Lima, reunido el 24 de Junio de 1879, acordó, después de declarar á don Félix Frías defensor de la independencia americana, confiarle el encargo de expresar á la juventud de Buenos Aires la eterna gratitud del Perú por el fervoroso entusiasmo con que ella supo demostrarle su simpatía en la guerra injusta y devastadora provocada por Chile. El director de *La América* recibió un encargo semejante cerca de la prensa de la capital, porque es de advertir que los diarios que se mostra-

ron indiferentes en presencia de las violaciones de nuestra soberanía y del arbitraje de la Patagonia, protestaron como don Félix Frías contra la conquista del territorio boliviano.

Algunos meses más tarde la ciudad de Lima acordó costear por suscripción popular una riquísima medalla de oro destinada á don Félix Frías, para acreditarle la gratitud de los peruanos por su valerosa y noble conducta en el Congreso, al recibirse la noticia del bombardeo de los pueblos inermes de la costa del Pacífico.

Renuncio á demostrar detenidamente que el tratado de límites con Chile firmado el 24 de Julio de 1881, no es el resultado que debía esperar el país de la victoria contra el pacto Fierro-Sarratea, que nos privó del sueño tantas noches antes de obtenerla, y que nos dejó dormir confiadamente después de conseguida. La República ha cedido á Chile todos los territorios que fueron materia seria y cierta de sus pretensiones, los mismos que propuso comprarle el Ministro Ibáñez, sin reconocer el favorecido el derecho renunciado en su favor...

Don Félix Frías no conocía al morir el nuevo pacto, que á mi juicio altera la demarcación natural de la línea divisoria de los países que lo han celebrado, y sólo supo por un telegrama, publicado en París, que las Cámaras chilenas lo habían aprobado. Al leerlo exclamó: «¡Buen bocado habrán sacado!» Éste, como la mayor

parte de sus tristes vaticinios, emanados del conocimiento de los hombres y de las cosas, era una verdad amarga cual el último dolor de la vida que en tal instante experimentaba. Pero él puede descansar tranquilo y esperar la revisión de ese acto diplomático. Si se modifica la obra de la naturaleza sobre el papel, ¿por qué desesperar que la naturaleza misma, hablando á la razón desprevenida, con el lenguaje persuasivo de sus líneas inmutables, no modifique el papel? El tiempo es el mejor auxiliar de la justicia humana.

X

SEGUNDO VIAJE A EUROPA (1881)

El 24 de Mayo de 1881 se embarcó don Félix Frías en el paquete francés *Gironde*, acompañado del P. Magendie, su íntimo amigo y digno Superior del «Colegio San José», de la Congregación del Sagrado Corazón en esta ciudad. El viaje fué penoso hasta el Janeiro. El enfermo, que iba á pasar algunos días en el seno de una parte de su familia establecida en la capital del Brasil, abrigaba la esperanza de encontrar alivio respirando las auras templadas de esa región que se adelantan, algunas veces tres y más leguas, á anunciar al viajero los escondidos tesoros de las selvas vírgenes en que se ven reproducidas la riqueza y variedad de productos de la flora de la India. Las mimosas, las bignonias, las palmeras, los cocoteros y los naranjos, asociados á la vainilla, las madre selvas y los líquenes, forman una masa compacta de

follaje en perpetua y perfumada evaporación. Con ánimo alegre contempló el señor Frías la entrada del golfo del Janeiro, trazada por la naturaleza entre rocas graníticas é islas pintorescas. Todas las colinas que la vista abarca ostentan como á porfía blancas casas, severos conventos, elevadas iglesias, elegantes torres, frondosos arbustos y esbeltas palmeras, que las tranquilas aguas reproducen, cual bruñido é inmenso espejo. Después de las primeras expansiones con sus parientes, el viajero visitó la «Santa Casa», llevado del instinto de caridad, el Jardín Botánico, buscando aire puro para sus pulmones, «Petrópolis», construída en medio de una selva virgen, con sus anchas calles regadas por muchos arroyos, y sus bellísimos jardines, emporio de los caprichos ó de los sueños de la naturaleza tropical.

Reembarcados los pasajeros del *Gironde*, emplearon veinte días hasta Burdeos, donde Frías, apenas llegó, consultó dos médicos. Durante esta permanencia, y de regreso de los baños, consagróse á conocer los más importantes establecimientos públicos y á frecuentar algunas de las casas consagradas á la oración, como la Catedral, San Miguel, Santa Cruz y Nuestra Señora. La enumeración de los establecimientos á que nos hemos referido, bastaría para revelar la índole de su carácter benéfico y de su inteligencia ávida de informaciones sobre las cosas

útiles. Los Seminarios, la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Artes, las Bibliotecas, la Facultad de Derecho, los Archivos, el Palacio de Justicia, la Gendarmería, la Bolsa, las Cárceles, el Instituto de Sordo-mudos, el Hospicio de Expósitos, el de Incurables y de la Maternidad, el Hospital de San Andrés, el Asilo de mujeres dementes, la Escuela Preparatoria de Medicina y Farmacia, la Escuela Industrial y Comercial, la Comisaría General, el Observatorio y el Palacio Arzobispal distrajeran su atención sucesivamente, interesando, como es natural, al creyente, al literato y al miembro de las Conferencias de San Vicente de Paul, porque en cada uno de ellos encontró algo que estuviera en consonancia con las inclinaciones de su espíritu y de su corazón.

La mirada y el interés de don Félix Frías estaban fijos en esa cadena de montañas que se extiende desde el Cabo de Finisterre en el Atlántico, hasta el Cabo de Creus en el Mediterráneo. Los Pirineos, que al Sur de Francia son *altos* y al Suroeste *bajos*, contienen muchos ganados, abundantes viñedos, excelentes aguas termales y grandes corazones. Así como lo más fuerte en apariencia, la piedra, contiene lo más blando en realidad, el agua, el hombre de los Pirineos, bajo un aspecto áspero, oculta un alma delicada y piadosa. En esas montañas agrestes todavía, á pesar del cultivo, y entre esos pobladores sen-

cillos y honrados, nuestro amigo creía hallar la salud perdida. Por el camino de hierro de Burdeos y Tarbes, recorrió ochocientos cincuenta kilómetros que separan aquel puerto de la ciudad de Lourdes, empleando apenas veintiún horas el tren expreso. Situado este célebre lugar de los Pirineos á una elevación moderada, la temperatura es tan agradable como benéfica. Su fundación corresponde á la época de los romanos. Víctima de los furores de la guerra, ha sido destruída y quemada muchas veces. Seis torres constituían antes su defensa. Hoy todavía se encuentran restos de ellas en el pacífico y piadoso teatro de los prodigios referidos por Lasserre, en el libro contemporáneo que cuenta más ediciones tipográficas. La población actual alcanza apenas á la cifra de cuatro mil setecientas personas. Las orillas del Gave son hermosísimas en este lugar. El más célebre de sus sitios es la antigua gruta Massabiele, á diez minutos de la población, conocida hoy por los milagros que ha presenciado, con el nombre de «Gruta de la Virgen». Refiriéndose al suceso que allí tuvo lugar el 11 de Febrero de 1858, ante los ojos asombrados de Bernardita, dice el Obispo de Tarbes en una de sus pastorales: «Esta aparición reviste todos los caracteres de la verdad, y los fieles tienen fundamento para creerla cierta». «La gruta, y el camino de hierro, que conduce á ella á los peregrinos, ase-

gura la *Guía de Forasteros*, transforman por momentos aquella ciudad», que es hoy, puede decirse, la Capital de la Fe en la tierra. Sobre la masa rocallosa que cubre á Massabiele, se eleva un magnífico templo gótico, desde cuyo pretil se domina un paisaje encantador. Visitando aquellos sitios llenos de celestes misterios y orando en aquella iglesia, llena de piadosas ofrendas, corrieron para don Félix Frías los mejores días del último período de su existencia mortal.

«Me siento incapaz, decía en carta al doctor » don Eduardo Carranza, escrita en su segundo » viaje á Lourdes, de describirle las emociones » que aquí se experimentan en presencia de esta » magnífica basílica, tan digna de la piedad de » los fieles, que de todas partes de Francia y » Europa vienen frecuentemente á visitarla. La » misericordia de la Virgen inmaculada, no se » cansa de dispensar sus favores milagrosos á » los que llegan afligidos por graves dolencias, » pero animados al mismo tiempo de la fe que » transporta las montañas. El impreso adjunto » le dará idea de las últimas peregrinaciones. » Yo me encuentro bastante bien de salud, y » con la esperanza de gozarla cada día más completa. El señor Espinosa me ha anunciado su » venida, pidiéndome me asocie á los que deben » presentar en este Santuario la bandera de » Buenos Aires. Siento no poder acceder á sus

» deseos, pues á fines de este mes, ó principios
» del entrante, debe sentirse mucho frío en estas
» montañas. Yo estaré entonces en París, donde
» me quedaré, á lo más, hasta fines de Octubre,
» para buscar un clima más templado en Pau,
» Niza, ó alguna ciudad de Italia. Pasado ma-
» ñana debemos juntarnos en Pau con el Padre
» Magendie. Deseo visitar esa ciudad. De allí
» me pondré en camino para Burdeos, detenién-
» dome en Dax, donde iré á oír una Misa en la
» capilla construída en la casa en que nació San
» Vicente de Paul. No olvidaré en ese lugar al
» Presidente de las Conferencias de la República
» Argentina».

El señor Frías pasó de Lourdes á Bagnères, cabeza de distrito, sobre el Adour al Sudeste de Tarbes. Bagnères de Bigorre, es una villa famosa por sus aguas, frecuentadas de los romanos. Al estrépito del siglo xvii ha sucedido en ella la calma y el silencio. Es conocida esta población con el nombre de reina de las aguas. Nuestro compatriota se alojó en el establecimiento termal de la «Salud», reponiéndose en breve tiempo. Mientras estuvo en Bagnères visitó diariamente la iglesia de San Vicente, que es una verdadera miscelánea arquitectónica de los siglos xiv, xv y xvi.

Después de un mes de residencia regresó á Lourdes, para dirigirse en seguida á Cauterets, aldea de los Altos Pirineos también, situada á

novecientos treinta y dos metros de elevación, enclavada entre las montañas de Péguère, Peyrants y Pyrenère, al pie del Monné, é inmediata á la confluencia de dos ríos bulliciosos. «Subiendo, escribe Vaysse de Villiers, hacia la cima de los Pirineos, se levanta la bonita villa de Cauterets, en cuyas cercanías hay varias cascadas y fuentes, siendo célebre por haber vivido en ella Margarita de Valois, y por sus aguas minerales. Figuraos el admirable efecto que debe producir el tinte azulado de los techos de pizarra, rivalizando, por así decir, con el color de las transparentes aguas que bañan ese sitio, la resplandeciente blancura de las casas, con la no menos brillante de las cascadas que se precipitan de todos lados, y de las nieves eternas que cubren algunas lejanas cimas, al lado de la verdura de los prados, de los bosquecillos y arboledas que forman el fondo del cuadro».

Hay en Cauterets una fuente llamada de «César», que, sulfurosa como las demás, es considerada eficaz para las enfermedades de las vías respiratorias. Don Félix atravesaba el Gave todos los días, para ir á bañarse en la «Raillère», situada á mil cincuenta y tres metros de elevación. En esta villa lo sorprendió la enfermedad de que hablará en seguida un compatriota que se hallaba en ese momento en Europa. Apenas convaleciente, el P. Magendie volvió á llevarlo

á Lourdes, que era el puerto de refugio y de salud de nuestro amigo. Pocos días estuvo en aquella ciudad, á la cual lo conducía la fe: la caridad lo llamaba á Dax á visitar, antes de morir, la casa de San Vicente de Paul. Se dirigió á las Landas. Subiendo el Adour y arriba de la reunión con el Luy, la primera ciudad importante que se encuentra es Dax. Rodeada de vetustos muros, flanqueados de torres, todas las mañanas la envuelve una especie de velo, formado por el vaho de las aguas. A corta distancia de esta ciudad, celebrada por sus fuentes termales, se halla el pequeño pueblo de Pouy, donde nació en 1576 Vicente de Paul, pastor del pequeño rebaño de su padre, discípulo de las aulas del Convento de San Francisco de Dax, fundador de las más admirables instituciones de caridad, elevado por sus virtudes á la santidad, colocado, en fin, por la Iglesia, en los altares. Todavía se conservan la cabaña paterna y la secular encina á cuya sombra buscaba Vicente reparo contra el sol y la tempestad. En torno de ellas y como el mejor de los monumentos conmemorativos, su familia espiritual ha reunido todas las obras piadosas que tuvieron origen en el corazón del santo, comparable en fecundidad á las vertientes de los ríos que bañan aquella bendita comarca. Retemplado su espíritu al pie del tabernáculo y á la sombra de la encina del pastor de cabras, convertido en

pastor de almas, Frías volvió á Lourdes, desanduvo el camino de Burdeos, y entró en París lleno de recuerdos piadosos y de tristes sentimientos.

XI

ENFERMEDAD Y MUERTE

Cuando don Félix Frías el año de 1850, en esa ciudad de París, que por ser estación central de todos los caminos de la tierra, no deja de serlo también del que, en todas partes, en medio del bullicio fugaz de la vida, conduce al silencio eterno de la muerte, veía desaparecer al general don José de San Martín, que exhalaba el postrer aliento lejos de la patria, pero en el seno de sus hijos; probablemente el desterrado debió sentir el pecho oprimido por el presentimiento de seguirle, con la diferencia, en contra suya, de no tener á su lado, en el último momento, los deudos predilectos de su corazón. Si experimentó los efectos de ese presentimiento natural, cumpliósese mucho tiempo después, el 9 de Noviembre de 1881, día consagrado por la Iglesia á la memoria del mártir Teodoro. En la narración del funeral y entierro

de don José de San Martín, refiere don Félix Frías que se encontraba entre los dolientes un niño hijo de don Manuel J. Guerrico. Educado en buena escuela y desarrollado por el tiempo, llegó á hombre ese niño, y cultivó, con la veneración que profesa á la bondad y el talento la gente de recto corazón y claro criterio, la amistad del viejo amigo del héroe de la independencia americana. Á don José P. Guerrico y su digna esposa les tocó la honrosa tarea de suplir, antes de caer postrado don Félix Frías, y después de deshauciado de los facultativos, el cariño y los cuidados de los parientes lejanos. Durante las veladas, la joven y amable compañera de Guerrico le ejecutaba los trozos de música preferidos y le repetía con frecuencia el *Ave-María* de Gounod, objeto de su predilección artística. Ya en el lecho de muerte, apenas le administraron el Sacramento de la Extrema-Unción, retribuyó á su amiga tanta ternura estrechándole las manos y entregándole después en silencio el libro de plegarias de la condesa de Flavigni que tenía sobre el velador.

Extracto en seguida la carta en que Guerrico se sirvió referirme los últimos momentos de mi antiguo Jefe, escrita con la naturalidad y ternura que exigen el género epistolar y el acto final de una existencia brillante y fecunda. Es más útil saber cómo mueren que cómo nacen los cristianos que se atrajeron, durante largo tiem-

po, la curiosidad, el interés, la simpatía y el amor de sus semejantes.

«El 28 de Julio recibí un telegrama¹, escribía José P. Guerrico, anunciándome la enfermedad súbita y grave de don Félix Frías, lo cual me fué confirmado por el médico que allí lo asistía, é inmediatamente me trasladé á Cauterets. A pesar de estar con mucha fiebre, en extremo débil y con un color terroso que me revelaba un derrame biliar considerable, lo hallé en pie, por tener ese día que escribir á su hermana la señora doña Robustiana, en cumplimiento de la promesa que le hizo al partir de no dejar pasar ninguno de los vapores de la línea francesa de Burdeos, y á fin de evitarle la alarma que le causaría la falta de carta en uno de esos paquetes. Mi visita, que él creyó espontánea, le causó mucha satisfacción, y coincidió con la llegada á Cauterets, ese mismo día, del señor Presbítero Silva, de Montevideo, su compañero de viaje á Europa y también á Bagnères, persona muy simpática y de todo punto estimable. El señor Silva, que debía permanecer en Cauterets algunos días, me prometió dedicar la mayor parte de su tiempo á acompañar á don Félix; y tranquilizado con esto, y por el médico que me aseguró que había desaparecido la gravedad de esa crisis, regresé

¹ De Felipe García, el fiel acompañante, educado y formado en casa de los señores Frías.

á Luchón á reunirme con la familia y continuar mi curación termal. Quince días después recibí en Biarritz una carta de don Félix, avisándome que estaba en Lourdes, donde pasó algunas semanas, regresando en seguida á Burdeos, y hacia el 20 de Septiembre á París, donde se alojó en un departamento de la casa número 15 de la calle Caumartin. En la primera quincena de Octubre llegamos nosotros á París y nos alojamos en el «Hotel Scribe», felizmente situado á menor distancia que dos cuadras de Buenos Aires de la habitación de nuestro amigo. Nos visitamos inmediatamente, y desde entonces todos los días que su estado se lo permitió comimos juntos; y después de una corta vuelta por los boulevards, entrábamos á mi alojamiento, donde continuaba la tertulia hasta las nueve y media, hora en que se retiraba á su casa. Así llegamos hasta el 20 de Octubre. El 21 por la mañana me anunciaron que durante la noche había tenido un ataque parecido al de Cauterets. Acudí inmediatamente y lo encontré en cama, asistido por un médico homeópata que lo había visto antes. Hablé á éste y me aseguró que el enfermo tenía una fiebre gástrica, que no conceptuaba peligrosa, pero que exigía inmediata y prolija asistencia. Una Hermana de la Caridad estaba ya instalada á la cabecera del enfermo. Dos veces al día, y alguno tres, visitaba el facultativo á don Félix, lo cual, sea

dicho de paso, le contrariaba un poco. Sin embargo de tan asiduo cuidado, el mal tardó quince días en desaparecer. El 4 de Noviembre, acompañado de Felipe, salió de casa y fué hasta el bosque Boulogne, en carruaje cerrado. Esta primera salida fué la última también. Regresó contento de su paseo, y á la noche, después de recogerse temprano, formó planes de viajes futuros, huyendo de la humedad y del frío de París, y también como principio de su peregrinación á Roma, que fué su principal objetivo al alejarse de la patria. Con efecto, en conversación reservada, me hizo saber el 1.º de Noviembre que su más vivo deseo era postarse á los pies del Santo Padre y presentarle una ofrenda personal, «y si por algún motivo no puedo realizarlo, me dijo, encargo á usted que la haga entregar por don Ventura Marcó del Pont, mi banquero, á nuestro amigo Balcarce, para que éste la ponga en manos del Arzobispo de París con destino al «Dinero de San Pedro». El 6 de Noviembre experimentó don Félix alguna pequeña molestia en la garganta, «algo como un bultito», decía él, pero no accedió á llamar otra vez al médico, conviniendo, sin embargo, en que si lo necesitaba, llamaría al doctor Michaud, que le había sido recomendado y que pertenecía á la Sociedad de San Vicente de Paul. El 7 continuó sin sentir mejoría, pero estaba levantado y recibía á los

amigos que le veían con frecuencia. A hora conveniente, le hicimos poner en cama. El lunes 8, á primera hora, fuimos avisados el doctor don Santiago Larrosa, don José J. Machain y yo que el señor Frías se había agravado. Al mismo tiempo fué prevenido de lo que ocurría el doctor Michaud, que vino inmediatamente, manifestando, desde el primer momento, que la gravedad del enfermo requería la asistencia de otros facultativos. El doctor Larrosa recibió del mismo don Félix el amistoso encargo de tomar todas las medidas que creyese convenientes para su mejor asistencia. Se convino que á las doce se reunieran los doctores Michaud, Petter, Hardy y Poyer, especialista el último en enfermedades de la garganta. Los facultativos encontraron que el enfermo tenía un absceso en la garganta, que dificultaba la deglución, ordenando la aplicación de sanguijuelas, é insistiendo en la necesidad de alimentar al paciente, cuya postración también reconocía por causa la extrema debilidad en que se encontraba. A las seis de la tarde se reunieron otra vez los mismos facultativos. Aun cuando, según ellos, el absceso había reventado, la dificultad del enfermo para tragar hasta la saliva era extrema, y, por de contado, no era posible hacerle tomar ninguna clase de alimento. La debilidad, que aumentaba por momentos, era la preocupación principal de los

médicos. Al retirarse dándose cita para la mañana inmediata, indicaron la conveniencia de que nuestro amigo hiciera las disposiciones espirituales y temporales «que su creencia y su voluntad le dictaren». Después de la primera consulta, el querido enfermo comprendió la gravedad de su estado. Me llamó, y haciéndome acercar la cabeza á la suya para que oyera su débil voz y las palabras que con dificultad articulaba, díjome: «Ponga en poder de Balcarce lo que usted sabe, y dígale que vea de obtenerme por conducto del Nuncio la bendición del Santo Padre». En la sala inmediata estaban los amigos que antes he nombrado, el doctor Larrosa, los hermanos Machain, don Lucas González y un joven médico argentino, el doctor Maglione, que la noche anterior le había acompañado por habérselo pedido él mismo. Comunicué á estos señores el deseo que el 1.º de Noviembre me había expresado, y que acababa de reiterarme, y me trasladé á casa del señor Balcarce. Este se hallaba indispuesto, y por ello privado de acudir al lado de su viejo amigo. Inmediatamente, cumpliendo el deseo del virtuoso cristiano, escribió al Nuncio Apostólico haciéndole saber el delicadísimo estado de su ilustre compatriota, cuyas virtudes privadas y públicas encareció, y rogándole obtuviese del Sumo Pontífice la bendición *in articulo mortis*. El hijo político del señor Balcarce, personal-

mente relacionado con el Enviado de la Santa Sede, fué el portador de la carta, encargándose de reforzar de viva voz las razones aducidas en las líneas del señor Balcarce. Los médicos, después de la reunión de la noche, decidieron que si al mediar la misma el paciente no respiraba con facilidad, le fuese practicada la traqueotomía, encargándose el doctor Poyer de la operación. No pudo recibir el Viático, pero á las ocho y media le fué administrada la Extrema-Unción por el Cura Vicario de la Magdalena, en presencia de los señores Machain y González, mi señora y yo¹. Pocos momentos después avisó el señor Balcarce que el Nuncio Apostólico acababa de telegrafiar á Roma. Esta noticia, recibida simultáneamente con el último Sacramento, iluminó el semblante del enfermo, cual si una esperanza ó un consuelo muy grande le llegara. Esa noche del 8 al 9 de Noviembre, la pasé acompañado del médico argentino doctor Murphi, bajo el mismo techo del moribundo. El doctor Petter consideró innecesaria la operación, por haberse presentado una apariencia de alivio en el paciente. Pero,

¹ Las personas que más se interesaron por la salud de don Félix Frías durante su enfermedad fueron las siguientes: don Mariano Balcarce y familia, don José P. de Guerrico y señora, los doctores Murphi, Maglione y Larrosa, don Lucas González y señora, don Eusebio Machain, don Manuel A. Montes de Oca, don Ricardo Lezica, don M. Raimond, don Miguel Crisol, la señora de Vignal, la familia de Luro y el señor Prasilla, compitiendo cada uno en la esfera de su amistad en atenciones ó cuidados.

en realidad, el pulso que descendía, desautorizaba toda esperanza. El 9, á las ocho de la mañana, volvieron á reunirse los médicos y recomendaron la necesidad de hacerle ingerir algún alimento. El virtuoso cura de la Magdalena vino á visitarlo ya cerca del mediodía, y se creyó autorizado para consolarle diciéndole que habiendo solicitado la bendición apostólica, él se la daba en la seguridad de que ya estaba concedida, como en efecto sucedió. Media hora después, á las doce y minutos, el enfermo entregó su alma al Creador, sin agonía fatigosa ni experimentar padecimiento agudo, como para que de él pudiera decirse que los únicos dolores acerbos que experimentó en su vida, fueron por el grande amor que profesó á esa madre querida que llamamos patria¹. Dos horas después de haber expirado don Félix Frías, llegó, transmitida telegráficamente, la bendición apostólica, y el 11 de Noviembre, mientras en la Catedral de Buenos Aires se celebraba la fiesta del Patrono de la ciudad, en la Magdalena de París se reunían todos los argentinos y otros antiguos amigos del compatriota finado, en torno de su féretro, que fué, después del oficio religioso, depositado

¹ Según la opinión facultativa, una angina aguda fué la causa determinante de la muerte de don Félix Frías; pero en realidad ella no fué sino una complicación de la anemia que postraba hacía algunos meses sus fuerzas vitales.

provisoriamente bajo las bóvedas del mismo templo¹ ».

Antes de partir el fúnebre cortejo de la casa mortuoria, el autor de las líneas que acaban de leerse, pronunció en ella esta sencilla despedida de la amistad contristada:

« Señores: He ahí lo que nos queda del que fué don Félix Frías, del valeroso Secretario y compañero del general don Juan Lavalle en la lucha contra la tiranía de su patria; del elocuente propagandista en los Parlamentos provincial y nacional de su país, de los principios del buen Gobierno y de la verdadera libertad; del legendario sostenedor de los derechos argentinos, del infatigable mediador para evitar el derramamiento de la preciosa sangre de hermanos, y finalmente del benéfico y austero católico, que sus íntimos amigos, y algunos de los suyos, llamaban « el Padre Félix ».

» Estas pocas palabras dicen cuán bien empleada ha sido esa noble existencia, que ha

¹ He aquí el texto de la invitación al entierro y exequias de nuestro compatriota: — « Señor: se suplica á usted que asista al acompañamiento y funeral del señor Félix Frías, ex Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario y ex Presidente de la Cámara de Diputados de la República Argentina, fallecido con los Sacramentos de la Iglesia el miércoles 9 de Noviembre, á la edad de sesenta y seis años, en su casa calle de Caumartin número 15, que tendrá lugar el viernes 11 del corriente á las doce en punto del día. El segundo se efectuará en la iglesia de la Magdalena, perteneciente á la Parroquia. El cuerpo será depositado en el panteón del Templo. ¡De profundis! — Firmado. — *Mariano Balcarce*, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina; *Santiago Larrosa*, *José P. de Guerrico*, *José J. Machaín* (en representación de la familia ausente) ».

venido á terminar, modesta y obscuramente, lejos de la familia y de la patria.

»No dejará huella alguna en esta morada el breve paso por ella de nuestro ilustre compatriota; pero al menos que no salgan sus restos sin que cuantos vamos á acompañarlos al templo del Señor, le rindamos un homenaje de consideración y de respeto.

»Señores: consolador sería para los angustiados deudos del señor Frías, saber que los miembros todos de la familia argentina, actualmente en París, se han reunido, con unánime sentimiento de dolor, en torno de su querido muerto ¹, y que así ha recibido una primera consagración el cariño y el justo aprecio que por sus calidades y virtudes experimentarán sus compatriotas.

»Consolador, en no menor medida, también será para sus afligidísimos hermanos, saber que

¹ Al entregarse estas páginas á las cajas sale á luz un libro titulado: *El Doctor Manuel Augusto Montes de Oca. Su vida y su muerte*. De él tomo algunas líneas escritas por el malogrado y bien sentido argentino, que tanto honran al señor Frías como al doctor Montes de Oca. Separados por la diversa manera de apreciar ambos un punto de la política internacional, volvieron á acercarse en la hora del dolor. Júzguese de la malicia de Frías y del encono de Montes de Oca en ese desagrado momentáneo, después de leer los renglones á que aludimos. Dicen así: «A las doce y media del día 9 del corriente dejó de existir de una laringitis y angina edematosa, según diagnóstico de Hardy y Pector, el venerable patriota don Félix Frías á los 66 años de edad... Larrosa le avisó que yo había ido á visitarlo, y él que estaba en perfecto conocimiento, le dijo que me diera en su nombre las gracias y que lo excusara de no hacerme entrar porque no podía hablar sin grandes esfuerzos... Si Gaerriico me hubiera hablado, yo hubiese dicho algunas palabras sobre los restos del que fué mi enemigo y perseguidor en política externa y mi amigo en las cuestiones interiores».

los demás argentinos se han asociado espontáneamente á estas manifestaciones, y que notable número de caballeros de otras nacionalidades, antiguos amigos unos, admiradores otros del noble carácter del señor Frías, han acudido solícitos á engrosar nuestras filas, para conducir su cadáver á la Santa Iglesia Católica, de la cual fué hijo tan ferviente y amoroso, y elevar ahí las preces de nuestros corazones por el eterno descanso de su alma!»

XII

HOMENAJES PÓSTUMOS

Cuando todavía no se había extinguido en el corazón de los argentinos el eco de las palabras pronunciadas por el señor Guerrico, *L'Univers* del 15 de Noviembre publicaba un artículo que terminaba así: «Este hombre de alto mérito, honrado y de fe ardiente, deja tras sí el recuerdo fortificante y moralizador de una vida consagrada al bien, y un nombre universalmente respetado». Para los parisienses no era un desconocido el amigo del Conde de Montalembert.

Le Rappel, fechado el 16, después de dar la noticia de su fallecimiento, agregaba: «Sorprendido por la muerte en su visita á París, él se ha extinguido rápida pero dulcemente, en la calle de Caumartin, dejando á sus compatriotas un ejemplo y á su familia un nombre respetable».

Una publicación diplomática tampoco podía dejar desapercibida la muerte del erudito y

valiente Plenipotenciario argentino en Chile. *Le Mémorial Diplomatique* correspondiente al día 19, en seguida de referir que muchos miembros del Cuerpo Diplomático sud-americano, antiguos servidores del Gobierno, y todos los argentinos residentes en París habían asistido á los funerales del señor Frías, en la iglesia de la Magdalena, y de narrar algunos detalles principales de la vida pública de nuestro paisano, concluye su artículo de esta manera: «Tal es el hombre que acaba de terminar su existencia piadosamente, transmitiendo á su familia el tesoro de su reputación, y á sus compatriotas un modelo de desinterés en su civismo y de incorruptibilidad en su fe».

Apenas nos comunicó el telégrafo con su laconismo desesperante la noticia del fallecimiento de don Félix Frías, uno de sus amigos personales, don José Tomás Guido, haciéndose intérprete de los demás, publicó algunos sentidos conceptos. «Su palabra, dijo, ha sido más de una vez en el Parlamento el eco de verdades inmortales que tienen su fuente en el cielo, y se derraman en el alma humana como en su cauce natural. Después de haber cumplido él en el mundo una misión honrada, ha podido presentarse ante el Supremo Juez. La patria que amó le debe, al menos, un ciprés ó una cruz sobre sus reliquias, cuando sean restituídas á su seno».

El Nacional, redactado por uno de sus adver-

sarios en los últimos tiempos, don Domingo F. Sarmiento, se asoció al duelo público. «Las últimas luchas políticas, escribió, nos habían alejado del viejo patriota, pero esto no obsta á que nos inclinemos sobre su tumba con el respeto debido á sus virtudes y á sus nobles calidades».

La Nación, órgano del historiador Mitre, dió la triste noticia, comentándola con acierto y sentimiento. He aquí algunas de sus palabras: «Ministro Diplomático de la República Argentina en Chile, él fué el primero que afrontó la cuestión de límites, tratándola con amplitud y ciencia del derecho, haciendo de ella la última pasión de su vida. Por su elevación moral, por su austera imparcialidad, por su amor decidido á la paz entre los hermanos y su falta de ambiciones personales, Frías, profesando una creencia política, que era la de todos los ciudadanos que aman el bien público, supo mantenerse entre los partidos respetado por todos ellos, y amado por sus conciudadanos. Así ha muerto lejos de la patria, pudiendo hacer votos por la igualdad de derechos de todos sus compatriotas, en medio de la paz y la libertad, y así todos los hombres, cualesquiera que sean sus disidencias políticas, honrarán igualmente su memoria, como la de uno de los ciudadanos que mejor han servido y honrado á su país en vida, y le continuarán honrando más allá de su tumba».

La Libertad, de quien don Félix Frías vivió completamente alejado por el credo religioso que profesaba, y últimamente por sus simpatías en favor del pacto Fierro-Sarratea, fué, si se quiere, más expresiva que sus colegas. «Toda la vida de este ilustre patricio, dijo, está exenta de manchas. Organizado por la naturaleza para odiar el despotismo, pasó su juventud batallando en las filas del partido liberal. Secretario del general Lavalle, fué su amigo, el compañero de sus desgracias, y el que supo acompañarlo hasta salvar sus huesos del furor del tirano. A los que han encarnado tantas virtudes, aun cuando haya habido divergencia de ideas en los hombres, hay que rendirles el tributo de gratitud y de dolor á que se han hecho acreedores; tributo que pagamos en la esfera que nos corresponde, participando del sentimiento que esta muerte nos ha causado»..

A todas estas demostraciones tan justas como conmovedoras, hay que agregar muchas cartas de pésame enviadas de Europa y América á los deudos del finado, numerosas coronas depositadas en su sepulcro ¹, entre las cuales sobresale

¹ Entre los nombres que figuran en las tarjetas de las coronas depositadas en el sepulcro de don Félix Frías, recuerdo los siguientes: Robustiana Frías, Luisa F. de Gorostiaga, Indalecia F. de Bonorino, Rosaura P. de Frías, Eloisa P. de Frías, Flora B. del Campo, María Balcarce, D. Balcarce de G. Estrada, Margarita Caviran, María Nin de Esteves, Clara Jakson de Heber, María G. de Guerrero, Sofía Jakson de Buxareo, Isabel A. de Elortondo, Eduardo Rosellin, Daniel Réboulon y Luis O. Basualdo.

la del Club Católico de Montevideo, y lo que es más honroso y grato para los corazones creyentes, el testimonio del dolor del Santo Padre, que se dignó celebrar para su eterno descanso el Santo Sacrificio de la Misa, el 10 de Diciembre próximo al mes de su fallecimiento, y bendecir especialmente á la cristiana familia del extinto.

No me maravillan los universales y honrosos obsequios consagrados á la memoria de don Félix Frías, porque no ignoro que cuando vivía y combatía, ninguna persona estimable, apasionada ó imparcial, se atrevía á injuriarle. Cualesquiera que sean los errores del Gobierno del Mapocho y las exageraciones del amor nacional, y los bríos terribles del populacho chileno, diré, hablando justicieramente, que salvo los calificativos de inquieto, que lo era por la natural sensibilidad de su sistema nervioso; de interrogador, que lo era porque tenía la costumbre de averiguar lo que ignoraba; de impaciente, que lo era porque su imaginación poseía una actividad asombrosa, y de belicoso, lo que, á buen seguro no era, aunque no tolerara las injurias al honor nacional, ni conociera el temor que en varias ocasiones trataron de infundirle con mal veladas amenazas, toda la prensa culta de Santiago y Valparaíso siempre le trató como á bueno y á caballero. Los periodistas que le dirigieron telegramas groseros é indignos, están

fuera de las leyes de la cultura vigente en Chile, y no merecen ni siquiera mención. Son patriotas-antropófagos que hacen buenas migas con los patriotas-presidarios.

¡Si á los laureles de la tierra se han reunido, como fundadamente lo espero, las palmas del cielo, inclinémonos respetuosos ante la sombra benigna que ha sustituido la imagen austera de don Félix Frías, pidiéndole que consiga á sus admiradores suerte parecida á la suya!

XIII

TESTAMENTO

El último documento de don Félix Frías me exime, con provecho de todos, de recapitular mi trabajo para dejar establecido que él fué lógico como católico y como demócrata, desde que apareció en la escena pública, hasta que, separado de ella, salió de este mundo.

Colocado en presencia del Todopoderoso y de la Eternidad, redactó de su puño y letra su última voluntad, confesando la Fe religiosa de sus padres y consignando su Esperanza política en los beneficios del Orden.

M. Guizot, respondiendo en términos muy honrosos para nuestro compatriota Frías, la carta que éste le dirigió, publicada en Valparaíso, con motivo del juicio crítico de la obra de M. E. Dehais, inserto en el *Journal des Débats*, le decía con la autoridad de la ciencia, que él había aprendido prácticamente en la

República Argentina, y que sella, por decirlo así, el sabio consejo que lega á sus paisanos en el pliego que contiene su testamento: «El pueblo que no ve á Dios á cada instante, y más arriba de él, y en su interior mismo, no puede gobernarse, ni tampoco ser gobernado».

«Dios y caridad» fué la divisa del cristiano; «ni demagogo ni servil», el lema del republicano. Consecuente á ambas, al colocarse frente á frente de los misterios de la Muerte, habló como Patriarca y Padre de la Patria de esta manera ¹:

«En el nombre de Dios Todopoderoso, yo,
» Félix Frías, hijo legítimo de los finados cón-
» yuges doctor don Félix Ignacio Frías y doña
» Luisa Molina, nacido en esta ciudad de Bue-
» nos Aires el 12 de Marzo de 1816, declaro que
» este pliego contiene mi testamento. Muero en
» la Religión Católica, Apostólica, Romana, en
» que tuve la dicha de nacer y á la que he procu-
» rado mantenerme fiel durante mi vida. Confío,
» para obtener el perdón de mis pecados, en la
» misericordia del Salvador, y en la intercesión
» de su Inmaculada Madre, y recomiendo á mi
» familia conserve el tesoro de la Fe, para satis-
» facción propia y buen ejemplo de los demás.
» Deseo ardientemente que los hombres que
» gobiernen en adelante este país, no olviden

¹ Encabezamiento del testamento ológrafo del finado señor don Félix Frías, hecho en Buenos Aires el día 25 de Abril de 1881.

»que, sin el auxilio divino, no les será dado
»apartarlo de la anarquía, que tanto nos ha
»dañado, y que tanto puede comprometer su
»porvenir. Siempre estuve persuadido de que
»sin creencias ni costumbres cristianas, no hay
»República posible... Prohibo expresamente
»que se pronuncie ningún discurso en el Cemen-
»terio, donde deseo que sólo se oigan las preces
»del Sacerdote».

XIV

REPATRIACIÓN

La muerte no alteró las facciones de nuestro inolvidable amigo, á pesar de que la anemia que lo postrara le había demacrado considerablemente.

Previas las formalidades de estilo, embalsamóse el cadáver por el sistema de inyección, colocándosele en seguida en un ataúd de nogal con abrazaderas y asas de plata.

Dos días después del fallecimiento fueron conducidos los mortales despojos, como ya se ha dicho, á la iglesia de la Magdalena, atravesando algunas de las calles que él recorriera pocos días antes, yendo al Cementerio del Padre Lachaise, poco menos que moribundo, á visitar el sepulcro de su amigo el Conde de Montalembert.

Los restos del señor Frías, sacados al terminar el mes del panteón en la Magdalena, en

presencia de los señores Balcarce, Guerrico, Machain y Orr, fueron transportados al Havre, donde los consignatarios del vapor *San Martín* los colocaron en un departamento arreglado expofeso, que lacraron y sellaron después de depositar el cadáver.

Los que piensan poco en las cosas que se refieren á la religión, señalarán como una coincidencia que regresara á Buenos Aires lo único que nos queda de ese buen ciudadano, en un buque que lleva el nombre del que fué, merced á su genio militar y á sus méritos personales, el primero y más amado de sus compatriotas, y los que andan cerca de la Iglesia no dejarán de advertir que esa nave lleva también el nombre del Patrono de la ciudad natal de don Félix Frías.

Una Comisión popular preparó simpática y tierna acogida á los restos del finado. Al fondear el *San Martín* en la rada de Buenos Aires, traía sobre cubierta el ataúd, envuelto en los pabellones argentino y francés, las banderas á media asta y las vergas cruzadas en señal de duelo.

Los funerales celebrados en la Metropolitana, solemnizados por la Oración Fúnebre del Ilustrísimo Arzobispo, pronunciada en presencia de casi todas las autoridades del país, fueron dignos del muerto. El orador propuso y desenvolvió este tema, tomado del Eclesiastés (46. v. 9),

y aplicado con suma oportunidad á su héroe: «Prestó al pueblo un servicio grande y misericordioso, deteniéndole para que no pecara y combatiendo la maligna discordia».

Conforme lo había dispuesto Frías, la única voz que se alzó en el Cementerio del Norte, fué la voz de la Iglesia, pidiendo al eterno Juez que al conmoverse los cielos y la tierra, no entrara á juicio con su siervo y le concediera el descanso de Lázaro.

La juventud que tanta participación había tenido en los trabajos patrióticos del señor Frías, en pro de la integridad territorial de la República, y de la independencia de Bolivia y el Perú, se asoció á este homenaje póstumo.

No hubo ese día uno solo de sus miembros que no dijera que se había acostumbrado á reputarlo tan activo y tan entusiasta como un mozo; y en el momento del entierro, mientras recorrían las avenidas de la Recoleta, recordaban todos que hacía apenas un año que lo encontraban, cada mañana, en las inmediaciones de la Plaza de la Victoria, al ir á la Universidad, ó que lo veían después de salir de clase, en las casas de los miembros del Congreso, ó en las imprentas tomando apuntes, escribiendo artículos, allegando colaboradores á su obra, provocando reuniones, costeándolas de su peculio, recorriendo su línea de operaciones, supliendo á éste, mandando al otro, instando,

arguyendo, haciendo valer la autoridad moral de que le revestían los años, la virtud y la ciencia, lleno de entereza mientras abrigó la esperanza de salvar las tierras australes, cayendo exánime, como si le hubiera faltado punto de apoyo para los pies, al ver pasar gran parte del territorio disputado á poder de Chile, vencedor en la demanda.

La palabra austera de este hombre de bien confortaba y dignificaba. El doctor don Juan Agustín García, después de una célebre discusión sobre el Presupuesto, en que don Félix Frías había exaltado su esfuerzo y su patriotismo, dijo á sus hijos reunidos: «Las palabras de ese venerable anciano son para mí la más valiosa recompensa que haya obtenido en mi vida». Pero ¡qué extraño es que su palabra confortara y dignificara, si la presencia sola de ese hombre austero y entusiasta retemplaba el ánimo de sus amigos! Durante las conferencias del Senado en antesalas sobre el Pacto Fierro-Sarratea, aun cuando él no pertenecía á la Cámara, le fué concedida la palabra. Iniciada la discusión en el recinto de las sesiones, Frías asistió á ella desde la tribuna que en la barra tienen designada los miembros del Congreso. A pesar de la ausencia del pueblo, la atmósfera cargada de electricidad relampagueaba. Nuestro buen amigo parecía suspendido entre la vida y la muerte, tal era su visible ansiedad,

su palidez mortal y la agitación nerviosa que le dominaba. Callaba porque le era vedado hablar, pero su actitud era tan expresiva, tan elocuente, que los Senadores volvían á él los ojos de cuando en cuando como para saber lo que pensaba. Los Diputados que asistían á esa especie de combate singular, no separaban la vista de aquel hombre encanecido en servicio del país, que callado asentía ó protestaba, aplaudía ó desaprobaba, reproduciendo, como por arte mágico, en el amplio lienzo de su alta y descubierta frente, las imágenes tumultuosas del agitado pensamiento.

Tal fué siempre la actitud de ese gran ciudadano, que tuvo el raro talento de figurar siempre en el momento oportuno, y que llegado el caso de pisar la arena de la lucha era emprendedor, persistente, fiel, comunicativo, contagiando su actividad y su amor por las buenas causas, hasta el punto de que sin los cuatro mil títulos que invocó en favor del derecho argentino á la Patagonia, él, con el acento de su sincera convicción, habría conseguido infundir la creencia de que esa propiedad era menos discutible que la propiedad de la Pirámide de Mayo.

Felizmente para él sus oídos no han escuchado á los viajeros del Estrecho, que el vapor inglés emplea ahora diez horas en recorrer el espacio de costa chilena, ayer argentina, situa-

da entre Punta Arenas y el Cabo de las Vírgenes, y felizmente también para su nombre, que en el caso contrario nos parecería prisionero de guerra, el monte conocido por los geógrafos con el nombre de «Frías», ha quedado en la parte de territorio salvado del naufragio ocurrido en una mar serena, y sin otro escollo que la ambición desmedida de un Gobierno conquistador.

Don Félix Frías, que no respiró voluntariamente el aire enrarecido de las cumbres del poder, dispuso de la fuerza necesaria para escalar las alturas de la consideración pública, enseñando teórica y prácticamente, en una época en que el positivismo domina el mundo, apoyado en la indiferencia y la anarquía, que no hay moral sin Dios, ni libertad sin orden, como se desprende de las obras que hemos recorrido á la ligera.

Nunca se borrará de la memoria de sus conciudadanos la imagen austera del varón eminente que supo amar al prójimo como á sí mismo, y presentarse, á semejanza de las montañas coronadas de nieve y henchidas de fuego, con la cabeza emblanquecida por el tiempo y el corazón enardecido por el patriotismo, anciano y enfermo, á pelear la última batalla con el vigor del antiguo paladín de la libertad!

XV

CARIDAD

Me falta tratar una faz desconocida de la existencia de don Félix Frías, que adrede he dejado para este capítulo. Sabemos cómo vivió, conocemos sus últimos momentos, pero ignoramos lo único que él ocultó en vida y que la muerte ha descubierto. Su mano izquierda ignoraba lo que hacía su derecha. Solamente la enfermedad precursora de su lamentado fin, que le sorprendió camino de Roma, como al Arzobispo de Bogotá, cuyo elogio él escribió, pudo obligarle á descubrir á un amigo íntimo que tenía el propósito de llevar una ofrenda al Santo Padre.

La narración nos conduce, sin habernos apercebido de ello, á hablar de la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paul en el Río de la Plata. En la última Junta General de las

Conferencias de Montevideo, acaecida el 8 de Diciembre de 1883, el venerable Vicepresidente del Consejo (durante veinte años), doctor don Joaquín Requena, refirió de esta manera el nacimiento de esa institución entre nosotros:

«En 1858 un buque de guerra francés echaba las anclas en la rada de Montevideo. Era el bergantín *Zebre*, que no venía, como otros que le precedieron, con el exclusivo fin de representar el poder de la fuerza y aun con el intento de imponerla.

»El *Zebre* era mandado por un discípulo é imitador del hombre verdaderamente grande del siglo XVII, de ese corazón siempre inflamado en el amor del pobre, el glorioso San Vicente de Paul.

- »El Comandante Fouet, miembro muy honorable de las Conferencias de Francia, traía el propósito humanitario y cristiano de buscar nuevos hijos para la gran familia de su maestro y modelo, y alentado por el espíritu religioso predominante en la parte más sensata de este pueblo, puso en ejecución su propósito, y la Conferencia quedó fundada ¹.

»Ella necesitaba de la instrucción y dirección de su piadoso fundador, y su presencia en

¹ La primera reunión tuvo lugar en la humilde morada de los PP. de la Compañía de Jesús, y fué presidida por el P. Sató, de santa memoria en ambas orillas del Plata.

Montevideo fué un gran beneficio concedido por la Providencia.

»Durante ese período se consagró debidamente al aumento de la Conferencia que él presidía, imprimiéndole al mismo tiempo el verdadero espíritu de caridad y religión, que sólo se adquiere con el ejercicio de las virtudes cristianas que prescribe el Evangelio y enseña la Iglesia Católica.

»En ese ejercicio era incansable su celo, y no satisfecho con haber establecido la Conferencia, se dedicó á la creación de la Sociedad de Señoras del Patrocinio, destinada á prestar una especial protección á las niñas pobres.

»La empresa no podía serle difícil, desde que recurría al corazón maternal de la mujer católica. Las damas uruguayas secundaron eficazmente su anheloso empeño, y la Sociedad quedó instalada.

»Ella y la Conferencia de hombres continuaban en el desempeño de la sublime tarea que puso en sus manos el religioso y caritativo fundador; pero obligado por su carrera á separarse de nosotros, nunca nos olvidó, alentándonos desde la distancia con sus reflexiones y sus consejos.

»Conservo con respeto copia de una carta suya, escrita algunos años después de su alejamiento. Se expresa así:

«Aunque muy lejos de ésa, es todavía nece-

»sario que yo me vuelva hacia ustedes para
» buscar consuelos, que en cierto modo contra-
» pesen las tristezas que me vienen del lado de
» Italia.

» Es muy importante que nuestros hermanos
» hagan todo lo posible para obligar á los indi-
» ferentes á reconocer y admirar los frutos de
» la religión, porque todos los que la practican
» son incontestablemente buenos padres, buenos
» hijos, servidores sumisos, esposos y amigos
» fieles, y según el eminente Obispo de Orleans,
» son los verdaderos liberales, puesto que el ser
» liberal es tener un corazón generoso que no
» niega á sus adversarios la equidad y la jus-
» ticia que pide para sí. ¡Que la concordia y la
» paz reinen siempre en medio de nosotros! ¡que
» nuestra benevolencia mutua y nuestra cordia-
» lidad sea siempre un motivo de edificación
» para todos!

» Esa pequeña Sociedad ha hecho ya mucho
» bien, y continuará haciéndolo si se dedica á
» imitar las virtudes de su Santo Patrono.

» Esto no dejará de avivar las enemistades
» bastante comunes que vimos surgir desde su
» aparición, y así sucederá siempre en todas
» partes donde las obras de Dios prosperen. El
» combate entre el bien y el mal no data de
» ayer, y seguirá hasta el último día. Lo que
» importa, en presencia de esa hostilidad de-
» clarada, es perseverar como ustedes lo han

»hecho hasta ahora en el cumplimiento de los deberes de cristianos, y no responder sino con el silencio á todos los vanos clamores».

El 24 de Abril de 1859, por iniciativa del ya nombrado Comandante de la Marina francesa don Andrés Fouet, se fundó en Buenos Aires la Sociedad de San Vicente de Paul, desconocida en la República Argentina. En 1832, algunos jóvenes que habían ido á París á acabar sus estudios, discurrieron el proyecto de asociarse con el fin de perseverar en el bien practicando la caridad, reunirse días determinados, edificarse por medio de lecturas y conversaciones piadosas, y llevar á la casa de los pobres socorros sacados de sus modestos recursos. Tal fué el principio de las Conferencias de San Vicente de Paul, que, bendecidas por Dios, obtuvieron más tarde un desarrollo considerable, y merecieron mil favores y gracias de la Iglesia. Entre los doce primeros socios argentinos se contó don Félix Frías. En la tarde del día citado, nutridos todos por el pan de los espíritus fuertes, tuvo lugar la instalación de la primera Conferencia. Frías redactó y suscribió el acta que acaba de leerse en las fiestas de las bodas de oro de la institución.

El mecanismo de las Conferencias era desconocido. Frías, desde el primer momento, comprendió el espíritu y la práctica, y colocó la

Conferencia en el verdadero carril, que han seguido siempre sus hermanos, sin tener motivo de arrepentimiento, ni sufrir reproche de parte del Consejo General, al cual se comunica periódicamente lo que se hace durante el año.

Llegado el momento de celebrar la primer Asamblea, dice el actual y meritorio Presidente del Consejo Superior, que me facilita estas interesantes noticias, con asistencia del Prelado de la Diócesis, don Félix Frías redactó el informe en que se dió cuenta de la organización y bases de la Conferencia.

Sucesivamente, en el espacio de cuatro años, redactó los informes con esa nobleza de estilo y gusto literario que resplandecen en todas sus obras. También organizó él la primera Comisión encargada de informar sobre la adopción de las familias pobres, mostrando en esa larga tarea suma prudencia.

El celo de los primeros socios era en ocasiones demasiado activo, originando esto dificultades que Frías supo vencer, dando á cada cual lo que le pertenecía, y evitando conflictos desagradables. Igualmente evitó que la Sociedad recurriese á la prensa y trabara polémicas con asociaciones de diversas ideas. Á esta discreta dirección se ha debido la marcha pacífica que sigue la institución.

Organizado por su influencia el Consejo Par-

ticular, del cual fué primer Secretario, lo mantuvo encerrado en la esfera de acción que le traza el Reglamento, para no absorber las Conferencias. Fundado por su diligencia otro Consejo análogo en Córdoba, obtuvo que el de Buenos Aires fuera elevado al rango de Superior, á fin de que todas las Conferencias de la República Argentina dependieran de una misma dirección y tuvieran un centro común.

Ocurrido el terremoto de Mendoza, ya mencionado, Frías se ofreció á conducir á los supervivientes desamparados la limosna de la Sociedad. Aceptado el generoso ofrecimiento, se trasladó á las ruinas de la ciudad destrozada, distribuyendo, sobre los escombros, los socorros de que era portador. La impresión que le causó tan grande desgracia, ha quedado consignada en el folleto á que se ha aludido en otra parte, en el cual lo patético se hermana con lo pintoresco, porque el hombre caritativo narra el infortunio ajeno, y como desfallecido por tanto dolor, levanta el poeta los ojos, los fija en los Andes, y saluda, sin poderlo remediar, la espléndida naturaleza. Comprendiendo que el mejor resultado de su misión consistiría en dejar socorros permanentes, fundó dos Conferencias de San Vicente de Paul, que funcionaron corto tiempo á causa de la diseminación de sus socios, separados por largas distancias. Hoy existe, sin embargo, en la ciudad de Mendoza una Confe-

rencia, que realiza, en parte, el pensamiento de nuestro héroe.

Durante el tiempo que desempeñó la Secretaría, hasta que salió para Chile, dirigió acertadamente todas las Conferencias de la República, y se empeñó en difundir buenas lecturas, para lo cual pidió á Europa varias publicaciones apropiadas al objeto.

Desde Chile escribió una notable carta á las Conferencias, de la cual se dió lectura en una de las Asambleas Generales, y cuando estuvo de regreso, asistió complacido á una de las Juntas Generales, demostrando su regocijo por encontrar en pie la obra que le costaba tantos desvelos. Por circunstancias especiales de familia no usó de la palabra, que se le había ofrecido con instancia, porque sus compañeros le apropiaban, como el doctor Requena, siempre que le escuchaban, las palabras del Salmista: «La boca del justo derrama sabiduría, y su lengua habla juiciosamente. Tiene en medio de su corazón la ley del Señor».

Promovida en el Congreso argentino la cuestión de la libertad de enseñanza, en la que tan activa parte tomó don Félix Frías, el Presidente General de la Sociedad, don Adolfo Raudín, encargó al doctor don Eduardo Carranza Viamont que lo felicitara de parte suya por la brillante defensa que había hecho de esa garantía tan preciosa para los católicos.

Una noche que asistió don Félix á la reunión semanal de la Conferencia de San Nicolás, oyó mencionar á una familia que carecía de albergue. Desde ese día hasta el de su muerte, se encargó él de pagarle la casa que habitaba. Acertando á entrar cierta ocasión en la Escuela de Artes y Oficios, le dejó al salir cuatro mil pesos fuertes de limosna. Tampoco olvidó en los últimos tiempos las Conferencias de San Vicente de Paul, acreditándoles reservadamente su generosidad.

Poco después de fallecido el señor Frías, la Sociedad de Buenos Aires recibió el pésame del Consejo General de París, y del Presidente honorario de este Consejo, don Andrés Fouet, que tanto lo amaba. «Entre ellos, decía éste, y en primer lugar, se encontraba, V. lo sabe, nuestro bien amado Félix Frías, cuya muerte me participa. En efecto, yo había cambiado con él algunas cartas en Julio, Agosto y Noviembre del año pasado. Abrigué varios meses la esperanza de que pasara algunos días en Bretaña, y hasta de tener el gusto de hospedarlo en mi casa. Pero su salud, cada vez más quebrantada, no se lo permitió. Me había escrito que sus fuerzas debilitadas no le permitirían permanecer conmigo el tiempo que deseaba. Yo no pude suponer entonces que su fin estaba tan próximo. La muerte de Frías importa para su familia, su país y sus amigos una gran pérdida, y no puedo

menos que asociarme de corazón al profundo y universal sentimiento, porque la intimidad de las relaciones que cultivé con él, me permitieron apreciar la ilustración de su espíritu y las grandes calidades de su carácter. Este pesar, sin embargo, debe encontrar alivio en la esperanza de que el amor y la generosidad que consagró á los pobres, le habrá permitido trocar los dolores y las pruebas de la vida, por los goces perdurables de la eternidad».

Al despedirse de Buenos Aires el fundador de la Sociedad de San Vicente de Paul, invitó á comer en su buque á varias personas, y entre ellas á don Félix Frías, á quien se le ocurrió pedirle un pan de la mesa. «Señor Comandante, le dijo, vos que enseñáis á dar el pan á los pobres, no podéis negaros á darme el que os pido en recuerdo de lo que habéis hecho en nuestro país».

Este pan se encuentra hoy en poder del Presidente del Consejo Superior, á quien se lo entregó el mismo señor Frías, al emprender el último y desgraciado viaje á Europa. Tomado en la mesa de un extranjero benéfico, que consideraba patria el mundo entero, porque reputaba hermanos á los desgraciados de todos los países á que arribaba su buque, ese pan simboliza el deber de no negar jamás el propio, sin exigir carta de ciudadanía, al que nos lo pida por amor de Dios.

En la época en que se fundó la Sociedad de San Vicente de Paul en Buenos Aires, don Félix Frías no disponía de los medios necesarios para realizar sus caritativas ilusiones. Él fué pobre y supo serlo; él fué rico y supo serlo también; cuando pobre partía su pan, cuando rico su bolsa. Economías y herencias le formaron un caudal, que desarrolló en él, en vez de restringir, como frecuentemente sucede, los sentimientos benéficos que le animaban.

Pocos compatriotas han empleado mejor su hacienda, ora atendiendo al mendicante, ora sacando de apuros pecuniarios á alguna familia, ora redimiendo la deuda de un amigo en el Banco, ya contribuyendo á la erección de un monumento, ya á la fundación de una escuela, ya al sostén de un Colegio, ya á la construcción de una parte del Seminario de Buenos Aires, ora costeando algún servicio indispensable de la Iglesia, ora enviando su óbolo al «Dinero de San Pedro», ora contribuyendo al desenvolvimiento de la prensa católica, exigiendo siempre el secreto del beneficio practicado por su generoso corazón, convencido de que Dios es el único que debe oír y ver lo que dice y hace el hombre caritativo.

¡Aquel que ha prometido el reino de los cielos á quien diere una gota de agua en memoria suya, habrá tenido presente el número de los que, sintiendo hambre le pidieron pan y experi-

mentando sed le pidieron de beber; número borrado de la memoria de nuestro amigo, como el nombre de los necesitados que interrumpían diariamente sus trabajos, sus meditaciones ó sus plegarias!

XVI

CONCLUSION

El artista que traslade al lienzo la venerable imagen de don Félix Frías, debe perpetuarla reproduciendo en su semblante la expresión que lo animaba cuando peroraba en el Parlamento, con la diestra apoyada en el libro de la ley, colocado á los pies del Crucificado que le inspiraba sus buenas obras, y dejando ver como fondo lejano el brumoso horizonte de las tierras australes argentinas, apenas alumbrado por la luz desfallecida del sol de Mayo, que, con la de su fe, formaron las dos principales lumbreras de tan noble existencia.

Se ha dicho que la falta de memoria constituye uno de los defectos y á la vez una de las calidades de los argentinos, porque olvidándolo todo, olvidan también los rencores. Este juicio acerbo es quizás verdadero refiriéndolo

á los actores y los hechos de la guerra civil. Pero mucho me cuesta creer, á no ser que la nobleza haya desaparecido del corazón argentino, que el olvido cubra aquí, como el polvo del sepulcro las cenizas de los muertos, la memoria de los servidores abnegados de la patria, y que sus nombres desaparezcan de la memoria como las cifras simbólicas que el viajero traza en la arena de la playa, cada vez que baja á la ribera á contemplar los melancólicos horizontes del mar.

El cargo de intransigente ha sido la única tacha que algunos escritores ligeros han puesto á don Félix Frías, desconociendo que merced á ese pretendido defecto, hasta ellos mismos profesaban admiración y respeto á ese espíritu selecto, severo é investigador. La intransigencia es el resultado del convencimiento en la verdad confesada, de la fe profunda, de la pureza de la intención, de la entereza del carácter. ¡Cómo había de transigir con los demás quien no transigía consigo mismo en materias de religión, de patriotismo y de honor! El que había sacrificado todas sus pasiones al deber, no podía aceptar en nadie un móvil, una política ó una conducta convencional. Así como para el arquitecto no hay edificio posible sin centro de gravedad, para el moralista no hay hombre digno de llamarse cristiano sin la fe, que es el punto de apoyo de la conciencia.

El ejemplo de nuestro inolvidable compatriota ha sido fecundo. Sus correligionarios no transigirán jamás con los enemigos de Dios y de la patria. Si no le fué dado ver con los ojos de la carne el perjurio del Gobierno de su país, que justificando el horror con que él se alejó de su lado, ha expulsado á Dios de la Escuela, le habrá sido concedido el consuelo de contemplar el esfuerzo moral y material de sus amigos... ¿por qué no decirlo?... de sus discípulos, por defender y conservar lo que él defendió y conservó durante toda su vida. Cual corona de verdaderas siemprevivas quedarán sobre su sepulcro los artículos y los discursos de los defensores de la Iglesia en la Prensa y en el Parlamento Argentino. Al escuchar alguna de estas oraciones, la apostasía que esparcía paradojas insípidas y pamplinas científicas, creyó escuchar, y lo dijo, el eco de ultratumba de don Félix Frías. Sirvanle de elogio y como prenda de recuerdo estas palabras: «el mal que nos asedia creer oír protestar á don Félix Frías hasta después de muerto». Es verdad que se ha entregado el territorio magallánico á los chilenos y que se ha entregado también la escuela al ateísmo... Basta enunciar esto para que las cenizas de don Félix Frías no reposen en su mausoleo... Los que prestamos oído á la querrela de la patria y al gemido de la religión, acerquémonos á ese monumento, buscando entre

los muertos el espíritu del que vive en nuestra alma, y confiemos en la victoria de sus santos principios, recordando que Cristo salió triunfante del sepulcro de Arimatea y el Cristianismo de las Catacumbas de Roma.



MI PADRE

MI PADRE

EN breve tiempo he visto abrir muchas veces el sepulcro de mi familia, encabezando el desfile de los muertos queridos mi hermano Juan Bautista, joven vigoroso y bien constituido, que parecía destinado á sobrevivir á todos los de su rama. Siguiéronle de cerca niños y ancianos, habiendo cerrado la marcha aquel á quien consagro este recuerdo, que es también el desahogo de un corazón oprimido por el laude interpuesto entre sus despojos mortales y el suelo en que se arrodillan sus hijos cuando van á visitarle.

Hijo de padres honorables y notorios, nació en Buenos Aires. Como no escribo su biografía, creo innecesario consignar, entre otras menudencias, la fecha del día en que vino al mundo,

porque la de su muerte (1.º de Mayo de 1888), es la única que puede interesarme en estos momentos de soledad y desamparo moral.

Era mi padre grave, silencioso, reflexivo, perspicaz; malo para siervo, porque carecía de flexibilidad; pésimo para tirano, porque le repugnaba el deleite de las pasiones acerbadas. Lo mismo cuando principió su carrera comercial, sellada por el establecimiento definitivo, con lucro incomparable de parte de los accionistas, de la primer usina de gas, que cuando se retiró de los negocios, originarios de su hacienda, vivió sujeto á la ley del trabajo. Ninguno de los que le conocieron íntimamente, recuerda que el sol le sorprendiera con los ojos cerrados ó echado sobre el lecho en actitud perezosa. Desde niño se levantaba y acostaba como los jornaleros, exento de la preocupación de ganarse el pan cotidiano, pero pensando de continuo en la tarea ennoblecedora que impulsa al hombre á abrir, ahondar y prolongar los surcos de la siembra.

Estudió bien lo que en la época suya se enseñaba para seguir con provecho la carrera comercial. El idioma castellano, la lengua inglesa y la contabilidad, apoyada en el cimiento granítico de las matemáticas, fueron de su predilección. Españoles y aficionados á las letras sus predecesores, cultivó la literatura de nuestra habla, formándose reducida pero selecta

biblioteca, que ha servido de base á las de sus hijos. Figuraban en ella los principales prosadores y poetas; historiadores y filósofos de las literaturas inglesa y francesa, cariñosamente conservados durante cincuenta años. Memorista afortunado y observador sutil, mantuvo hasta los últimos días el recuerdo de sus lecturas, como también de los detalles de la crónica social y política de Buenos Aires, que oyó referir en la infancia, y de los sucesos en que tomó parte ó fué testigo involuntario. Abarcaba esa facultad preciosa de recordarlo todo, tiempos, hechos, lugares, nombres y números, hasta el punto de formar con su prolijidad, la desesperación de algunos especialistas en ciertos detalles, de los muchos que comprende tan importante potencia del alma humana. Valiase él de formas precisas y concretas para expresar rápidamente su pensamiento, sorprendiendo, de tiempo en tiempo, á los que no le conocían, con inesperadas y eficaces observaciones humorísticas sobre los hombres y las cosas.

Alejado sistemáticamente de los partidos militantes y de los hombres influyentes de la política, no fué Senador ni Diputado en su país. Pero en defecto de la senaturía y la diputación, desempeñó con rectitud de parte suya y aplauso de parte de los demás, los cargos de Juez de Comercio y de Presidente del Banco de la Provincia, habiendo, en un momento calamitoso,

comprometido su peculio, por salvar el crédito de esta institución, amenazado de falencia por el retiro de los pequeños depósitos, provocado por un periodista malévolo. Cúpole también el honor de formar parte del primer Congreso Católico Argentino, reunido en la ciudad de Buenos Aires. No porque él buscara la sombra para sí, fué adverso al progreso moral y al adelanto material, negándoles el concurso eficaz de su inteligencia y de su capital. Acreditando el alumbrado de la ciudad, cuya Empresa iniciadora salvó de la bancarrota, y la fundación de escuelas y colegios en que se enseña á conocer y amar al autor de la naturaleza.

Dominábale como padre un amor acendradísimo pero egoísta por sus hijos, que alguna vez le valió reproches de los mismos. Pero ese instinto paternal y amoroso en sumo grado, que le conducía, naturalmente, á preocuparse de las operaciones de todos ellos, en el comercio, las letras y la vida pública que abrazaron, no le cegaba al juzgarles, porque procedía, hasta en esto, con ánimo recto é independiente. Plácese y reproches suyos fuéronme provechosos, porque me enseñaron á desconfiar de mí mismo. Desde que empecé á estudiar, pensar, escribir y viajar, busqué siempre su unción en lo religioso, sus lágrimas en lo tierno, su entusiasmo en lo patriótico, su hilaridad en lo cómico, complaciéndome, sobre todo, su aprobación, enti-

biándome, á pesar de la opinión de los demás, su frialdad ó su indiferencia. Era mi padre mi refugio cuando me consideraba maltratado, y adquiría cierta fiereza cuando él protestaba conmigo de la injusticia que me hería. Las dulces emociones de su espíritu cuando veía bien puesto el nombre de alguno de sus hijos, me han infundido una sensibilidad parecida, que me vanaglorió de experimentar en presencia de los actos nobles ó inteligentes de mis hermanos.

Formado mi padre de la materia frágil de los humanos, tuvo defectos comunes á todos los mortales, en mayor ó menor grado; pero favorecido su espíritu por la fe, tuvo también méritos raros en épocas de inconstancia, egoísmo y descreimiento. Asaz independiente é ingenuo, no disimulaba los arranques de su temperamento nervioso, pero sabía ocultar las prendas de su corazón, que vibraba, como campana bien templada, al contacto de la mano trémula del infortunado. Bajo aparente hielo, ese corazón palpitaba ardoroso, dilatado por la caridad, madre amable de todas las virtudes. Como el agua en la roca, como el oro en el cuarzo, iba con él ese sentimiento nobilísimo, que le impulsó á radicar en Buenos Aires el instituto de las hijas de la caridad de San Vicente de Paul, á fundar escuelas, á sostener en apartado pueblo la visita domiciliaria á los enfermos y á difundir la acción de los misioneros, sin perjuicio de

abrir su bolsa diariamente á los pobres, que no pueden extender su mano al transeunte. Labró él en silencio, como la abeja, la miel que endulzó sus últimos acerbos dolores, y la cera que ardió en sus exequias, simbolizando la eterna claridad. Todos los defectos que agranda el farisaísmo y perdona Aquel ante cuya misericordia hasta la culpa es pequeña, desaparecen en presencia de una muerte santa, en que el alma se purifica, como el metal en el crisol, por el dolor y la paciencia.

Una de las preocupaciones constantes de mi padre consistió en que sus hijos creyeran en los misterios de la religión, obedeciendo á los dictados de la fe y del entendimiento. Por eso, en tierna edad, descubrimos la grandeza del pensamiento y la belleza del simbolismo del ritual católico, cuya poesía admiramos en las mejores obras de Bossuet, Massillón, Chateaubriand y Balmes. Juntos asistimos, desde que podemos recordarlo, á las fiestas modestas de nuestros templos, y presenciarnos después el desarrollo del esplendor que ahora revisten, y cuya acabada y última expresión, ha sido la solemnidad del año pasado en la Villa de Luján, con motivo de la coronación de la efigie milagrosa de María, en la cual tomó activísima parte, pudiendo decir, al apagarse el eco de los cánticos de millares y millares de fieles congregados, como que había formado uno de los

anhelos constantes de su laboriosa existencia: « ¡ Ahora puedo morir en paz! »

Como el espíritu de mi padre no flaqueaba, ni decaía su autoridad, ni le mezquinábamos infantil obediencia, creíamosle joven todavía, y niños nos reputábamos á pesar de que el cabello se nos blanqueaba con la nieve del tiempo inclemente. El vendaval ni doblaba ni tronchaba aquel árbol añoso, á cuya sombra nos reuníamos buscando aliento en la flaqueza y consuelo en la tribulación. Padre rígido con sus hijos, abuelo benévolo con sus nietos, crecieron como flores, á raíz de ese tronco, los renuevos del olivo, los descendientes de mis hermanos. Fuéronle los nietos el último encanto, el postero de sus amores, porque hasta en los últimos días prefería sus cuidados, hallando en cada uno de ellos un mérito particular. Tanto afecto halló en los nietos merecida recompensa, habiendo uno de ellos, Angel, según la expresión del poeta Guido, depositado la mejor flor sobre su sepulcro. En una de las tristes noches de su enfermedad, fué bautizado, entre suspiros y lágrimas, su primer biznieto, supliéndole en la Pila uno de sus hijos mayores.

Cuando el pasado estió declinaba, comenzó á declinar mi padre también. Llevaba oculta en el pecho una enfermedad que le entorpecía la circulación, y que él tomó por síntoma de otra que temía. Presintiendo su fin, buscó el templo,

como el ave que presagiando la tormenta buscaba en el mismo Santuario el reparo del nido labrado en alguna de sus cornisas. Pasaba bajo las bóvedas santas largas horas, en el sitio en que acostumbraba orar, preparándose para la muerte. Terminadas sus plegarias, con los ojos fijos en el camarín, comprobaba el desarrollo de la devoción á la Virgen de Luján, contando el número de peregrinos que diariamente acudían. Cuando apagados los cirios del altar y disipado el humo del incienso ofrecido en el Sacrificio, nadie le perturbaba, la soledad del Santuario debía reproducir ante su imaginación la soledad de la tumba. Al empezar la Semana Santa, que siempre aguardaba con cristiano interés, me escribió José Manuel que las fuerzas de mi padre declinaban visiblemente. Fui á la estación del camino del Oeste á esperarlo, y al recibirle en el andén con los brazos abiertos, comprendí que mi hermano no se había equivocado. Venía herido en el corazón é iba á caer, en cristiana y varonil actitud, en el hogar de sus mayores. No nos separamos un punto en aquella primera semana, preludio de los dolores y angustias de las últimas. Se hizo leer los salmos de David, las lamentaciones de Jeremías, y hasta el modesto artículo que todos los años consagro á la muerte del Salvador. Fuerte el espíritu, abatida la carne, trató, con energía inaudita, de sobreponerse á la enfermedad. Más activos que yo mis

hermanos, se consagraron por entero á la tarea de asistirle, compitiendo con ellos sus hijas políticas, sus nietos, sus sobrinos, sus parientes y algunos de sus amigos. Cuando pasaba el día somnoliento, solía despejarse al declinar la tarde. Hacíale la guardia durante la primera hora de obscuridad, discurriendo con él sobre tópicos simpáticos, recibiendo encargos y recomendaciones para después, y repitiéndole la oración del *Angelus*, que rezaba fervorosamente todas las noches. Mortificado por la falta de aire en los pulmones, lacerado por los edemas, martirizado por las vigiliass, no dejó escapar una queja, interesándose solamente por conocer el término probable de sus días, que esperaba vigilante. Rechazaba los narcóticos, porque le empobrecían la luz de la razón, encontrando entorpecidas sus facultades al despertar del sueño forzado de la morfina. No hay necesidad parecida á la del descanso, pues el sueño es superior á los dolores físicos y hasta al horror de la muerte. Pruébalo el dormir el condenado en la capilla, sin que le despierten los golpes del martillo del verdugo al armar el patíbulo. Los judíos ministraban á los crucificados una porción enervante de vino y mirra, que Jesús rechazó cuando se la ofrecieron, para cumplir en sus ápices la voluntad del que le enviaba, y ponderar quizás la gracia de la lucidez del espíritu en el último momento de la vida. Creyentes

de su escuela, no le contraríamos la resolución firme de padecer sin lenitivo algunas horas más, para entrar con la mente despejada en el reino de la paz, purificada el alma por el dolor y la resignación cristiana. No es posible comparar la entereza ficticia del condenado á muerte, con el valor sereno del que, favorecido por la gracia, afronta sin ostentación, como antes, penas, peligros y vicisitudes, las sombras del sepulcro, repitiendo con el sacerdote las oraciones de los agonizantes. En esta situación, el temor desaparece, la esperanza renace y la tiniebla se disipa, absorbida por las claridades del cielo entreabierto. Descargada de su pesadumbre la conciencia, fortalecida el alma por el pan de los espíritus fuertes, ungido el cuerpo con el óleo de los moribundos, oyendo devotamente la Santa Misa, repitiendo el himno que Moisés compusiera al dejar la tierra del cautiverio, y el cántico con que Habacuc saludara la perspectiva de la tierra prometida, sucediéronse los desfallecimientos y los vértigos, de los cuales volvía infundiendo en los que le rodeaban otra vez la alegría, otra vez la esperanza, hasta que llegó la octava de la fiesta de Nuestra Señora de Luján, al pie de cuyo altar hermanas de la caridad, misioneros, pobres, ricos, adultos y niños, habían elevado fervorosas é interminables oraciones, pidiéndole lo que más conviniera á su siervo enfermo. Un amigo nos dijo después,

consolándonos, que María lo aguardaba en aquel día, abrumado de dolores, como un año atrás lo viera cargado de ofrendas.

La habitación alumbrada por indecisa luz, el altar en el fondo, el crucifijo entre dos cirios encendidos, la ventana que da al jardín entreabierta, el lecho en el centro de la alcoba, y á uno y otro lado hijos, hijas, nietos, sobrinos, parientes, religiosos, amigos y criados arrodillados, disputándose las manos del moribundo para besárselas. Mi padre, sostenido con almohadas, acentuado el perfil aguileño del rostro, afónica la voz, despejado el entendimiento, inteligente pero fatigada la mirada, con la frente y las manos bañadas de denso y frío sudor, respiraba dulcemente el ambiente saturado de oxígeno artificial, y repetía algunas palabras de las oraciones del sacerdote que le auxiliaba en el trance solemne de la muerte.

Sucedían al sacerdote las hijas en la piadosa tarea de confortarle con las jaculatorias de la Indulgencia Plenaria de S. S. León XIII, que él sostenía con una de las manos, mientras que con la otra estrechaba el crucifijo, que de tiempo en tiempo le aproximaban á los labios. Así pasó la noche, sumergido en ese estado angustioso que Jesús probó en el Huerto de los Olivos y en el Monte Calvario. Amaneció el día nublado, lluvioso. El viento entre los pinos del jardín y el Plata en su cuenca,

agitado, como siempre que se han encendido lámparas fúnebres en aquella morada, acompañaban con sus rumores melancólicos las plegarias de la familia y las oraciones de las hermanas de la caridad. Algo parecido á la nube que oculta momentáneamente la luz de un astro, pasó, entenebreciendo sus facciones, por el rostro del agonizante, dejando en pos de sí, al disiparse, descubierta la rigidez del cadáver. La última acción de mi padre querido había consistido en atraer á su corazón casi inerte el crucifijo, y su última palabra había sido el nombre de Jesús, balbuceado con labios trémulos y helados. Sorprendidos por el fenómeno de la muerte, á pesar de esperarlo por instantes, un espacio de asombro precedió á la escena más desgarradora. Todos, todos los presentes se precipitaron sobre el cadáver, cubriéndole de lágrimas, de caricias, de besos y de adioses, llamándole al unísono padre querido.

Envuelto piadosamente en la mortaja de los hebreos, fué transportado de seguida al salón, convertido en capilla ardiente, donde le velaron sacerdotes de varias congregaciones, deudos, amigos y vecinos, que pasaron la noche orando, mientras el viento y la lluvia batían los cristales de las ventanas. Desde que alboreó con lentitud la mañana, hasta casi mediado el día, celebróse Misa en el altar improvisado por mi hermano Narciso. Fueron su entierro una ova-

ción, y sus exequias una apoteosis cristiana, tomando parte en ambos actos todo lo que queda de más honorable de la antigua Buenos Aires, y todo lo que hay de expectable en la moderna ciudad natal de mi padre.

Pero todas las demostraciones en favor suyo, desde el servicio ejemplar del médico, hasta el homenaje leal del amigo, fueron extremadas en los honores que la Villa de Luján consagró á la memoria del benefactor de sus pobres. El retiro de Luján constituía la delicia de mi padre. Formada la vida de muchos días amargos y de pocos venturosos, uno de éstos basta, sin embargo, para relegar el olvido de todos aquéllos, como la proximidad de la tierra solamente devuelve al viajero entera la alegría perdida en la travesía penosa del mar. Luján disipaba en la memoria de mi padre el recuerdo de los malos momentos, de tal manera, que los que allí le conocieron no se dieron cuenta cabal de sus afanes, porque no vieron de él sino la parte expansiva y generosa, despojada hasta de la sombra de las contrariedades que, como á todo ser humano, obligábanle á pasajera misantropía. En aquella casa, que su voluntad convertirá en propiedad de los pobres de la Villa, rodeado de todos los objetos de su cariño, hijos, nietos, sacerdotes, hermanas de la caridad, ninguna importunidad le inquietaba, ninguna queja nos privaba de sus sonrisas. Concentrados allí en

espacio reducido, íbamos á sentir más que en cualesquier otro sitio el vacío de su ausencia. Por eso permanecimos callados durante el viaje, y pisamos sombríos la Estación, que antes cruzábamos ligeros para encontrarle lo más pronto posible. Reuniéronse en el templo todos los que en Luján le conocían, y todos los que no le habían tratado, grandes y pequeños, ricos y pobres, es decir, la Villa entera. Desfilaron cabizbajos delante de los hijos llorosos, que fueron instintivamente á refugiarse en la casa de su padre. Encontramos en el patio, cubierto con las flores muertas de la enredadera marchita, el fiel servidor del finado, que nos aguardaba conmovido, la casera que nos esperaba llorando, y la casa vacía, tal cual quedó el último día que alojó á su dueño, hablándonos con el lenguaje mudo de las cosas, de la tristeza presente del sepulcro, contrapuesta á la alegría pasada del hogar. Más nublados los ojos que el cielo plomizo de invierno que nos cubría, empeñado, al parecer, en asociarse á la pena de los hijos desolados, abandonamos el doméstico recinto, yendo á encontrar nuevas y desgarradoras emociones en la residencia de las hermanas de la caridad. Seis nos recibieron con la lengua atada por el dolor y los ojos llenos de lágrimas. Algunas de ellas, alejadas voluntariamente del país natal, y otras arrojadas de la patria por la voluntad

despótica de los hombres, amaban á mi padre como á un amigo hospitalario, más aún, como á un hermano mayor, afortunadísimo de ayudarlas á sobrellevar sus trabajos y ensanchar la esfera generosa de la caridad cristiana. Condujéronnos en silencio por los patios desiertos, hasta la capilla en que él oraba algunas veces, ante el altar de Nuestra Señora de Lourdes que acostumbraba contemplar, cuando recorría el jardín, y á la sala de la quiete en que solían recibirle, departiendo allí algunos momentos con las hijas viajeras y desterradas de San Vicente de Paul. Pero todavía no estaban agotadas las escenas destinadas á probar nuestro corazón. El Cura en la Casa Parroquial y el doctor Fernández en su morada, nos aguardaban con el corazón y los brazos abiertos. Fueron tantos los sacudimientos de aquel día inolvidable, que llegamos á desear que terminara, como al fin sucedió, apenas echó á andar pesadamente el último tren que tomamos en la Estación. Luego que ocupamos nuestros asientos reservados, las sombras descendieron sobre los campos, invadiéndonos á todos la melancolía. Pensamos, simultáneamente, sin habernos comunicado, en la inestabilidad de la existencia, recordando que veinticuatro horas después de los funerales del padre, habíamos devuelto el pésame á la familia de un amigo que compartió nuestro quebranto. Visitando hoy, día de San Vicente de Paul, el

colegio de sus hijas y el asilo de mendigos de Montevideo, recordé uno á uno tantos otros como éste pasados al lado de mi padre en el seno de la comunidad de su predilección, y con la ternura provocada por las dulces reminiscencias de las hermanas, acudieron otra vez á mi memoria las reflexiones que pusieron fin á la jornada, á la par que triste, consoladora de Luján.

La naturaleza disgrega con el viento las arenas del desierto, remueve con los terremotos las piedras de las montañas, y separa con la muerte al hombre de la sociedad y del hogar doméstico. De una parte el encontrar vacía su silla en la mesa y desocupado su sitio en la tertulia diaria, y de otra la separación natural é inevitable de los miembros de la familia, obligada por las leyes de la herencia, me han alejado, antes de acostumbrarme á la soledad que experimenta mi corazón, de la morada de mis abuelos, llena de memorias queridas, que sólo la muerte puede desprender de mi naturaleza. En esa casa, situada en la margen del Plata, que se domina desde el terrado en que hemos jugado, cuando niños, mis hermanos y yo, se han deslizado insensiblemente los mejores años de mi vida y he visto encanecer uno á uno los cabellos de mi cabeza abatida por el dolor. Como las ramas de los cipreses y las pencas de las palmeras del jardín murmurarán mientras haya viento de la pampa ó del mar que las

agite, las cuerdas de mi corazón no dejarán de gemir al pie de los muros de esa casa, mientras haya en él un soplo vital que evoque sus caras memorias. Deseo vivamente pasar los últimos días sobre la tierra, inmediato al sitio en que murió mi padre santamente, escuchando con la imaginación el conocido acento de su voz, mezclado con el murmullo de las olas, el canto de las aves y el rumor de los árboles que deleitaron poéticamente mi fantasía cuando era niño y soñaba. ¡Cómo olvidar á quien me inspiró el amor de Dios, de la patria, de la familia, del deber y de la libertad, infundiéndome, con la esperanza inconvencible en el advenimiento final de la justicia desconocida, más respeto por el derecho vencido que por el éxito predominante! ¡Ah, mi padre!... por primera vez al regresar mañana no te encontraré en casa, ansioso de escuchar las narraciones serias ó festivas de mi breve viaje... Después que te fuiste he pasado un día abatido por esa enfermedad en que á veces caigo y reacciono en pocas horas, y he podido darme cuenta de cuánto valía tu presencia para mí, ora me atendieras, ora me confortaras... Consígueme, si puedes, la fecundidad del sentimiento para llorarte, que prefiero las lágrimas á la sequedad del corazón... Sobre todas las brumas del pensamiento, veré flotar siempre tus cabellos blancos; sobre todas las borrascas del corazón, veré asomar siempre tu

mano para bendecirme... ¡Guárdame, padre, le fe que me infundiste con la primera oración que me enseñaste, para morir como tú, purificado por el dolor y acrisolado por la resignación cristiana!



EL TENIENTE GENERAL PEDERNA

EL TENIENTE GENERAL PEDERNERA

CUANDO el patriotismo ha descendido del nivel que le marcaban en este país las cimas más elevadas de los Andes, holladas por las plantas de San Martín, hasta buscar fatalmente el de los valles más hondos, la desaparición de aquellos que encarnaron el valor, la abnegación y el desinterés argentinos en los tiempos heroicos, asume el carácter de una calamidad nacional. Para justificar este aserto detengámonos un momento ante lo único que nos queda del general don Juan Pedernera, y que la tumba espera con ansiedad, como para demostrar que la muerte no respeta ninguna cabeza.

Iba con el siglo, pero no ha llegado con su contemporáneo al término de la jornada, como prometían, hasta hace poco, la inteligencia

clara, el corazón sano, la salud completa del esforzado adalid. Nacido en el Morro, pueblo reducido de la Provincia de San Luis, los albores de la independencia sorprendiéronle en los albores de la existencia. Los juegos de su infancia consistieron en riñas por la patria, porque en las guerrillas que simulaba con sus compañeros de escuela, estaba siempre en el bando de los nativos contra el de los realistas. Una mañana, al entrar en los diez y seis años, arrojó la gramática latina que cursaba en el aula franciscana de Mendoza, y corrió al Cuartel de los Granaderos á Caballo, que se alistaban para escalar los Andes, á ofrecer sus servicios al coronel don José de San Martín.

Soldado distinguido en 1815, cadete en 1816, alférez en 1817, teniente en el mismo año, ayudante mayor en 1821, capitán en 1822, sargento mayor en el mismo, coronel en 1828, coronel mayor en 1831 y brigadier general en 1855; los Andes, Chacabuco, Cancha-Rayada, Maipú, Bío-Bío, Lima, el Callao, Ica, la Tablada, Oncativo, Famaillá y Jujuy, explican los ascensos de Pedernera, agraciado también con la medalla de Chacabuco, el cordón de Maipú y la medalla de oro que el Supremo Protector del Perú, concedió á los jefes del ejército libertador.

Vémosle lidiar en la cuesta de Chacabuco en 1817, envuelto en el polvo glorioso de la infausta noche de Cancha-Rayada, coronado

por la victoria en 1818 en el llano de Maipo, y después en 1819 combatir en Bio-Bío, formar parte de la expedición á Perú, concurrir al primer sitio y asalto del Callao y á la defensa de la ciudad amenazada. Contemplámosle también en el segundo sitio de la plaza nombrada, y en 1822 en el combate de Ica, arrollando con treinta húsares una división de infantería y caballería. San Martín mismo le concedió por esta acción el grado de Sargento Mayor. Incorporado en 1823 á la división expedicionaria del Alto Perú, embarcóse después de derrotado Santa Cruz, con los restos de los lanceros y los húsares. Á poco andar apresaron los españoles el buque que los conducía, llevándole prisionero á Chiloé. Un año después, burlando la vigilancia de sus guardianes, tornó á incorporarse á las filas del ejército libertador del Perú. Peleó en la Legua, en el mismo año, y en 1825 cayó exánime del caballo, en las portadas de Lima, mortalmente herido, en la jornada de Miranave. Restablecido aquel que, como el paladín del romancero, no tenía más arreos que las armas, ni más descanso que el pelear, volvió á tomar parte en el sitio del Callao, hasta la rendición de Rodil.

El rumor de las armas que vencieron en los campos de Ituzaingó, no dejó quieto en su vaina el sable del guerrero de Chacabuco. Pasó los Andes otra vez y llegó tarde, porque no pudo

conseguir palma de vencedor ó de mártir en la gran batalla.

Encendida la guerra contra la tiranía, San Roque, la Tablada, Paso Hondo y Oncativo, presenciaron sus hazañas, referidas con aplauso por el general don José María Paz en sus conocidas Memorias. Terminada la guerra, volvió á desandar el camino del Perú, brillando el acero que llevaba al cinto en Guailacucho, Guía y el Puente del Buin. El esfuerzo del general don Juan Lavalle por libertar á la República Argentina de la ignominia de la tiranía, encontró en él un cooperador apasionado. El biógrafo del infortunado general enumera sus proezas en Famaillá, y describe con palabras que arrancan lágrimas, la piedad de aquel grupo de derrotados que, con Pedernera á la cabeza, llevó de Jujuy á Bolivia, perseguido constantemente, los restos del prestigioso caudillo de tan gloriosa como desgraciada campaña.

Pedernera regresó al Perú, desde donde, amado y respetado por todos, vió caer la tiranía y renacer la abatida personalidad de la nación argentina. La Provincia de su nacimiento, eligióle senador al Congreso en 1855, proporcionándole así ocasión propicia para regresar al país natal. El Gobierno le confió el mando de la «División Sud», encargándole la custodia de la frontera de Córdoba y San Luis. Una de sus primeras medidas consistió en avanzar las líneas

de fronteras, fundando, en seguida, en dos puntos cubiertos de algarrobos y caldenes, los pueblos «3 de Febrero» y «Mercedes», cuya prosperidad actual demuestra la previsión de quien abrió sus cimientos en el desierto. Después de la batalla de Cepeda, volvemos á encontrarlo, circunspecto y caballeresco, en medio de la comisión encargada de arreglar las cuestiones de la Confederación con Buenos Aires, tarea terminada con el pacto llamado «11 de Noviembre». Electo en 1866 Vicepresidente de la Confederación, tocóle con los últimos disparos de Pavón, disolver el gobierno de que formaba parte, evitando, á la vez, la guerra civil y sacrificios estériles para los vencidos. Su conducta le atrajo la enemistad de los amigos intransigentes, que exigen á los mandatarios más de lo que su inteligencia y su conciencia les aconsejan hacer, cargando noblemente con la responsabilidad de sus actos. Nosotros no diremos si Pedernera hizo bien en buscar en el Paraná la unión nacional, ó si hizo mal en no venir á Buenos Aires á trabajar en pro de ese deseo común de los buenos argentinos. Pero confesada la sinceridad de sus opiniones, y el conocimiento escaso de los sucesos que motivaron el divorcio de Buenos Aires, por causa del alejamiento, nadie le reprochará con acrimonia que buscara el triunfo de la nacionalidad donde creyera encontrar los ánimos mejor dis-

puestos en favor de su designio. El vencedor de Pavón, á quien entregó el mando sin remordimiento ni encono, hizo justicia al noble soldado, y le facilitó los medios de regresar al Perú, cuyo Gobierno, sabedor de lo que ocurría, puso también, al efecto, y á su absoluta disposición, una nave fletada por el Plenipotenciario Seoane. De regreso en el Perú, fué agraciado por una pensión vitalicia, cuyo monto era igual al del sueldo de los miembros del Superior Tribunal de Justicia. Pedernera pasó muchos años en esa República, hasta que, borradas por el tiempo las preocupaciones políticas, regresó á esta ciudad de Buenos Aires que tanto amaba. Recién entonces los que en virtud de los pocos años, prestábamos oído á los juicios exagerados y hasta calumniosos, pudimos apreciar debidamente las prendas de Pedernera.

La grandeza del ideal patriótico ha constituido el fundamento del carácter de los héroes de la independencia americana. La virtud sofocó en su pecho los celos de la profesión militar. Pedernera, seducido por la inteligencia y la audacia militar del general San Martín, lo amó más que á los demás hombres, sin desconocer nunca el mérito de ninguno de los que fueron instrumentos de su genio y de su valor. Es verdad que la cultura constituyó el rasgo distintivo de su persona. En la época heroica todos los patriotas eran hermanos, que exaltaban los

méritos y escondían los defectos comunes. Tratado duramente durante ejerció la presidencia de la República, antes de la victoria de Pavón, nadie le oyó protestar contra la intransigencia del partido contrario, ni sincerarse de cargos absurdos. Le bastaba la convicción universal de que un prócer de la independencia americana, en la verdad ó en el error, no podía abrigar pensamiento encaminado á la desventura ó á la ignominia de la patria.

Se ha dicho que la virtud y el defecto principal de los argentinos, consiste en la falta de memoria, pues olvidan lo mismo lo bueno que lo malo. Tan poderosa y firme era la memoria de Pedernera, que anciano y postrado, repetía, sin equivocarse, la lista de revista de su gloriosa compañía del Regimiento de Granaderos á Caballo. Pero esa potencia del alma, que nos obliga á pensar en lo bueno y en lo malo, estaba contrapesada en él por la tolerancia, que influye en la voluntad hasta el punto de que olvidemos reflexivamente. Atestiguaba en favor de esta hermosa actitud de su carácter, la circunstancia de que la larga guerra de la independencia americana, no dejó en su ánimo esa especie de escoria de las pasiones, que se traduce en conceptos desdeñosos del adversario. De la misma manera que muchos veteranos españoles, vencedores ó vencidos, manifestaron siempre por los

patriotas una admiración que era á la vez tributo justiciero rendido al valor de su propia raza, él no desaprovechó oportunidad de encomiar las hazañas de los que en noble y franca lid, lo hirieron tantas veces en el campo de batalla, sin abatir los bríos de su espíritu, que ha conservado hasta el último momento de la existencia.

Anciano octogenario, vímosle, cuando Chile amenazaba la integridad de la República Argentina y la independencia del Perú, buscar instintivamente, con mano temblorosa, en el costado izquierdo, el sable de Putaendo. Cuando el ejército chileno entró en Lima, emprendió de buenas á primeras, con decisión y actividad juveniles, un viaje á la capital del Perú, para regresar en seguida, trayendo una familia numerosa, á la cual la guerra había arrebatado comodidades y rentas. Con tierna y discreta solicitud buscó aquí trabajo, posición y carrera, á sus excelentes nietos. Podría haberseles aplicado este concepto de la Iglesia en la ceremonia del altar, en el primer día que la luz sorprendió dormido al General: «el anciano llevaba al niño, y el niño era el guía del anciano». Ocupado todavía de los últimos detalles de aquella noble tarea, que, por decirlo así, ha visto coronada, ha fállecido de la muerte natural de la lumbre que se apaga poco á poco, por falta

de combustible en la lámpara para alimentar la llama.

El biógrafo de Pedernera recordará con entusiasmo, entre los actos postreros del guerrero de la independencia, la pública protesta rechazando la pretensión de una asociación política, que sin contar con su voluntad trataba de prestigiar con su nombre y el de los demás guerreros de la independencia, una candidatura á la presidencia de la República. Había vivido combatiendo la influencia de los gobiernos hereditarios en América, y aun cuando, durante largos años, pudo creer que había desaparecido, cúpole entonces la triste suerte de verlos nacer aquí disfrazados de republicanos. ¡Si el cielo, para probar nuestra fe política, nos condena á retroceder hasta 1810, que al menos nos infunda para combatirlos el ardor y la repugnancia que les tenían los héroes de Chacabuco y los vencedores de Ayacucho!

Empujado por el tiempo hacia la eternidad, cayó al fin Pedernera en el lecho del dolor, de cuya almohada creímos, sus amigos, que no levantaría la cabeza. Pero él se alzó con la antigua entereza, para arrojarse en brazos de la religión. Confortado por los Sacramentos, luchó y venció la enfermedad, para entrar después á pugnar con los años que le abrumaban, afrontando, finalmente, la muerte con la sere-

nidad con que la desafiaba en otro tiempo, amenazado por la inclemencia de la naturaleza y la espada del enemigo, en homéricos combates. Desde el lecho, que todavía no se ha enfriado, recordó tranquilamente que el hombre necesita un techo, el soldado una tienda y el cadáver algunos palmos de tierra para esconder la corrupción de la carne. Quiso comprar para su cuerpo y el de los suyos perpetua sepultura, y la Municipalidad cedió gratuitamente pocos metros de tierra argentina, á quien mucho espacio le habría tocado en un reparto proporcional de la que nuestros padres libertaron y conquistaron á la posteridad.

Cuando anoche veíamos extinguirse apresuradamente la vida del guerrero invicto, y compendiado en un suspiro dulce y prolongado, exhalarse el resto que le quedaba en el pecho de aquel aliento que tantas veces repitiendo ó dando voces de mando, despertó los ecos de los Andes, recordábamos que modesto y reservado por naturaleza, aspiraba, no obstante, en sus últimos años, al aprecio de sus compatriotas, mostrándose conmovido por la menor distinción de que le hicieran objeto. No entraba la vanidad, seguramente, en esta satisfacción, hija exclusiva del sentimiento paternal. Corona apetecida de la ancianidad es el amor de sus descendientes. El general Pedernera era uno de los

padres de la patria argentina. ¡Acerquémonos, pues, á su sepulcro, bendecido por la Iglesia de su comunión y honrado por el Gobierno de su patria, ante el cual mañana se inclinará la América entera, y cual hijos, no como jueces, ni siquiera como compatriotas, cubrámosle de laureles bañados en lágrimas!



DOMINGO SARMIENTO

DOMINGO SARMIENTO

(CAPÍTULO DE UNA BIOGRAFÍA)

SOLAMENTE el deseo de complacer al padre adoptivo de Dominguito, (lo llamaremos como él) puede impulsarnos á poner la mano en este libro, dictado por el cariño más acendrado. Aun cuando un sentimiento afectuoso nos aproxima al muerto, nuestro cariño no puede compararse al dolor de las entrañas del anciano que le llamaba hijo. Parecerán pálidas las tintas de nuestra paleta, por la intermediación de los cuadros del biógrafo, cuyo colorido vivísimo recuerda el empaste vigoroso de Leonardo de Vinci. Complácese el narrador en las páginas anteriores, describiendo con tinta, aguada algunas veces por las lágrimas, los detalles de los primeros años de Dominguito. La enseñanza de las primeras letras, el desarrollo de la curiosi-

dad del niño, la impresión que le causaban los espectáculos de la naturaleza, los juegos en la quinta de Yungay, el paso de la Cordillera, ebrio de sueño al terminar la primer jornada, la vuelta del Cabo de Hornos, rodeados de circunstancias interesantes, sirvenle para esbozar el carácter de Dominguito, que abrió los ojos viendo y empezó la vida pensando. Podría compararse la inteligencia de este ser favorecido por la naturaleza, á esos árboles frondosos de América á quienes se ve crecer todos los días. Pichón implume todavía, mesuraba con las alas el espacio, que tantas veces había atravesado de un volido el condor de los Andes sanjuaninos.

Esta naturaleza tenía por motor el entusiasmo, que debía ser la causa de su gloria y de su muerte. Todo era en ella rápido y decisivo. Quiso aprender á leer á los tres años de edad, y aprendió á leer de corrido. Ya adolescente, su movilidad recuerda la inquietud del mercurio vivo. Contemplándolo en los últimos años de su vida, encerrado en el círculo de las conveniencias sociales, podríamos compararlo también á esa misma substancia, gravitando firmemente, por razón del peso, dentro el tubo de cristal del termómetro. La transformación del joven ligero en hombre grave, operóse en él maravillando á todos, como si ante nuestra vista se cambiase, en el ánfora que lo contiene, el Champagne espumante en vino generoso. Desde entonces la

patria se reflejó en su corazón como el cielo en el agua, con sus luces y sus sombras. Parecía destinado á encarnar todas las aspiraciones populares en los clubs, en los campamentos y en las universidades.

Pero no nos adelantemos, que hay tiempo de sobra para llorarle. Cuando los padres de Dominguito dieron por llegada la oportunidad, pusieronlo á pupilo en el Seminario, que, á la sazón, regentaba el benemérito sacerdote don Eusebio Agüero. Si en la mente de este niño no se hubiesen fijado las imágenes de las cosas como en el negativo de un aparato fotográfico, poco ó nada habría sacado en limpio de la enseñanza el travieso rapaz. Los libros científicos, que después fueron como compañeros inseparables del estudiante y del soldado, le eran antipáticos. Pretendía entonces distribuir la vida entre el placer y la pereza.

Don Domingo, que siempre ha entendido que el maestro es depositario de la autoridad paterna, veía en las travesuras del colegial verdaderos desacatos á la propia, que no le perdonaba á dos tirones. La madre estaba de continuo con el Jesús en la boca, esperando que á la penitencia leve del Colegio, sucediera alguna severa reprimenda doméstica. Pero el niño aun no podía tenérselas tiasas con el genio, y contaba con la mediación que sabemos. Cierta día un compañero hizo no sabemos qué mala jugada, y

Dominguito, esperándolo todo de la influencia de su nombre, trató de salvarle de la expulsión que le aguardaba, declarándose voluntariamente reo de un delito de que era inocente. No contó el pobre con la huéspedada: don Eusebio lo puso de patitas en la calle. Paso sobre paso, Dominguito se fué cabizbajo á casa, que al fin y al cabo es el único refugio que tenemos cuando se nos cierran las puertas de las demás.

Halagábale la esperanza de que lo que él creía noble desprendimiento, interesaría en favor suyo al padre, á pesar de ser inflexible en materia de disciplina escolar. También se equivocó esta vez, porque don Domingo no entendió de chicas y lo obligó á volver al templo de Minerva. Viólo partir la madre con el corazón oprimido, sabiendo que el niño no volvería á traspasar, de afuera para adentro, los umbrales del Colegio. Comprendiendo que Dominguito debía haberse echado á vagar por los alrededores de la casa, apenas pudo salir sin que se apercibiera de su ausencia don Domingo, tomó la calle por suya. No caminó muchas cuadras antes de encontrar al hijo pródigo. Condújolo á casa y ocultólo en el altillo de los muebles viejos, esperando ablandar al Rector del Colegio, y en último caso, que se aplacara don Domingo, que cuenta entre sus buenas acciones la severidad que desplegó con nuestro niño en la edad crítica del hombre. No cedió

don Eusebio, á pesar de conocer la inculpabilidad de Dominguito en la travesura, porque la falsedad generosa del muchacho, equivalía á desenfado, y cedió don Domingo, porque no había otro remedio que aflojar, poniendo cara de malas pulgas al mancebo.

Hay una laguna en la vida de Dominguito que tenemos que atravesar con los ojos cerrados. Ignoramos dónde y cómo terminó las Humanidades interrumpidas por la travesura del Seminario. El hecho es que él se las compuso de manera de ingresar en el aula de Derecho. Conocimosle entonces, y conservamos entre nuestros recuerdos placenteros los paseos por los canales de las islas del Paraná, cubiertas de frutales, de flores y de nenúfares. Divagábamos, dejando que la corriente arrastrara el bote indolentemente gobernado, soñando con los ideales de la juventud. La poesía del paisaje agreste y el perfume de los naranjos en flor, completaban la seducción, ejercitando su influencia en diverso sentido que las plantas del jardín de Margarita, conjuradas por Mefistófeles.

La nombradía formaba una de las ilusiones del joven Sarmiento, empleado, corrector de pruebas y estudiante á la vez. Había caído de pie en la Universidad. Amable, simpático, respetuoso con los que valían, alegre y travieso, hizo quererse de todo el mundo. Una de

las travesuras de esa época, consistió en la disolución de un agrupamiento de jóvenes reunidos para constituir un club racionalista. Sarmiento exigió maliciosamente que se definiera con claridad lo que debía entenderse por razón. Pródújose en el acto la confusión de las lenguas, y cada uno tomó las de Villadiego.

Cursó Sarmiento los primeros años de Derecho, sin que los resultados de sus estudios estuviesen á la altura de sus facultades nativas. Los compañeros suyos no achacan á desidia semejante contraste. El quid del fenómeno estaba en que el estudiante abarcaba más de lo que podía apretar. Hoy absorbía su atención la historia, mañana la filosofía, pasado la geografía. El último libro que cogía atraíalo irresistiblemente. Pero él se apercibió en el penúltimo año de Derecho que cursó, de que debía y podía alcanzar mejores clasificaciones. Desde ese instante no se ciñó al estudio del texto exclusivamente. Consultó todos los autores afines que tuvo á su alcance, y buscó un compañero madrugador que lo despertara al venir el día. Domingo Frías, convertido hoy en uno de los principales ganaderos argentinos, mereció de la madre de nuestro protagonista, la confianza de llevar en el bolsillo la llave de la casa. Era él quien lo despertaba todas las mañanas. Conserva aquélla los apuntes del hijo inolvidable, abandonados sobre la mesa al partir, y recogidos con amor,

para, recordando la posición que ocupaban, poder presentárselos intactos, en el mismo sitio, cuando regresara definitivamente de la campaña del Paraguay.

El Correo del Domingo, periódico literario y de variedades, fundado por don José María Cantilo, recogió las primicias literarias del malogrado joven que lloramos. Pero antes de pasar adelante, permítasenos consignar aquí un recuerdo amistoso á la memoria del señor Cantilo. Inteligente, laborioso, desprendido, merece la gratitud de la generación á quien dió buen ejemplo y abrió palenque para que probara la potencia de su entendimiento, demandando á cada uno de sus miembros lo que la inclinación ó el estudio podía sugerirle. Recorriendo la colección de *El Correo del Domingo* experimentamos una emoción indescribible, porque, como el rastreador de la pampa, reconocemos por las primeras pisadas, el peso de una gran parte de los hombres de letras con que cuenta hoy la República Argentina. No olvidemos que les sirvió de Mecenas el modesto semanario de don José María Cantilo. ¡Honor á la memoria de hombre tan virtuoso, de ciudadano tan intachable, de literato tan extraño á los celos de oficio y de edad!

Habíase dado á conocer Dominguito por la redacción del programa del «Club de Estudiantes», formado por lo más granado de la juven-

tud de Buenos Aires. Nombrósele Presidente de esta asociación, destinada á contrarrestar la política localista que asomaba la cabeza, formando uno de los matices más acentuados entre las opiniones que dividían á los hijos de Buenos Aires. Sarmiento opuso á los límites de la patria chica, delineándolos con la palabra, los límites de la patria grande. Este solo rasgo, citado por el doctor don Pedro Goyena, en el hermoso y patético discurso que pronunció en el momento de inhumar los restos del autor en el Cementerio de Buenos Aires, abrióle las columnas de *El Correo del Domingo*.

Asociado Dominguito al Instituto Histórico, fundado por el también malogrado doctor don Aurelio Prado y Rojas, incorporóse á él con una disertación sobre *La muerte de César*, tragedia de don Ventura de la Vega. Predomina en ese trabajo, publicado en el periódico de Cantilo, el criterio clásico y el respeto por la verdad histórica, ajena á infundadas preocupaciones políticas. La intención sana del corazón y la intuición clara del entendimiento, rectificaban en Dominguito las nociones apasionadas y falsas del medio intelectual en que vivía. Tanto la conferencia inaugural de los estudios constitucionales que leyó en el Club de Estudiantes, como esta disertación, demostraron que nutría su inteligencia con lecturas útiles y sabrosas. Hay en ambas piezas discre-

ción y seriedad de pensamiento, elegancia y sobriedad de estilo.

El estudio biográfico y crítico del poeta mendocino don Juan B. Godoy, publicado en tres números de *El Correo del Domingo*, que ha sido el archivo de los pocos trabajos que pudo escribir Dominguito, á la vez que el afecto por el compatriota desventurado, patentiza el amor al arte fecundo, que expresa melodiosamente elevados conceptos filosóficos. Quería él que la poesía diera flor y fruto. Destácase de ese estudio la figura del Juvenal de los Andes, encuadrada en un marco sin arabescos venecianos, pero reluciente y bien labrado. El ruido del tráfago habría sofocado la voz del niño, si hubiera pretendido hacerse oír, envuelto en un ambiente frío y sin vibración, como el que nos rodea ahora. Todavía en 1864 la literatura encontraba aire respirable. Por eso tuvo eco su trabajo. No abundaba tanto entonces la comodidad material, y se desdeñaba menos á los soñadores. Sólo una civilización antigua y poderosa puede mantener enarbolada la bandera del arte en los pueblos comerciales.

La última obra de Dominguito, y por cierto la que más llamó la atención, fué el juicio crítico que escribió para la edición argentina de *Paris en América*. Más adelantado en la lectura, más seguro de sí mismo, analizó rápidamente la obra de Laboulaye y dió cabal idea del libro

y de las instituciones americanas, contemplándolo todo con acierto, á vuelo de pájaro, porque le faltó tiempo para detener el paso. Admirase en esas páginas, elogiadas por el mismo Laboulaye, la aptitud rara y envidiable de resumir ó concretar bien lo que se lee ó se escucha. Dominguito percibía las cosas claramente y las ordenaba en su cerebro de modo de libar en ellas, como la abeja en la flor, el jugo que apetecía. Su introducción á *París en América* acabó de dar á conocer ese libro á la juventud inteligente, que, como los hombres sesudos, modificó, leyéndole, muchas de las ideas francesas que alojaba en la cabeza.

Las penalidades consiguientes á la dura campaña del Paraguay, no privaron á Dominguito de comunicarse regularmente con sus amigos y profesores. Calificóle el doctor Pinedo en una carta-respuesta que tenemos á la vista, de discípulo inteligente y de carácter sincero. Sería interesante reunir la correspondencia epistolar en que aquel espíritu original y aquella alma generosa, encontraron efusiva expansión. Dominguito entendía la amistad sin restricciones. En cierta ocasión, después de haber pasado dos días consagrado á la tarea de poner en castellano una pieza escrita en inglés, que debía figurar en un pleito, solicitado por un amigo necesitado, entrególe íntegra la retribución de su trabajo. Integras, también, en-

tregó á los que le eran simpáticos, las impresiones del campamento y de las batallas. Mientras militó en el Paraguay, escribió periódicamente á una persona de su íntima relación, la crónica y la crítica de la guerra. Las transcripciones de las cartas de Sarmiento, publicadas en *La Tribuna* de Montevideo, fueron adjudicadas á muchos de los jefes del ejército oriental. Para medir hoy la importancia de esos apuntes, sería necesario coleccionarlos en un tomo voluminoso, porque ocupan muchísimas columnas del diario nombrado.

Creyendo fácil y rápida la campaña, Dominiguito no se preocupó al partir sino de llevar guantes blancos para las entradas triunfales á las ciudades debeladas. Fallida su esperanza, decidióse á estudiar pacientemente el arte de la guerra, y con este objeto pidió y obtuvo numerosos tratados. Pero como el espíritu descansa cambiando de tarea, solicitó libros de historia, de derecho y de amena literatura, que el asistente que le servía transportaba, con dificultad, en la marcha de campamento á campamento. Ese espíritu no podía permanecer inactivo ó sumergido en la monotonía. La acción le fortificaba, y el cambio de tarea le encantaba.

Una comisión del servicio y la convalecencia de una enfermedad, trajéronle dos veces á Buenos Aires antes de morir. Todos esperábamos que la imaginación que lo había impelido

á buscar el esplendor siniestro de los combates, más allá de las fronteras de Corrientes, le detendría en Buenos Aires, convirtiéndolo en cronista de guerrillas y batallas, en que la palabra y la pluma suplirían el pincel de Salvador Rosa. Pero estos cálculos resultaron equivocados. El sentimiento del deber había entibiado al poeta, como poco después mató al hombre. Ni el amor, ni las súplicas de una madre, que parecía adivinar su fin, le detuvieron en el camino del sacrificio. Que esos clamores maternales encontraron eco en el corazón de Domingo, no obstante la resistencia que les opuso, demuéstranlo estos renglones de la última carta que entregó al correo la víspera del combate de Curupaití: «Escribo trepado en un enorme árbol, mirando hacia el enemigo, que tiene sus reales en una línea de montes no muy lejanos. Deseo los combates, los asaltos, porque después de ellos me tendrás á tu lado». El 7 del mes inmediato, volvió, en efecto, al seno de los suyos, pero de tal manera, que una columna truncada advierte al visitante en el Cementerio del Norte, que el capitán Sarmiento fué una esperanza malograda. Hirióle un soldado anónimo en el punto en que penetró á Aquiles la flecha de París, y murió desangrado como el héroe griego.

Llegaron los restos de los héroes de Curupaití en los vapores *Sussan-Bearu* y *Río de la Plata*.

Si no estamos equivocados, el primero condujo los cadáveres de Sarmiento y de Paz. La carga vino estivada de esta manera: los muertos yacían en la cala, los moribundos en la cámara baja, los heridos en la alta. Antes de llegar hasta donde estaban Sarmiento y Paz, los estudiantes de la Universidad y los miembros de la Comisión de Socorros, desembarcaron los heridos. El que abrió la marcha fué el general Rivas. ¡Día memorable! Fué el primero en que la juventud de Buenos Aires dió á la ciudad consternada el espectáculo de llevar sobre sus hombros las reliquias vivas de los combates librados en los bosques y los esteros del Paraguay, defendidos por la barbarie del tirano, las bayonetas de sus greyes y las epidemias mortíferas de los climas tropicales. Aquella procesión de ambulancias que recorría pausadamente el muelle de pasajeros, y al llegar al «Paseo de Julio» se bifurcaba en direcciones diversas, era á cada paso interrumpida por las familias afligidas de las víctimas, y las personas piadosas que pululaban, ofreciendo á los heridos cuanto podían necesitar en ese momento. Los gloriosos supervivientes de Curupaití preferían á todo llegar pronto á sus alojamientos. Recién á las cinco de la tarde y con el cielo tormentoso surcado por relámpagos frecuentes, la falúa de la Capitania del Puerto embarcó los ataúdes de Sarmiento y de Paz. Forrados de negro,

ambos llevaban, prendido al pie de la cruz de la tapa, un jazmín del Cabo marchito. Cayeron los remos de los marineros sobre las aguas del Plata, agitado como los corazones de los que tomaban parte en tan conmovedora escena, y la falúa se apartó del vapor que acababa de ser hospital y sarcófago. Con las vergas cruzadas y la bandera á media asta, quedó como envuelto en fúnebre crespón. Cuando llegamos al muelle, la generación de Sarmiento y de Paz, sus compañeros de Colegio y de Universidad, esperaban las cenizas de ambos con lágrimas en los ojos. Muchas damas y señoritas los aguardaban también con el pecho oprimido y las manos llenas de flores. Si el amor pudiera reanimar á los que murieron, Sarmiento y Paz habrían entrado por sus pies en la ciudad en que habían pasado las horas brillantes de su existencia breve. Al tocar tierra, la noche desplegaba sus cendales, y las nubes, contagiadas por el ejemplo de los habitantes de Buenos Aires, empezaron á llorar. Pasados los cuerpos á otros ataúdes, el de Paz fué conducido á su casa, y el de Sarmiento á la habitación del doctor don Guillermo Rawson, porque se temió que al infortunio de la pérdida del hijo, agregara la madre el infortunio de la pérdida de la razón. El padre no pudo escuchar los gemidos maternos, ni los lamentos de los amigos de Dominguito, ni contemplar la fisonomía tétrica del día en que entró inerte en la ciudad que le

vió partir, rebosándole el contento, al sacrificio y á la gloria. Él y su malogrado compañero, fueron arrebatados por la ola de los sucesos, que los devolvió también á la playa, como los restos de un naufragio. ¡Ahora reposan de sus nobles fatigas en el seno de la tierra de su predilección, por cuyo amor vivieron, por cuyo amor murieron!



APÉNDICE

JUAN B. ESTRADA

Buenos Aires, Marzo 20 de 1885.

SR. DR. D. JOAQUÍN REQUENA.

MI VENERABLE AMIGO:

LA conmovedora carta de usted, que he leído á toda la familia, me incita á hablarle del que inspira ahora tan nobles sentimientos, y dió lugar á solicitud y ternura tales, que si ellas bastáran para énnendar los defectos de la naturaleza, renovado por completo su enfermo corazón, habría desfallecido abrumado por la emoción del agradecimiento.

Juan disimulaba con la gravedad del continente, el alma pura é ingenua de la primera edad, del mismo modo que la corteza áspera de la almendra disimula la suavidad y dulzura del fruto. Por eso los niños y las flores eran objeto de predilección para el padre amoroso y el cultivador inteligente del jardín y del huerto de sus antepasados. Muchos le amaron solamente por haberle reconocido esposo intachable,

en tiempos en que la extrema fidelidad parece como desterrada del hogar doméstico.

Desde que, seis meses atrás, el oído perspicaz del médico escuchó, formulada por el ritmo alterado de su corazón, la sentencia de muerte que la naturaleza acaba de ejecutar, desechamos la ilusión de verle recobrar, si no la salud completa, siquiera una parte de la fuerza que se le escapaba; al menos la suficiente para conservar la existencia, aun cuando fuera penosamente. Veíamos que poco á poco perdía el apetito y el sueño, y que progresivamente también ganaba en espíritu lo que perdía en vigor. Clavado en el canapé, con el libro abierto sobre una silla, pasaba largo tiempo entregado á la lectura, que interrumpían las pláticas de sus allegados ó algún paseo dificultoso de cuarto á cuarto, ó, mejor dicho, de balcón á balcón, á contemplar los árboles ó las velas que se alejaban buscando otro puerto.

Así fueron corriendo los días de este último triste verano, hasta que ya apenas respiraba, dormía y se alimentaba. Un soplo de aire, una hora de descanso y algunos bocados servían de pábulo á aquella especie de lámpara agonizante. Puedo asegurarle, sin jactancia, que no sólo un hálito de mis pulmones, un momento de descanso y la mitad de mi fuerza le habría comunicado, sino que, de buen grado, le habría transmitido todo el aire, todo el reposo, todo el vigor de que dispone mi infecunda existencia. Muchas preces se dirigieron al cielo, demandándole la salud del triste enfermo. Pero estaba dispuesto lo contrario, operándose, sin embargo, un milagro mayor con la resignación ejemplar de aquel hombre

joven y robusto, rodeado de todos los objetos de su amor y de sus afanes.

Abrigando el convencimiento de la proximidad de su fin, Juan ha esperado el último momento, como el discípulo de Jesucristo, alejado voluntariamente de la familia y de la patria, escatimando primero, evitando después todo recuerdo, y hasta toda palabra que pudiera irritar el propio dolor y affigir á los suyos.

Debiendo hacer el mayor de sus hijos la primera Comunión en el Santuario de Luján, resolvió ir allá á disponerse para la partida. De esa manera, el hijo se habría acercado por primera vez á la mesa eucarística, y el padre habría recibido la última el Pan de los Ángeles, sintiéndose retemplados, al mismo tiempo, para emprender diferentes viajes, el que empezaba su camino y el que terminaba prematuramente su jornada. La enfermedad, que avanzaba por momentos, le impidió ir á Luján, y el 28 de Febrero, por la noche, abrazó á su hijo, convertido aquel día en tabernáculo vivo de la Divinidad. El niño conservó en el brazo izquierdo, hasta la hora de recogerse, el lazo blanco de los primeros comulgantes. Apresuróse el regreso á la ciudad de la familia dispersa, y el mismo enfermo designó el día y la hora de su Confesión, terminada la cual concertó con el Sacerdote la forma en que recibiría la Sagrada Comunión la mañana inmediata. Después de confesado, durmióse tranquilamente, y cuando despertó se entretuvo discurrendo con naturalidad sobre varios temas, describiendo también los progresos de la florescencia de una enredadera que había trasplantado de las islas del Paraná. Herido de muerte, con-

servó hasta el fin vigilante el ojo, diligente el oído, lúcida la inteligencia. Sucediéronse los consuelos religiosos y los sincopes mortales. En alguno de éstos asomó á sus pupilas, sin surcarlo las mejillas, aquella última lágrima que contiene la quinta esencia de la amargura probada en la vida, como la primera que vertemos al nacer contiene el presentimiento de los dolores desconocidos.

Juan aguardaba entonces los médicos con impaciencia, y los veía alejarse con desencanto. Las inyecciones de éter apenas le devolvían el calor vital, y las de morfina le concedían á medias reparador descanso.

Los facultativos, vivamente interesados en favor de un enfermo que resistía con tanto brío las asechanzas de la muerte, sólo podían proporcionarle una mejoría ficticia. Recargábase al empezar y declinar el día. No olvidaremos jamás la impresión que nos causaba el rostro de Juan, bañado por la luz incierta del alba, que descubría el estrago que el mal había causado durante la noche. Entonces comparábamos su faz desencajada con las facciones cadavéricas del Cristo agonizante, vaciado en bronce, que la piedad de su esposa había suspendido á la cabecera del enfermo. Paróse dos días antes del 12 de Marzo el reloj de pared, que hacía poco consultaba á cada rato, al señalar las doce y media. En el momento más inesperado, en esa misma hora, después de una rápida agonía, y en los brazos de su particular amigo el Cura de Luján, que acababa de llegar, entregó su espíritu, quien tan entero había demostrado tenerlo en el curso de su penosa enfermedad.

Renuncio á pintarle las escenas que se sucedieron

con rapidez en torno del cadáver, cuya frialdad contrastaba horriblemente con el calor del rayo del sol que en ese instante parecía acariciarle. Conservó en el rostro algunas horas la expresión acerba del dolor; pero cuando lo descubrimos para que sus hijos lo besaran en la frente, parecía sonreírles, como cuando pequeñitos jugaba con ellos. Los pobrecillos vieron en aquella sonrisa, prenda segura de que su padre descansaba en el seno del Señor.

Desde que le amotarjamos como acostumbraban los antiguos con sus muertos, hasta que le condujimos al sepulcro de sus mayores, reedificado por él, parientes, amigos, sacerdotes, hermanas de la caridad, pobres, huérfanos y antiguos servidores de la casa rodearóñle, rezaron en coro el Rosario y asistieron al Santo Sacrificio de la Misa, celebrado en un Altar levantado exprofeso en el salón principal, más enlutado por el dolor, que por los paños negros, la víspera del día terrible en que, los mismos que le amábamos, íbamos, sin protesta de su parte, á desalojarlo del hogar. Viendo José Manuel pasar algunas coronas que le enviaban amigos íntimos y deudos afectuosos, recordó con lágrimas el gozo con que Juan recibió en Córdoba, siete meses atrás, las que le presentó á él esa católica sociedad.

Al regresar del Cementerio, recién advertimos la ausencia de Juan. La tarea de la enfermedad, la vista de los despojos y la excitación nerviosa producida por los hechos posteriores á la muerte, nos habían absorbido. Desde el terrado luminoso que cruzamos al sacar el ataúd, hasta el ángulo oscuro que ocupaba su cama en la alcoba mortuoria, toda la casa pareciónos un lugar informe y vacío. ¡Viviendo

en paz bajo el techo paterno, separados apenas por un tabique en las horas del sueño, yo me había acostumbrado á oírle desde que se alzaba con el sol para atender las exigencias de la casa. La preocupación del ánimo me había aguzado tanto el oído en los últimos meses, que percibía la inmediación de mi hermano, aun cuando me adormeciera la fatiga natural. El eco de la tos nerviosa que no le dejaba pegar los ojos, resonaba en el fondo de mi corazón. Después de muerto, he despertado varias veces, sobresaltado, creyendo oírle. A la manera que se imprime en la retina la cauda vaporosa de los cometas, se fijan en la imaginación las imágenes pasajeras de los que amamos y se fueron. Ella, que vive creando lo que no existe, las cubre de nervios y de carne, y tornamos á verlos donde solíamos contemplarlos, y, sobre todo, en el alma, que es el espejo fiel de los muertos queridos.

Pongo término, querido amigo, á este largo desahogo, en momentos en que las campanas de la Iglesia Parroquial doblan anunciando los funerales de Juan. Aceptamos con reconocimiento las oraciones en común de su cristiano hogar, acariciando la esperanza de que esas preces tendrán alas para remontarse y llegar al cielo.

E. S. M.

S. ESTRADA.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN.	
LINIERS.	5
FÉLIX FRIJAS.	
I.—Rasgos generales.	65
II.—Campaña de Lavalle.—(1838-1841).	74
III.—Estudios religiosos.	83
IV.—Estudios políticos.	96
V.—Otros trabajos.	112
VI.—El escritor y el orador.	120
VII.—Viaje á Europa.	127
VIII.—Cuestión Chileno-Argentina.	133
IX.—El Club patriótico y "La Americana".	151
X.—Segundo viaje á Europa (1881).	165
XI.—Enfermedad y muerte.	174
XII.—Homenajes póstumos.	186
XIII.—Testamento.	192
XIV.—Repatriación.	195
XV.—Caridad.	201
XVI.—Conclusión.	213
MI PADRE.	219
EL TENIENTE GENERAL PEDERNERA.	239
DOMINGO SARMIENTO.	253
APÉNDICE.	269

